AMERICANIZACIÓN DE EUROPA, GUERRA FRÍA Y ESTUDIOS HISTÓRICOS: JALONES DE UNA TRAYECTORIA. INTRODUCCIÓN[1]

El debate sobre la eventual *americanización* de Europa surgió en el viejo continente entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Para entonces se habían desvanecido definitivamente las dudas sobre la viabilidad de la primera república independiente americana, que habían alcanzado su punto álgido durante la Guerra de Secesión (1861-1865). La creciente fortaleza del país se apreció en el espectacular crecimiento económico y de población que siguió a aquel conflicto, en la plena delimitación de sus fronteras continentales y en una presencia exterior cada vez más asertiva –intervenciones militares en México, Centroamérica y el Caribe; anexión de Hawai; guerra hispano-estadounidense de 1898; incremento exponencial de las inversiones en el extranjero, etc. Todo ello generó al otro lado del Atlántico una mezcla de curiosidad, admiración y recelo –dependiendo del observador–, al tiempo que se abría paso en algunos sectores la idea de que aquel país reunía todos los ingredientes para convertirse en el modelo de progreso y desarrollo más exitoso en el porvenir inmediato.[2]

Las reflexiones sobre la *americanización* o «modernización a la americana» de Europa, en cualquier caso, pertenecían todavía al terreno de la especulación periodística y literaria.[3] Aunque el desdén hacia la antigua colonia ya estaba presente entre las élites europeas, y la dura experiencia vital de los millones de emigrantes europeos que cruzaron el Atlántico en aquella época arrojaba sombras sobre la imagen dorada del sueño americano, la cuestión aún no había adquirido ni la densidad ni los ribetes eminentemente negativos que la caracterizarían algo más tarde.

El desenlace de la Gran Guerra (1914-1918) puso de relieve una tendencia que venía aflorando con antelación en diversos terrenos: Estados Unidos estaba llamado a erigirse en la principal potencia del mundo occidental, como acababa de demostrar con su decisiva intervención de última hora en el conflicto. En el transcurso de los años veinte, un nuevo escenario fue ganando terreno en las relaciones transatlánticas: el grueso de las influencias, transferencias e inversiones cambió radicalmente de dirección. Las sociedades europeas se convirtieron en las receptoras y consumidoras por excelencia de los estímulos y productos procedentes de la nación americana. Por primera vez también, éstos llegaban directamente al conjunto de los ciudadanos continentales gracias a la expansión y el impacto de un medio de entretenimiento y expresión que simbolizaba como ninguno la *modernidad* y atractivo de la cultura estadounidense: el cine, convertido en elemento central del ocio cultural de los europeos desde entonces. De su mano, el desembarco americano parecía acelerarse al ritmo del *jazz* y los *dance halls*, se hacía patente en la transformación de una sociedad urbana donde la parsimonia de los antiguos cafés cedía su lugar al dinamismo de las barras americanas, y mostraba su capacidad de irradiación mediante las estrategias persuasivas de las nuevas técnicas de publicidad que modulaban las pautas de consumo en la emergente sociedad de masas.[4]

En un contexto de progresiva radicalización socio-política auspiciado por el auge de las ideologías nacionalistas y de izquierdas, la creciente influencia de Estados Unidos en la Europa de entreguerras despertó reacciones de procedencia y argumentos diversos, pero coincidentes en sus reticencias y su postura crítica.[5] Tanto el consumo masivo de productos culturales americanos como la dependencia de los créditos procedentes del otro lado del Atlántico fueron señalados como amenazas a la independencia e identidad nacional o de clase –dependiendo de la posición ideológica–, una lectura interesadamente apoyada por aquellos sectores económicos afectados por la competencia estadounidense –desde productores cinematográficos hasta agricultores. También añadieron más leña al fuego tanto la impronta del *darwinismo* social sobre la concepción del devenir de las relaciones internacionales y la filosofía histórica del momento –que invitaba a interpretar que el auge de los países extraeuropeos (por Estados Unidos y Japón) acarrearía la decadencia europea–, como el predicamento que ganaron las corrientes de pensamiento críticas hacia una *modernidad* simbolizada por los Estados Unidos –su democracia de masas, su cultura para el consumo, su tecnología deshumanizadora, su materialismo animado por el afán de lucro, etc. El *antiamericanismo* se había instalado en el subconsciente europeo como un socorrido argumento al que recurrir a la hora de buscar causas externas a los problemas que provocaba la incapacidad de articular sociedades más pluralistas políticamente, más dinámicas económicamente y con mayor movilidad social.[6] Los años treinta agravaron esa desconfianza como consecuencia de la profunda crisis de la economía americana, su repliegue diplomático y el auge de los estados totalitarios en Europa. A las puertas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), sólo las omnipresentes películas de Hollywood parecían mantener viva la «amenaza» de la *americanización* del continente.[7]

La polémica sobre la *americanización* de Europa occidental alcanzó nuevas cotas en el marco de la Guerra Fría. Estados Unidos fue la única nación beligerante que salió victoriosa y económicamente reforzada de la última contienda mundial. Sólo la Unión Soviética, rehabilitada internacionalmente por su decisiva contribución al triunfo aliado –aunque brutalmente golpeada por los estragos de la contienda–, parecía capaz de rivalizar con la hegemonía estadounidense. En Europa, podía hacerlo tanto en el escenario militar –sus tropas ocupaban la mitad del continente e intimidaban al resto–, como en el ideológico. La escalada de la tensión entre Washington y Moscú, a partir de 1947, llevó al engrasado aparato propagandístico soviético a difundir el mensaje de que los horrores de la reciente guerra eran la consecuencia última de la brutal crisis económica iniciada con el derrumbe de la bolsa de Nueva York en 1929, o en otras palabras, a asignar la responsabilidad del enfrentamiento y sus secuelas a las contradicciones autodestructivas del sistema capitalista salvaguardado por el gigante norteamericano. Los principales destinatarios de aquel mensaje no eran otros que los ciudadanos que habían quedado al oeste del «telón de acero», bajo el paraguas de Estados Unidos, donde la memoria de la crisis económica estaba muy viva y los movimientos comunistas gozaban de una reforzada popularidad gracias a su destacada participación en la resistencia al fascismo. La versión anticapitalista obtuvo una notable repercusión entre los simpatizantes de movimientos de izquierdas en Europa occidental, que ponían el foco en los progresos sociales de la Unión Soviética dejando al trasluz los excesos autoritarios y la ausencia de libertades que componían la otra cara de la moneda. Pero incluso entre sectores más conservadores y nacionalistas europeos causaba malestar la evidente pujanza que había adquirido el modelo americano, frente al cual la Unión Soviética no dejaba de ser una referencia lejana, salvo para aquellos países que compartían frontera con su área de influencia.[8]

Ante los múltiples desafíos del conflicto

bipolar, Estados Unidos realizó un despliegue en el escenario europeo sin precedentes en tiempos de paz, tanto por su alcance como por su significado. La potencia americana tuvo un papel fundamental en el diseño de un sistema de seguridad concebido para contener el expansionismo soviético; apoyó la reconstrucción económica y la difusión de nuevos métodos de gestión y organización empresariales; dio su respaldo a los proyectos de convergencia europea; fomentó las transferencias culturales y científicas de diversa índole y la formación de capital humano, además de asumir un protagonismo de primer orden en la extensión de la sociedad de consumo. Todos esos procesos contribuyeron a acrecentar la popularidad de América entre muchos europeos, pero también movilizaron a sectores críticos con su influencia. Entre estos últimos se daban cita desde el tradicional temor conservador a la modernización *americanizada* de las pautas de comportamiento social y cultural, hasta la oposición ideológica de raíz filomarxista. El pensamiento de la *Escuela de Frankfurt* fue el exponente más prestigioso en la inmediata posguerra de la síntesis interpretativa de esa corriente de opinión crítica con los Estados Unidos.[9]

A lo largo de los años sesenta y setenta el debate sobre la *americanización* se incorporó plenamente al ámbito académico. La aplicación de teorías neomarxistas a los análisis sociales y el considerable desgaste internacional de la imagen estadounidense –debido al eco de la guerra de Vietnam y a la crisis de legitimidad interna provocada por el movimiento de los derechos civiles, la violencia racista y política o el escándalo *Watergate*–, llevaron a un conjunto de sociólogos, antropólogos culturales y teóricos de la comunicación a adoptar una posición muy crítica y militante frente a las implicaciones de la hegemonía económica y política americana a nivel global.[10] Sus conclusiones, amplificadas a través de algunos organismos como la UNESCO, iban más allá de la denuncia de las teorías del desarrollo que pretendían trasladar los presupuestos políticos y económicos de esa hegemonía a las nuevas naciones en gestación tras la oleada de la descolonización. También se señalaban los riesgos de homogeneización y empobrecimiento de las prácticas culturales intrínsecos al proceso de *americanización*, que llevaban a muchos autores a referirse al mismo como el paradigma del *imperialismo cultural*.[11]

Los historiadores se sumaron a aquel debate algo más tarde, si bien durante las dos últimas décadas sus contribuciones a la comprensión del fenómeno han ido adquiriendo mayor vitalidad y riqueza interpretativa. Las causas concretas de su interés pueden rastrearse en la conjunción de varios factores a finales de años ochenta y principios de los noventa. El primero y más importante tuvo que ver con el desplome de la Unión Soviética, que dio lugar a la aparición de un nuevo ámbito de análisis sobre los factores que condujeron a ese derrumbe y, por contraposición, que permitieron el triunfo de los Estados Unidos y su modelo de organización social. El interés por la fortaleza y expansión del modelo americano conectaba, a su vez, con otro terreno de investigación histórica también emergente, que afectaba a la globalización y al liderazgo e influencia americanos en ese proceso –frente al cual el modelo soviético se había mostrado incapaz de adaptarse, lo que habría precipitado su caída.

Desde el ámbito de la historia económica comenzaron a desarrollarse estudios sobre el grado de integración y convergencia de la economía transatlántica, que llevaron a su vez a examinar el influjo americano en la modernización y transformación de los métodos y prácticas empresariales europeos. Las sensibles diferencias todavía detectadas les hicieron valorar los límites y la heterogeneidad del proceso, así como la autonomía de los receptores, dando lugar a interpretaciones de la *americanización* sustentadas en conceptos como *adaptación*, *negociación* o *hibridación* de las influencias.[12] Tales aproximaciones y planteamientos fueron asumidos y profundizados en paralelo por historiado-

res y especialistas en *American y Cultural Studies*, la mayor parte de los cuales buscaban superar las limitaciones explicativas de las lecturas en clave *imperialista*. En esa línea se produjeron toda una serie de aportaciones que abordaron la difusión y transformación de la huella americana en diversos escenarios, como vía para explorar nuevas facetas de de tan heterogéneo fenómeno.[13]

En aquel contexto de revisión de los moldes analíticos e interpretativos precedentes, con el telón de fondo de la caída del muro de Berlín y las especulaciones sobre la posterior emergencia de un mundo unipolar o multipolar, el politólogo americano Joseph Nye formuló su teoría del *soft power*. En ella cuestionaba la eficacia de las fuentes tradicionales de poder –militar y económico– para ejercer por sí solas el liderazgo mundial. La expansión de los medios de información y comunicación, el protagonismo adquirido por actores transnacionales ajenos a los Estados y la globalización habían transformado las claves de las relaciones internacionales, de tal modo que la capacidad de persuasión y seducción cultural e ideológica se había convertido en un factor de primer orden en aquel escenario. El potencial persuasivo de un país emanaba del respeto que despertaba su sistema socio-político, del atractivo de su cultura popular y el prestigio de su política exterior, que a través de su transmisión al exterior favorecían la asimilación voluntaria de las posiciones propias por parte de otros interlocutores internacionales.[14] La resonancia que adquirió aquella teoría sobre el «poder blando» vino a reforzar los argumentos de los historiadores críticos con la escuela *realista*, para quienes era preciso vincular el colapso económico soviético con un proceso paralelo de erosión de la legitimidad del modelo socialista, que habría sido acelerado por la expansión de expectativas y prácticas socio-culturales occidentales, con un marchamo «típicamente» americano.

La convergencia de ese cúmulo de elementos llevó también a poner el foco en el estudio de la acción informativa y cultural desplegada por los Estados Unidos en Europa –y más tarde en el resto del mundo– para extender su influencia o contrarrestar la alcanzada por la Unión Soviética. Ese factor iba a ganar espacio y predicamento en los análisis sobre la Guerra Fría, al tiempo que impulsaba un replanteamiento de las investigaciones desarrolladas en este campo.[15] Diversas obras examinaron las iniciativas emprendidas por la diplomacia pública y los servicios de inteligencia estadounidenses con el objetivo propagandístico de ganar la simpatía de los europeos, transmitirles las ventajas de su modo de vida y obtener su confianza en el liderazgo de Estados Unidos.[16] Del mismo modo, otra serie de trabajos prestaban una singular atención a las repercusiones culturales y de opinión pública asociadas a aquel fenómeno, al papel de actores y estímulos transnacionales de todo tipo, desde el turismo hasta los productos culturales y el deporte, pasando por las transferencias científicas o la promoción del consumo de masas por parte de intereses económicos.[17] El horizonte de aquel conjunto de investigaciones era disponer de una panorámica más amplia que intentase abarcar el fenómeno en toda su complejidad. Tal expansión temática estuvo asimismo ligada a la creciente receptividad de los historiadores de las relaciones internacionales, estadounidenses y europeos, respecto a la renovación metodológica derivada del *cultural turn*, que promovió el interés por nuevos objetos de investigación y enfoques analíticos.[18]

La multiplicación y diversidad de los sujetos de estudio que confluían en torno a la *americanización* dio lugar a una reflexión sobre cómo abordar las distintas vertientes de aquel proceso global sin caer en conclusiones apresuradas, o qué estrategias de investigación resultaban más pertinentes para indagar en su pluralidad de manifestaciones. En tal sentido, uno de los pioneros en este campo de estudios, el historiador Richard Kuisel formulaba una serie de consideraciones a finales de los años noventa donde apelaba al rigor analítico, al esfuerzo de

reconstrucción documental y a la realización de investigaciones monográficas como herramientas para ir desbrozando el terreno y facilitando una comprensión más precisa de aquel fenómeno:

> [...] el objeto de investigación histórica debe ser lo particular, no lo general: *Disneyland Paris*, no la «cultura americana»; *Nike*, no «el estilo americano»; *Mc Donald's*, no la «comida americana»; los turistas americanos, no los «americanos». Muchos de esos productos, empresas, programas, instituciones, formas culturales o comunidades tienen su propia historia: han dejado una estela documental y poseen un itinerario institucional. En algunos casos, el proceso de transmisión puede ser cuantificado. Podemos calcular la cuota de pantalla y los beneficios en taquilla de las películas de Hollywood, o enumerar dónde, cuándo y cuántos McDonald's fueron construidos. Podemos estudiar las comunidades de turistas y expatriados. Y podemos prestar atención al préstamo de prácticas y tecnologías americanas, como por ejemplo durante el Plan Marshall. Es posible entender la propagación de América si particularizamos el fenómeno. Desde lo particular podemos captar lo general.[19]

Aunque la historiografía española se incorporó con cierto retraso a este frente analítico, a lo largo de la última década y tanto desde la historia de las relaciones internacionales como desde la historia económica son perceptibles los sensibles avances obtenidos en la investigación, en buena medida en sintonía con las pautas expuestas en la cita previa de Richard Kuisel. Los estudios realizados en nuestro país se han enriquecido con las contribuciones precedentes y con los nuevos trabajos que se desarrollan en Estados Unidos y en otros países europeos. Actualmente, se dispone ya de un conjunto de aportaciones sobre el despliegue de la diplomacia pública americana en España, sus principales canales y agentes de difusión, la relevancia que alcanzaron distintas producciones culturales americanas –como el cine, los *American Studies* o algunas corrientes musicales–, o la conexión de esa promoción oficial con las demandas e iniciativas de la sociedad civil de ambos países.[20] Todo ello ha permitido, además, afrontar las relaciones entre España y los Estados Unidos durante el franquismo desde otra dimensión analítica e interpretativa, susceptible de complementar y matizar el enfoque político-estratégico que era predominante y casi exclusivo con antelación.[21]

Los artículos incluidos en este dossier son una buena muestra de la nueva senda emprendida. En los textos se examinan diversas facetas de la presencia americana en la España franquista: los programas de asistencia técnica y formación de capital humano integrados en la ayuda económica derivada de los pactos militares de 1953 (Adoración Álvaro); la expansión del *jazz* en la sociedad española a través de la diplomacia pública y la iniciativa privada (Iván Iglesias); la estrategia para atraerse a la juventud universitaria desde que en los años sesenta se configuró como un agente esencial de erosión del franquismo (Óscar M. García); y la promoción de los *American Studies* entre la universidad y la intelectualidad española a finales de la dictadura (Francisco J. Rodríguez). En todas esas vías potenciales de *americanización* desempeñaron un papel determinante las actitudes y demandas de la sociedad receptora. Sin esa dinámica de acción-reacción, que en parte estuvo en relación con la postura asumida por los responsables políticos españoles, pero que en medida aún mayor fue fruto de la propia dinámica de sectores más amplios de la sociedad española, es imposible entender las claves locales de un fenómeno histórico de alcance global.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla
Pablo León Aguinaga

NOTAS

1 Este dossier ha sido realizado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá). Es

también fruto de la mesa «La difusión del modelo americano en España durante el franquismo» del *X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (septiembre 2010). Aprovechamos esta ocasión para reiterar nuestro agradecimiento a todos los que participaron en aquella reunión científica.

2 ZUNZ, Olivier, *Why the American Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998; PORTES, Jacques, *Fascination and Misgivings. The United States in French Opinion, 1870-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.

3 Ver, a título ilustrativo, las obras de los británicos STEAD, William, *The Americanization of the World or the Trend of the Twentieth Century*, Londres, 1902; y WELLS, Herbert. G., *The Future in America: A Search after Realities*, Nueva York, 1906.

4 ROSENBERG, Emily S., *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, Nueva York, Hill & Wang, 1982; COSTLIGLIOLA, Frank, *Awkward Dominion, American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1939*, Londres, Cornell University Press, 1984.

5 Sirvan de ejemplo ARAQUISTÁIN, Luis, *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones de España, 1921; y DUHAMEL, Georges, *Scenes de la Vie Future*, París, Mercure de France, 1931.

6 Para un estudio pionero, STRAUSS, David, *Menace in the West: the Rise of French Anti-Americanism in Modern Times*, Westport, Greenwood, 1978.

7 DE GRAZIA, Victoria, «Mass Culture and Sovereignty: the American Challenge to European Cinemas», *Journal of Modern History*, 61 (1989), pp. 53-87.

8 JUDT, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.

9 GIENOW-HECHT, Jessica, «Shame on *US*? Academics, Cultural Transfer, and the Cold War - A Critical Review», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), pp. 470-479.

10 Especialmente representativos de esta vertiente interpretativa fueron las obras de GUBACK, Thomas, *The International Film Industry*, Bloomington, Indiana University Press, 1969; DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*, Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso 1971; SCHILLER, Herbert, *Communication and Cultural Domination*, White Plains, International Arts and Sciences Press, 1976.

11 «Shame on US...», *art. cit.*, pp. 470-479.

12 Entre una larga nómina de estudios podrían destacarse: DUIGNAN, Peter y GANN, Lewis H., *The United States and the New Europe 1945-1993*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1994; DJELIC, Marie-Laure, *Exporting the American Model. The Postwar Transformation of European Business*, Oxford, Oxford University Press, 1998; STRASSER, Susan, MCGOVERN, Charles y JUDT, Matthias (eds.), *Getting and Spending: European and American Consumer Societies in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998; GOURVISH, Terry y TIRATSOO, Nick (eds.), *Missionaries and Managers: American influences on European management education, 1945-69*, Manchester-Nueva York, Manchester University Press, 1998; KIPPING, Mathias y BJARVAR, Ove (eds.), *The Americanisation of European Business: The Marshall Plan and the Transfer of US Management Models*, Londres, Routledge, 1998; ZEITLIN, Jonathan y HERRIGEL, Gary (eds.), *Americanization and its limits. Reworking US technology and management in post-war Europa and Japan*, Oxford, Oxford University Press, 2000; DAUNTON, Martin y HILTON, Matthew (eds.), *The Politics of Consumption: Material Culture and Citizenship in Europe and America*, Oxford, Berg, 2001; KIPPING, Matthias y TIRATSOO, Nick (eds.), *Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique, LESCENT-GILES, Isabelle y FERRIÈRE LE VAYER, Marc de (eds.), *L'américanisation en Europe au XX^e siècle: économie, culture, politique*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique (ed.), *Catching up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the Second World War*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002; BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhague, Museum Tusculanum Press, 2003; SCHRÖTER, Harm, *The Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since the 1880s*, Dordrecht, Springer, 2005.

13 Una obra fundamental en la crítica de las lecturas imperialistas es la de TOMLINSON, John, *Cultural Imperialism. A Cultural Introduction*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1991. Tras ella fueron apareciendo una serie de estudios que cuestionaban las tesis imperantes hasta el momento sobre el sentido y significado de la *americanización* de Europa: KROES, Rob y WILTERDINK, Roby N. (eds.), *Within the U.S. Orbit: Small National Cultures vis-à-vis the United States*, Amsterdam, V.U. University Press, 1991, KROES, Rob, RYDELL, Robert W. y BOSSCHER, Doeko F. J. (eds.), *Cultural Transmissions and Receptions. American mass culture in Europe*, Amsterdam, V.U. University Press, 1993; KUISEL, Richard, *Seducing the French. The Dilemma of Americanization*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1994; ELLWOOD, David y KROES, Rob (eds.), *Hollywood in Europe: Experiences of a Cultural Hegemony*, Amsterdam, V. U. University Press, 1994; MORELY, David y ROBINS, Kevin, *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscapes and Cultural Boundaries*, Londres, Routledge, 1995; KROES, Rob, *If You've Seen One You've Seen the Mall*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1996; PELLS, Richard, *Not Like Us. How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture since World War II*, Nueva York, Basic Books, 1997.

14 NYE, Joseph, «Soft Power», *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171. Una versión actualizada en NYE, Joseph, *The Paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

15 BRUCE, Gregory, «Public Diplomacy: Sunrise of an Academic Field», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616/1 (2008), pp. 274-290.

16 WAGNLEITNER, Reinhold, *Coca-Colonization and the Cold War: The Cultural Mission of the United States in Austria after the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994; HIXSON, Walter L., *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, St. Martin

Press, 1997; GIENOW-HECHT, Jessica, *Transmission Impossible: American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999; STONOR-SAUNDERS, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001; SCOTT-SMITH, Giles, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and the Post-War American Hegemony*, Londres-Nueva York, Routledge, 2002; KRABBENDAM, Hans y SCOTT-SMITH, Giles (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Londres-Portland, Frank Cass, 2003; VON ESCHEN, Penny, *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006; BELMONTE, Laura A., *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold War*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008; SCOTT-SMITH, Giles, *Networks of Empire: the U.S. State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-1970*, Bruselas-Nueva York, Peter Lang, 2008; CULL, Nicholas J., *The Cold War and the United States Information Agency: American Propaganda and Public Diplomacy*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2008; TOBIA, Simona, *Advertising America. The Unites States Information Service in Italy, 1945-1956*, Milán, LED Edizioni Universitarie, 2008; CUMMINGS, Richard H., *Cold War Radio: The Dangerous History of American Broadcasting in Europe, 1950-1989*, Jefferson-NC, McFarland, 2009; OSGOOD, Kenneth y ETHERIDGE, Brian C. (eds.), *The United States and Public Diplomacy. New Directions in Cultural and International History*, Leiden-Boston, Martinus, 2010.

[17] Entre ellas WAGNLEITNER, Reinhold y TYLER MAY, Elaine (eds.), *'Here, There, and Everywhere': the foreign politics of American popular culture*, Hanover-Londres, University Press of New England, 2000; FEHRENBACH, Heide y POIGER, Uta G. (eds.), *Transactions, Transgressions, Transformations. American Culture in Western Europe and Japan*, Nueva York, Berghan Books, 2000; GEMELLI, Giuliana (ed.), *American Foundations and Large-Scale research: Construction and Transfer of Knowledge*, Bolonia, CLUEB, 2001; RAMET, Sabrina y CRNKOVIC, Gordana (eds.), *Kazaam! Splat! Ploof!: the American Impact on European Popular Culture since 1945*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003; BERMAN, Rusell A., *Anti-Americanism in Europe: A Cultural Problem*, Palo Alto, Hoover Institution Press, 2004; DE GRAZIA, Victoria, *El imperio irresistible. Un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre Europa*, Barcelona, Belacqvua, 2006; KRIGE, John, *American Hegemony and the Postwar Reconstruction of Science in Europe*, Cambridge, MIT Press, 2006; STEPHAN, Alexander (ed.), *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy and Anti-Americanism after 1945*, Nueva York, Berghahn, 2006; WAGGN, Stephen y ANDREWS, David L.(eds.), *East Play West: Sport and the Cold War*, Londres-Nueva York, Routledge, 2007; OLDENZIEL, Ruth y ZACHMAN, Karin (eds.), *Americanization, Technology and European Users*, Cambridge, MIT Press, 2009; SHAW, Tony y YOUNGBLOOD, Denis J., *Cinematic Cold War: The American and Soviet Struggle for Hearts and Minds*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.

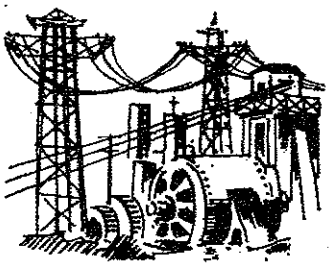
[18] La influencia del *cultural turn* entre los historiadores de las relaciones internacionales y transatlánticas en Estados Unidos y Europa es perfectamente rastreable en los artículos publicados durante las últimas dos décadas en *Diplomatic History*, la revista editada por la *Society of Historians of American Foreign Relations*.

[19] KUISEL, Richard, «Americanization for Historians», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), p. 512.

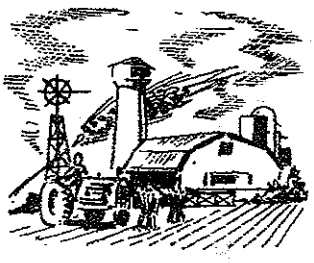
[20] Sin ánimo de exhaustividad, pueden mencionarse las contribuciones incluidas en obras colectivas como las de DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María, D. (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005; NIÑO, Antonio (coord.), «La ofensiva cultural americana durante la Guerra Fría», *Ayer*, 75 (2009); y NIÑO, Antonio y MONTERO, José A. (eds.), *La Guerra Fría Cultural, 1945-1960*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, *en prensa*. Entre los estudios monográficos: DELGADO, Lorenzo, «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la guerra mundial a los pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 35-59, *Viento de Poniente. El Program Fulbright en España*, Madrid, Comisión Fulbright-AECI-LID Editorial, 2009, y «After Franco, what? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo», en MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel (eds.), *Claves internacionales de la transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 99-126; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración: «La educación de los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España», *Revista de Historia Económica*, 22/2 (2004), pp. 387-424; LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC, 2010; y RODRÍGUEZ, Francisco J., *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, PUV, 2010.

[21] Una revisión de la evolución historiográfica sobre las relaciones bilaterales durante el franquismo en DELGADO, Lorenzo y LEÓN, Pablo, «De la primacía estratégica a la difusión del modelo americano: Estados Unidos y la España del franquismo», *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Publican, 2011, *en prensa*.

Esquema de Cooperación

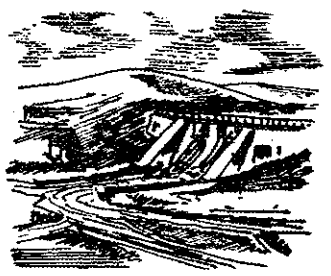


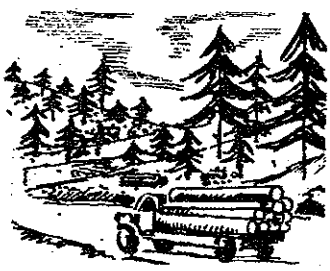
Energía eléctrica.—Las modernas ciudades industriales se construyen con acero, pero es la energía eléctrica la que les da vida. Los programas de cooperación han ayudado a construir centrales hidráulicas y térmicas, han suministrado generadores para la producción de electricidad y ayudado al tendido de las líneas de alta tensión, que llevan la electricidad a los lugares en que es necesaria... También han suministrado estos programas materias primas como el cobre, indispensable para la fabricación de equipos eléctricos. Más de 83 millones de dólares y 754 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han destinado a centrales eléctricas y distribución de energía.



Agricultura.—Los programas de cooperación han financiado la importación de tractores y otra maquinaria agrícola que facilita las labores del campo y aumenta el rendimiento. También estos programas están ayudando a financiar la construcción de fábricas de abonos que el campo español necesita con urgencia. Pero acaso una de las más importantes iniciativas sea el Servicio de Extensión Agrícola, dedicado a hacer conocer a los campesinos españoles los métodos más adecuados para la explotación de sus fincas. En el campo de la cooperación técnica se han establecido proyectos de lucha contra epizootias, producción y distribución de leche, estudios de fertilizantes, mejora del ganado, etc.

Regadíos.—El riego de tierras permite la obtención de tres cosechas anuales en tierras que normalmente producen una cosecha cada dos o tres años. Esto significa no solamente mayor producción, sino también trabajo durante todo el año en vez de trabajo estacional. Los programas de cooperación se han interesado en este aspecto dedicando fondos y personal técnico a la construcción de canales, acequias, presas y pozos; nivelando tierras y creando bancales, y hasta levantando nuevos pueblos para alojar familias campesinas. Casi 4.400 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han dedicado a riegos, obras hidráulicas y proyectos afines.





Repoblación forestal.—La repoblación forestal persigue varios fines: ayuda a la formación de bosques que en el futuro proporcionarán maderas para la construcción de viviendas y muebles; impide la erosión del suelo no sólo preservando la superficie exterior dedicada al cultivo, sino impidiendo que los embalses se llenen y encenaguen con tierras de aluvión. Los bosques, por otra parte, retienen el agua en el suelo, evitando las inundaciones y permitiendo el establecimiento de sistemas de riego, así como el suministro de agua a las ciudades. Unos 650 millones de pesetas se han dedicado a este importante apartado de la economía española.

GUERRA FRÍA Y FORMACIÓN DE CAPITAL HUMANO DURANTE EL FRANQUISMO. UN BALANCE SOBRE EL PROGRAMA ESTADOUNIDENSE DE AYUDA TÉCNICA (1953-1963)

Adoración Álvaro Moya
CUNEF

Las décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial fueron de indiscutible liderazgo estadounidense, tanto en términos económicos como políticos, militares y tecnológicos.[1] Este liderazgo sentó las bases para que su influencia sobre Europa Occidental alcanzara máximos, al tiempo que la economía americana se internacionalizaba con una fuerza renovada, tanto en términos de comercio como de inversión directa. Todo ello coincidió con la labor de las agencias oficiales encargadas de gestionar el *European Recovery Program*, más conocido como Plan Marshall, y con la ambiciosa política de ayuda exterior que le siguió, también bajo los auspicios de Estados Unidos. Bien a través de cauces privados, bien a través de los programas oficiales de ayuda internacional, la Administración y la empresa estadounidenses difundieron ideas, técnicas y conocimientos alrededor del mundo y, en particular, en Europa occidental.

En las páginas que siguen se aborda uno de estos cauces de difusión del modelo americano, los programas de ayuda internacional. En concreto, se examinan las características del programa de ayuda técnica incluido en los acuerdos firmados entre España y Estados Unidos en 1953, vigente hasta 1963, y se valora su impacto en la formación del capital humano de las empresas españolas. Todo ello se compara, además, con lo acaecido en el caso de Europa occidental.

El modelo americano y la ayuda técnica en Europa occidental

El creciente liderazgo económico de Estados Unidos a lo largo del siglo XX descansó en múltiples factores, como una adecuada dotación de recursos naturales, un vasto mercado interior y un gran esfuerzo inversor en innovación y formación, tanto por parte del Estado como de la iniciativa privada.[2] A nivel empresarial, Estados Unidos terminó convirtiéndose en referente también por otro motivo: una gestión de los recursos innovadora que coadyuvó a generar las ganancias de productividad necesarias para estimular la subida de los salarios y, por ende, del consumo. A ese cúmulo de elementos –y su valedor, la gran empresa moderna– ha atribuido la historia empresarial el liderazgo estadounidense.[3]

Ahora bien, ni los métodos asociados a la gran empresa moderna eran los únicos existentes –ni siquiera en Estados Unidos– ni tenían por qué ser los mejores en cualquier otro contexto empresarial, como los investigadores han ido poniendo de relieve.[4] En cualquier caso, dados sus visibles buenos resultados, constituyeron un referente para empresarios y gobiernos de otros países en diferentes momentos del siglo XX. De ahí que habitualmente se hable de «modelo americano» y de la «americanización» de la empresa europea, entendiendo por ello más

que un único tipo de empresa a la americana, una serie de ideas, principios y técnicas que se desarrollaron de forma pionera en el país anglosajón y de los que cada empresa u organización adoptó, adaptó o imitó aquello que se ajustaba mejor a sus características y su entorno tecnológico, económico, político y sociocultural.[5]

¿Y de qué ideas, principios y técnicas estamos hablando? A nivel gubernamental, la defensa de la competencia, que terminó poniendo fin al clima de concertación que había predominado en la empresa europea durante el periodo de entreguerras. A nivel de firma, técnicas ligadas a la producción y distribución en masa; formas de organización del trabajo como la tradicional Organización Científica del Trabajo, pero también la nueva escuela de las Relaciones Humanas; estructuras corporativas como la gran empresa gerencial y multidivisional; y nuevos hábitos, como el asesoramiento externo –vía consultoras y formación en escuelas de negocios– o la aplicación de técnicas de marketing y publicidad. La difusión de todo ello tuvo lugar a través de dos vehículos: la empresa multinacional y la ayuda internacional. Veamos cómo se desarrolló el segundo.

Al igual que en la primera, tras la Segunda Guerra Mundial la posición estadounidense en el escenario político internacional se había fortalecido con el conflicto, al haber sido su entrada y sus recursos claves en la victoria aliada. Fruto del abandono del aislacionismo que hasta entonces había caracterizado la política exterior americana nació la ayuda internacional, en sus inicios dispensada por Estados Unidos y contando con Europa como principal receptora.[6] El primer programa, *United Nations Relief and Rehabilitation Program* (UNRRA), fue lanzado cuando aún no había concluido la guerra (en noviembre de 1943) para cubrir las necesidades más urgentes de la población civil de los países aliados. Cuando finalizó, cuatro años más tarde, era evidente su insuficiencia tanto para garantizar la recuperación europea y el propio crecimiento de la economía americana, como para asegurar la victoria de la democracia en el Viejo Continente ante los cada vez más claros visos de expansionismo de la Unión Soviética. En este contexto se gestó el *European Recovery Program* (Programa de Recuperación Europea), más conocido como Plan Marshall.[7]

El Plan Marshall desempeñó un papel clave en la recuperación europea. Su éxito no radicó tanto en la cuantía de las ayudas concedidas, pues aún aliviando los estrangulamientos más graves fue más bien escasa, como en que ayudó a los gobiernos europeos a controlar la inflación y el caos financiero, estabilizar sus balanzas de pagos, desmantelar los controles sobre la producción y el comercio, y cooperar entre ellos.[8] Con ello se pretendía proporcionar la estabilidad necesaria para reactivar el comercio y la inversión privada, tanto nacional como extranjera. Y para la consecución de tales objetivos era preciso, entre otros factores, un uso correcto de la ayuda prestada y un gobierno adecuado, esto es, que implementara el modelo industrial americano basado en la producción y el consumo de masas en un entorno de libre mercado.[9] No obstante, para ello no era suficiente con proporcionar ayuda y asesoramiento en términos de política económica. También, había que dar a conocer a las empresas europeas cómo operaban sus homólogas americanas. Con este objetivo se diseñó el Programa de Asistencia Técnica, financiado por una pequeña parte de la ayuda (1,5% del total) y gestionado de forma independiente por la *US Technical Assistance and Productivity Mission* (USTA&P).[10]

Como su propio nombre indica, la Asistencia Técnica Estadounidense y Misión de Productividad perseguía como objetivo primordial el aumento de la productividad de las empresas europeas. Esta fórmula, al permitir el alza simultánea de salarios y beneficios empresariales, reactivaría el consumo, a la par que, como antes había sucedido en Estados Unidos, limaría las asperezas internas por el reparto del poder entre los distintos grupos sociales e ideologías políticas. El *movimiento de la productividad*, como

terminaría denominándose a las diferentes iniciativas desarrolladas, contaba con antecedentes en el Viejo Continente, en particular entre aquellos foros que se habían sentido atraídos en el periodo de entreguerras por la Organización Científica del Trabajo en sus distintas variantes (*taylorismo, fordismo* o sistema Bedaux). Así pues, con anterioridad se habían desarrollado diferentes programas de intercambio técnico, aunque la fórmula estadounidense aplicada tras la guerra presentaba fundamentalmente dos diferencias. Por un lado, se trataba del primer programa sistemático, patrocinado por los gobiernos de los países implicados y gestionado por agencias gubernamentales.[11] Por otro, el objetivo a alcanzar iba más allá de los posibles cambios que hubiera que realizar a nivel de planta o de gestión empresarial. Se pretendía reconvertir las democracias europeas a las bondades de la sociedad de consumo estadounidense, la base del denominado «contrato social» americano.[12]

Claramente, las aspiraciones estadounidenses no podían alcanzarse en los cuatro años que duró el Plan Marshall. Una vez finalizado éste, y recuperados los niveles de producción europeos, su gestión pasó en 1953 de la Organización para la Cooperación Económica Europea a la recién creada *European Productivity Agency* (EPA).[13] A instancias de Estados Unidos, se constituyeron asimismo centros de productividad nacionales, con los que se pretendía contar con una mayor participación de los gobiernos europeos en la gestión del programa de asistencia técnica. Estos centros, financiados parcialmente con fondos americanos, estaban constituidos por representantes gubernamentales y empresariales, a los que se unían en muchos casos cámaras de comercio y asociaciones de diversa índole.

El programa de asistencia técnica descansó básicamente en tres tipos de actividades. En primer lugar, en el envío de especialistas estadounidenses a Europa para proporcionar formación y asesoramiento en temas concretos. Segundo, en estancias de investigación en centros de formación americanos para expertos europeos, ingenieros generalmente. Y, por último, la organización de las «misiones de productividad», donde realmente se concentraron los recursos y con las que se pretendía formar a grupos de europeos en aspectos específicos ligados a un sector o en materias más generales propias del modelo americano observándolas *in situ*. Heredando el espíritu de concertación del *New Deal*, las misiones de productividad debían estar constituidas tanto por altos directivos como por mandos intermedios, ingenieros y operarios, y, en menor medida, representantes estatales y educadores.[14] Sin embargo, al menos en Francia y Alemania los centros nacionales de productividad, que eran los encargados de gestionar todas las actividades englobadas en el programa de asistencia técnica, no siempre siguieron las recomendaciones de las agencias americanas.[15] Estos centros podían, asimismo, proponer los temas y actividades que consideraran más pertinentes, pero en la práctica la iniciativa estuvo en manos americanas.[16] La formación empresarial ocupó la atención primordial de la EPA a lo largo de todos los años de su funcionamiento, como también lo había sido en los años precedentes dentro de los programas auspiciados por la USTA&P.[17] Para ello contaron con el asesoramiento del *National Management Council* –una federación de diferentes asociaciones profesionales difusoras de la Organización Científica del Trabajo– y prestigiosas universidades norteamericanas –como el Massachusetts Institute of Technology, Standford o Columbia, entre otras–.[18] La Fundación Ford, que recogió la batuta en los años sesenta, financió parte de las actividades de la EPA en este campo. A educación le siguieron desarrollo agrícola y sindicatos.[19] La importancia prestada inicialmente a otros temas, como construcción y distribución, se diluyó al poco tiempo de iniciarse la ayuda técnica. El cambio más significativo tuvo lugar a mediados de los cincuenta, cuando se gestó, tras la insistencia estadounidense, el programa de ayuda a los países europeos menos desarrollados, como Grecia, Turquía y Portugal.[20]

La trayectoria de las economías europeas en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial nos indica que Estados Unidos consiguió su propósito de incrementar la productividad de la industria europea. Hasta qué punto el programa de asistencia técnica contribuyó a ello es, sin embargo, difícil de cuantificar. Disponemos de mayor información sobre los cambios que propició en las empresas europeas. Los estudios disponibles, que se concentran en Europa noroccidental (Reino Unido, Francia, Italia, Alemania y los países escandinavos), muestran cómo el influjo estadounidense fue *in crescendo* y cómo, en general, los empresarios, ingenieros y educadores europeos, entre otros, se admiraban de la gran empresa americana, por su tamaño, pero también por su más eficiente organización.[21] Ahora bien, en ningún momento hubo una traslación directa del modelo americano, sino que se trató de un proceso de adaptación selectiva de los métodos, técnicas e ideas activamente exportadas desde Estados Unidos. Dado que el modelo americano había respondido a unas condiciones económicas e institucionales propias, no es sorprendente que fuera preciso remodelarlo a tenor de la realidad europea. Además, la intensidad de este proceso varió significativamente de unos países a otros en función de su estructura industrial y de mercado, pero también del grado de aceptación mostrado por los actores locales, desde empresarios, sindicatos, gobiernos y partidos políticos, hasta el entramado educativo y científico. Sin obviar que tan sólo con estudios de caso puede determinarse el impacto real de todas estas iniciativas, diversos factores se han apuntado como explicativos de la receptividad dispensada, como la independencia económica y financiera respecto de Estados Unidos, la existencia o no de buen entendimiento (también lingüístico) entre las agencias americanas de cooperación y los aliados europeos, y las relaciones económicas, diplomáticas y culturales existentes con anterioridad a la guerra. Pero más interesante y controvertido resulta un último factor: el grado de atraso percibido por los agentes económicos respecto de Estados Unidos o, dicho de otro modo, la confianza depositada en la tecnología y estructura económica e institucional propias como base para la reconstrucción y el desarrollo futuro.[22]

A partir de diversos estudios de caso, Jonathan Zeitlin y Gary Herrigel han señalado la gran receptividad mostrada por Francia e Italia en contraposición a Suecia y Reino Unido, situando a Alemania en una situación intermedia.[23] En función de su participación en los proyectos desarrollados por la EPA, Bent Boel agrupa a sus miembros en cuatro categorías: 1) «fantasmas», por su prácticamente nula participación (Portugal, Islandia, Irlanda y Luxemburgo); 2) «escépticos» (Reino Unido, Suecia y Suiza); 3) «moderados» (Bélgica, Holanda, Francia, Dinamarca y Austria); y 4) «partidarios» (Italia, Grecia, Turquía, Alemania y Noruega).[24] No obstante, esto no quiere decir que, aun siendo ciertas estas conclusiones generales, no hubiera distintas percepciones entre diferentes grupos de cada país. Luciano Segreto y Giuliana Gemelli han mostrado las reticencias por parte del gobierno italiano, no compartidas por diferentes empresarios e instituciones educativas, como Ruggero Ranieri también observa en la siderurgia.[25] A juicio de Boel, la receptividad italiana se desvaneció desde 1957, cuando la EPA viró sus objetivos hacia el desarrollo económico de las zonas más deprimidas, contrariando así tanto al gobierno como a algunos grandes empresarios.[26] Los gobiernos socialdemócratas británico y sueco, frente a la desidia general, sí fueron más proclives a colaborar al considerar el aumento de productividad clave en el sostenimiento del Estado del Bienestar.[27] En Francia, la influencia estadounidense tuvo un rotundo eco en la planificación macroeconómica de los años cincuenta, en el sector de la construcción e ingeniería civil, así como la estandarización de criterios de elaboración de estadísticas y de contabilidad –aspecto que se generalizó en buena parte de Europa–.[28] En el caso de las misiones

de productividad, su efectividad fue mayor cuando ya existían intercambios técnicos anteriores a iniciativa de las propias empresas[29] o, incluso, tras la adquisición de tecnología más moderna con cargo a los fondos del Plan Marshall –como en el caso de la siderurgia italiana.[30] Jonathan Zeitlin y Gary Herrigel son contundentes en este sentido. A su juicio, la transferencia de conocimientos desde el Nuevo Mundo descansó, más que en los cauces oficiales, en las empresas estadounidenses, léase exportadores, filiales de multinacionales, consultoras, instituciones educativas o fundaciones, entre otros ejemplos.[31]

La guerra de Corea mitigó el mesianismo que había caracterizado la ayuda económica y la ayuda técnica en sus inicios. El propio programa de asistencia técnica, que había sido hasta entonces el último reducto de los políticos estadounidenses del ala más progresista, pasó a convertirse en un instrumento más de los grupos más conservadores, junto con la ayuda económica y militar, para contener la expansión del comunismo en el mundo.[32] Si bien los recursos destinados al programa de asistencia técnica se intensificaron, la convergencia de intereses entre políticos y empresarios que había dominado hasta entonces se rompió para siempre, pues los planes a favor del desarrollo global del Viejo Continente se sustituyeron frecuentemente por garantizar la seguridad estratégica del bloque occidental en el seno de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Paradójicamente, este viraje en la política exterior norteamericana explica por qué poco más tarde desde la EPA se prestó una mayor atención al fomento de las áreas económicas europeas más deprimidas, donde era más probable que la inestabilidad económica y política diera paso a gobiernos de corte comunista. Dado que los estudios existentes se han concentrado en la Europa más adelantada, no sabemos si la mayor actividad de la EPA se tradujo en más americanización. Precisamente por el retraso económico, político y tecnológico que caracterizaba a la periferia mediterránea, era esperable una mayor acogida a las técnicas estadounidenses. Veamos qué ocurrió en el caso de España.

La ayuda técnica en España

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial situó al régimen franquista en una delicada situación internacional. Con las crecientes discrepancias entre los otrora aliados como telón de fondo, los países occidentales orientaron sus esfuerzos políticos a consolidar un bloque democrático alternativo al comunismo y al fascismo. Los guiños del Régimen a las potencias del Eje durante el conflicto no pasaron desapercibidos y España, considerada el último reducto fascista, fue objeto del aislamiento diplomático occidental en 1946.[33] Un año más tarde se quedaba fuera, además, del Plan Marshall y de los distintos organismos europeos gestados al calor de la ayuda americana. No obstante, el recrudecimiento de la Guerra Fría se encargó de que este ostracismo durara poco tiempo. En agosto de 1950, dos meses después del estallido de la Guerra de Corea, España recibía un crédito del *Export Import Bank (Eximbank)*, entidad financiera ligada al gobierno estadounidense. Su importancia radicó, más que en su cuantía (62,5 millones de dólares), en ser el primer gesto de reconocimiento del bloque occidental hacia el Régimen. El definitivo llegaría tres años más tarde, con la firma de los Pactos de Madrid.[34]

En virtud de estos acuerdos, la potencia americana se comprometía a conceder durante diez años ayuda económica, técnica y militar a cambio de la construcción de bases militares en suelo español.[35] El programa de asistencia técnica fue gestionado por el Ministerio de Agricultura, en lo concerniente al sector primario, y por la Comisión Nacional de Productividad Industrial (CNPI), para la industria y los servicios. Como había ocurrido en Europa, el grueso de los fondos se canalizó a través de la segunda, el centro de productividad local, donde vino a confluir la ayuda americana con el movimiento de la productividad propugnado desde distintas

esferas de la administración local.[36] La Comisión se había creado en 1952, adquiriendo carácter permanente en 1958. Con el fin de la ayuda estadounidense, en 1964 esta institución se transformó en el Servicio Nacional de Productividad Industrial.[37]

Al contrario de lo sucedido en otros países, la Comisión fue esencialmente punto de encuentro de representantes de diferentes instancias de la Administración, incluyendo, además de los ministerios, Presidencia de Gobierno, la Delegación Nacional de Sindicatos, el Consejo de Economía Nacional y el Alto Estado Mayor.[38] El sector privado, aunque invitado a participar en ella, fue relegado a las denominadas Comisiones Regionales y a los centros regionales de productividad. Las primeras fueron creadas a instancias de la propia CNPI con el fin de observar de cerca los problemas a los que se enfrentaban las empresas españolas en aquellos lugares de mayor concentración industrial –Cataluña, Guipúzcoa, Asturias, Vizcaya y Andalucía–. Los centros regionales, en cambio, se crearon por iniciativa y financiación de las empresas de la zona –en Alicante, Sevilla, Vigo, Albacete, Zaragoza y Palma de Mallorca–. Desconocemos la composición de estos últimos, pero en el caso de las delegaciones regionales y, en menor medida, la CNPI, participaban ingenieros, técnicos y empresarios que comenzaban a destacarse por sus obras sobre la materia, por aquel entonces novedosa, de organización de empresas, como Fermín de la Sierra, José Orbaneja, Juan Manuel Elorduy, José Luis Pinillos, Alberto Pintado Fe o Patricio Palomar, entre otros. Todos ellos simultanearon su actividad con cursos de formación en distintos centros y empresas. En sus propuestas de mejora de la productividad de la industria española se hacían eco de los métodos a debate en Europa bajo el influjo estadounidense, como la Organización Científica del Trabajo (OCT) y la nueva escuela de las Relaciones Humanas.[39]

El objetivo último de las actividades desarrolladas por la CNPI y sus delegaciones era aumentar la productividad de la industria española. Para ello se realizaron actividades de diversa índole, parcialmente financiadas por la ayuda americana, que perseguían mejorar la dirección a todos sus niveles, como estudios técnicos sobre distintos sectores, novedosas actividades de consultoría,[40] programas de formación de mandos medios y de directivos, y la organización del programa de asistencia técnica estadounidense.[41] El grueso de sus esfuerzos se concentró en estos últimos puntos. En relación a la formación de directivos, se fundó la pionera Escuela de Organización Industrial (EOI).[42] Enfocados en los mandos medios se diseñaron el Plan Nacional de Adiestramiento de Mandos de la Empresa (Plan AME) y el Plan Nacional de Adiestramiento de Mandos Intermedios (Plan AMA), programas que englobaron más del 60% de los cursos impartidos por la Comisión y a los que se unió un «Diploma de Ingenieros Especialistas en Producción», certificado similar a los que se estaban diseñando en centros como la EOI o el Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo (INRT).[43] El Plan AMA, con el que se pretendía enseñar a «saber instruir», «saber mejorar los métodos de trabajo» a partir de los recursos de los que se dispone y «saber mandar» o «tener relaciones humanas»,[44] se basaba en el popular programa *Training Within Industry* (TWI), desarrollado en Estados Unidos antes de la Segunda Guerra Mundial y caracterizado por el gran peso otorgado a la práctica en el aprendizaje, así como a la labor y discusión en grupo. Conocer su alcance precisa de un análisis en mayor profundidad a partir de estudios de caso. No obstante, sí disponemos de una relación de aquellas empresas que implantaron este Plan, entre las cuales se encontraban tanto empresas públicas como privadas de sectores tan diversos como alimentación, artes gráficas, transporte, banca, calzado, construcción, producción y transporte de electricidad, química, siderurgia y textil, entre otros.[45]

EQUIPOS PARTICIPANTES EN LAS MISIONES A ESTADOS UNIDOS, 1954-1962

(Número de equipos y participantes por materias)

Materias	Equipos		Participantes	
	Número	Porcentaje respecto del total	Número	Porcentaje respecto del total
Acero	1	0,7	11	1,1
Alimentación	7	4,9	64	6,6
Artes gráficas	1	0,7	6	0,6
Banca y bolsa	1	0,7	10	1,0
Calzado	1	0,7	9	0,9
Cámaras de comercio	1	0,7	9	0,9
Carbón	1	0,7	9	0,9
Construcción y urbanismo	12	8,4	105	10,8
Curtidos	2	1,4	15	1,5
Electricidad	5	3,5	42	4,3
Electrónica	1	0,7	7	0,7
Embalaje	2	1,4	17	1,8
Entretenimiento preventivo	2	1,4	10	1,0
Escuelas empresariales	13	9,1	37	3,8
Estudios técnicos especiales	5	3,5	5	0,5
Fabricación de muebles	2	1,4	15	1,5
Frío industrial	1	0,7	14	1,4
Fundición	3	2,1	21	2,2
Gas	1	0,7	7	0,7
Generales	14	9,8	74	7,6
Investigación de mercados y publicidad	9	9,1	52	5,3
Organización y dirección de empresas	32	22,4	228	23,5
Papel	1	0,7	11	1,1
Química	6	4,2	39	4,1
Soldadura	2	1,4	18	1,9
Textil	8	5,6	64	6,6
Transformados de caucho	1	0,7	10	1,0
Transformados metálicos	4	2,8	39	4,0
Transporte por carretera	1	0,7	7	0,7
Universidades	3	2,1	17	1,8
TOTAL	143		972	

Nota: El número de participantes ha de ser menor, pues es muy probable que algunos de ellos tomaran parte de varias misiones. Un desglose detallado de los equipos incluidos en cada categoría en ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos y la modernización de la economía española*, trabajo de investigación inédito, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001, pp. 61-62.

Fuente: *Productividad*, 124 (septiembre), 1963.

Como en el resto de Europa, dentro del programa americano de asistencia técnica los esfuerzos de la CNPI se concentraron en las misiones de productividad a Estados Unidos, a las que se unieron estancias de investigación tanto en el país americano como en otros europeos –de las que se beneficiaron particularmente ingenieros aeronáuticos del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica y de la Junta de Energía Nuclear–[46] y la llegada de especialistas estadounidenses para proporcionar formación en diferentes materias –la gran mayoría ligada a la industria y los servicios (50%), seguido de obras públicas (20%)–.[47] En total se organizaron 143 misiones de productividad, un número sensiblemente inferior a las 300 formadas en Francia y las 200 enviadas por Noruega entre 1949 y 1954.[48] Recordemos, no obstante, que ambos países se encontraban entre aquéllos más receptivos a la labor de la EPA.

El Cuadro I recoge las misiones organizadas en el ámbito industrial. Puede observarse que, aun teniendo cabida materias muy diversas, todos los temas relacionados con la dirección y organización empresarial (incluyendo mercadotecnia, publicidad y controles de calidad y seguridad en planta) sobresalieron tanto por número de equipos como de participantes. Independientemente de la temática específica a abordar por la misión, todos los equipos recibían formación sobre las características de la gran empresa americana y de la *American way of life*. Las misiones, por tanto, presentaron las mismas características que en el resto de Europa occidental. Ahora bien, lo observado y aprendido en Estados Unidos, ¿se trasladó a la empresa española? Esta cuestión se discute en el siguiente apartado.

El impacto de la ayuda económica y técnica estadounidense en España

La finalidad última de la ayuda económica y técnica fue conseguir un uso eficiente del dispositivo militar estadounidense en España, un objetivo al que tampoco fueron ajenas en mayor o menor medida otras iniciativas de intercambio cultural y científico como el programa Fulbright.[49] Lograr tal propósito pasaba por mejorar las infraestructuras existentes, estabilizar la economía española y contar con el beneplácito del gobierno, la población y los empresarios españoles. Es decir, promover cierto grado de desarrollo a la par que se ensalzaba el modelo económico y social norteamericano.

Existen pocas dudas sobre la contribución de la ayuda americana a la recuperación de la economía española en los años cincuenta. Ciertamente, la cuantía percibida fue limitada, pero, dados los graves estrangulamientos existentes en el aprovisionamiento de materias primas y otros *inputs*, tuvo efectos multiplicadores sobre el sistema productivo.[50] Ahora bien, a juicio de Óscar Calvo no se presionó simultáneamente para alcanzar la liberalización progresiva de la economía española, tal y como tradicionalmente había postulado la historiografía.[51] En lugar de condicionar su ayuda a grandes cambios en política económica, Estados Unidos esperó a que las mismas fuerzas internas los llevaran a cabo desde dentro. Sus propios servicios de inteligencia se hacían eco, en 1954, del deseo de colaborar de los empresarios españoles, aunque, obviamente, su postura hacia la liberalización iría acorde a su percepción sobre los beneficios que de ella se derivarían.[52] De hecho, a pesar de la denuncia continua por parte de las agencias estadounidenses del intervencionismo estatal y del peso del Instituto Nacional de Industria en la empresa española, el *holding* público y otros organismos oficiales se beneficiaron de los créditos concedidos por el *Eximbank* y el *Development Loan Fund*, organismos que en principio ofrecían sólo préstamos a empresas privadas.[53]

Lourenzo Fernández Prieto, en una investigación más amplia sobre la innovación agraria durante el franquismo, señala que el programa de asistencia técnica proporcionó el soporte financiero y tecnológico necesario para la creación y funcionamiento del Servicio de Extensión

Agraria (SEA); institución creada a imagen y semejanza de su homóloga estadounidense para aumentar la productividad del sector agrario español. El Servicio, organismo que en Estados Unidos había nacido en pleno *New Deal* y que se difundió por toda Europa tras la Segunda Guerra Mundial, fue en España el principal cauce de difusión de los métodos ligados a la *revolución verde*. Estos métodos habían sido previamente aprendidos por los técnicos del SEA en misiones de productividad tanto a Estados Unidos como a otros países europeos y, en menor medida, gracias a estancias de formación en los primeros.[54]

Buena parte de la investigación reciente sobre los efectos de los convenios de 1953 se ha concentrado en su impacto sobre las empresas españolas y la formación de sus trabajadores. Óscar Calvo ha sugerido que la firma de los Pactos de Madrid, al dotar de mayor credibilidad al Régimen, sirvió de estímulo a la inversión privada.[55] Núria Puig, por su parte, ha demostrado la conexión entre la asistencia técnica americana y la creación de las primeras escuelas de negocios en España.[56] La Asociación para el Progreso de la Dirección (APD), una de las primeras asociaciones de empresarios españoles, fue creada en 1956 por varios de los participantes de una de las primeras misiones a Estados Unidos. Su actividad para fomentar la profesionalización de la gestión empresarial y la comunicación entre empresarios y directivos –rasgos típicos de la gran empresa gerencial– le valió el reconocimiento de las agencias americanas.[57] No obstante, el contenido de las obras publicadas por los gurús españoles en dirección de empresas demuestra que los directivos españoles apostaron, como en otros países europeos, por una gestión donde se conjugara el modelo americano con la cultura nacional, todo ello sazonado por una temprana admiración hacia Alemania y Japón.[58]

En cuanto al intercambio técnico, tenemos constancia de diversas misiones de productividad que se tradujeron en la aplicación con éxito de lo aprendido en Estados Unidos, como en la firma galletera Fontaneda, la empresa de transformados metálicos Rivière y en distintos fabricantes de calzado mallorquines.[59] Precisamente el calzado, sector para el que el mercado estadounidense resultaba central, recibió mucha atención por parte de la CNPI y de los centros regionales de Alicante y Palma de Mallorca. Sin embargo, parece que los resultados concretos de sus actividades, ligadas a la mejora de la productividad y al fomento de la exportación, fueron muy pobres. Mayor éxito tuvieron los cursos de formación desarrollados por la Comisión, al menos en el distrito industrial catalán de Manresa.[60] En cualquier caso, pese a que todavía conocemos muy poco sobre su aplicación práctica por sectores, los estudios realizados hasta la fecha matizan el papel que algunos autores habían concedido al Estado como impulsor del movimiento de la productividad en España,[61] enfatizando, en cambio, el dinamismo de la iniciativa privada.

Sin desviar la atención de la empresa española, una mirada más atenta a la gestión de la ayuda americana –en sus dimensiones militar, económica y técnica– nos abre nuevas líneas de investigación, hasta ahora poco exploradas en la historiografía. Así, es posible apreciar el vínculo entre las misiones de productividad a Estados Unidos y la construcción de las bases militares con el desarrollo de los sectores de la construcción y de la consultoría técnica en España. Las misiones permitieron que ingenieros y dirigentes españoles observaran las técnicas y métodos que caracterizaban a las empresas americanas, mientras la construcción de las bases facilitó la asimilación de unas y otros gracias a la colaboración con los contratistas estadounidenses encargados de su supervisión.[62] La ayuda americana tuvo dos efectos más, no directamente ligados con la formación de su capital humano, sobre los empresarios españoles: proporcionó nuevas oportunidades de negocio y amplió las conexiones, o reforzó las existentes, entre diversas multinacionales y

sus socios locales. Un buen ejemplo de ello nos los brinda, de nuevo, la construcción de las bases militares estadounidenses. Dicha construcción constituyó el punto de arranque de uno de los grupos más destacados de consultoría técnica, el Urquijo.[63] Por otro lado, las maniobras de la administración franquista para allegar recursos del exterior permitieron trabar relaciones entre personalidades de ambos países que se prolongarían en el tiempo. Tal fue el caso de Alfred Barth, representante en España del *Chase National Bank*, y Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, futuro embajador en Washington y fundador, junto con su hermano Joaquín, del despacho de abogados Garrigues, íntimamente ligado a la inversión estadounidense durante el desarrollismo.[64] Desconocemos el origen de la relación entre ambos, pero probablemente se gestó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Barth, a través de la *United States Commercial Company* en Madrid, formó parte de la estrategia de guerra económica desplegada por Estados Unidos en España;[65] o tras el conflicto, pues, como vicepresidente del departamento internacional del *Chase*, entidad colaboradora en las gestiones financieras ligadas a los programas de ayuda americanos, Barth actuó como interlocutor de España y Portugal.[66] En cualquier caso, sí tenemos constancia de que tanto Antonio Garrigues como el *Chase* asesoraron al gobierno franquista en las gestiones que condujeron al crédito del *Eximbank* de 1950 y de la relación fluida entre el primero y Barth.[67]

Conclusiones

De manera tardía y más modesta, la ayuda técnica estadounidense funcionó en España como en el resto de la Europa occidental. Se persiguió el mismo objetivo y se pusieron en marcha los mismos instrumentos, si bien más tarde, con menores recursos económicos, con un trasfondo militar más pronunciado y sin los mecanismos intraeuropeos de cooperación. Ello no impidió que también aquí la ayuda americana estimulara el crecimiento del país, facilitara la transferencia de conocimientos desde el otro lado del Atlántico y difundiera el modelo económico y empresarial americano.

Al igual que en el resto de Europa, los empresarios españoles no imitaron sin reservas el modelo americano, sino que adoptaron y adaptaron a la realidad nacional parte de las ideas, métodos y técnicas exportadas desde los Estados Unidos. Lógicamente, sólo más estudios de caso nos permitirán reafirmar esta conclusión, conocer la extensión de este proceso y comprender su impacto real sobre la empresa española. La investigación realizada en los últimos años, empero, permite señalar algunos aspectos a los que la historiografía había prestado escasa atención y que se vislumbran de gran relevancia para entender cómo se transfieren conocimientos en la práctica. En primer lugar, sin obviar el papel, ya conocido, del Estado, la iniciativa privada desempeñó un papel esencial en la difusión del modelo americano. En segundo lugar, la ayuda militar y económica, y la construcción de las bases en particular, intensificaron los efectos de la ayuda técnica en dicho proceso. A ello se unirían otros cauces fuera del ámbito de estudio de este trabajo, como la inversión directa, asociaciones educativas y empresariales, y la acción cultural.[68] Y, finalmente, tanto el atraso relativo español como la conciencia de que la propia ayuda generaba oportunidades de negocio diversas a corto y largo plazo alimentaron la receptividad mostrada por los actores locales. El estudio de otros países de la periferia económica europea, con rasgos estructurales similares y receptores de la ayuda americana por las mismas fechas que España, así como la inclusión de otros factores de índole social y cultural, que proporcionen más detalles sobre cómo se percibían las ideas foráneas, permitirán, no obstante, profundizar en estas cuestiones.

NOTAS

[1] Agradezco los comentarios de los evaluadores anónimos de la revista, de Núria Puig y de los participantes en la Mesa 8 («La difusión del modelo americano en España durante el franquismo») del X Congreso de Historia Contemporánea, coordinada por Lorenzo Delgado y Pablo León Aguinaga. La investigación se ha beneficiado de los proyectos ECO2009-10977 y HAR2009-07571, dirigidos por Núria Puig y Jordi Catalan, respectivamente.

[2] MOWERY, David C., y ROSENBERG, Nathan, *Paths of Innovation. Technological change in 20th century America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[3] CHANDLER, Alfred Jr., *Strategy and Structure*, Cambridge, Harvard University Press, 1962; CHANDLER, Alfred Jr., *The Visible Hand*, Cambridge, Harvard University Press, 1977; CHANDLER, Alfred Jr., *Scale and Scope*, Cambridge, Harvard University Press, 1990.

[4] En los últimos años ha aparecido una amplia literatura enfatizando las ventajas de estructuras organizativas distintas a la gran empresa moderna, como la especialización flexible, los distritos industriales, la empresa familiar y los grupos y redes empresariales. Una síntesis en VALDALISO, Jesús María, y LÓPEZ, Santiago, *Historia económica de la empresa*, Madrid, Síntesis, 2007, pp. 282-289 y 343-350.

[5] La celebración del cincuentenario del Plan Marshall dio aliento a numerosas obras y proyectos internacionales sobre la difusión del modelo americano de organización económica y empresarial. Una síntesis en ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera y formación de capacidades organizativas locales. Un análisis del impacto de Estados Unidos en la empresa española (1918-1975)*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, capítulo 2. Una síntesis para el siglo XX en SCHRÖTER, Harm, *The Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since the 1880s*, Dordrecht, Springer, 2005. Centrado en la inversión directa estadounidense, BONIN, Hubert, y DE GOEY, Ferry (eds.), *American Firms in Europe, 1880-1980. Strategy, Identity, Perception and Performance*, Ginebra, Droz, 2009.

[6] Anteriormente se habían concedido ayudas puntuales, pero no respondían a un programa tan amplio, por envergadura, composición y duración, como el Plan Marshall. BROWN, William A. y OPIE, Redvers, *American Foreign Assistance*, Washington DC, The Brookings Institution, 1953.

[7] En las ayudas americanas enviadas a Europa habría que contabilizar también los fondos con los que se financió la administración de las zonas alemanas bajo control aliado (1945-1948), las ayudas a los Aliados durante el conflicto (1942-1945) y un crédito especial concedido al Reino Unido en 1946. CENTRAL OFFICE OF INFORMATION, *Western Cooperation. A reference handbook*, Londres, Central Office of Information, 1956.

[8] DELONG, Bradford y EICHENGREEN, Barry Eichengreen, «The Marshall Plan: History's Most Successful Structural Adjustment Programme,» en DORNBUSCH, Rüdiger; NÖLLING, Wilhelm y LAYARD, Richard (eds.), *Postwar Economic Reconstruction and Lessons for the East Today*, Cambridge, MA, MIT Press, 1993, pp. 189-230.

[9] BOSSUAT, Gérard, *L'Europe occidentale à l'heure américaine. Le Plan Marshall et lùnité européenne, 1945-1952*, Bruselas, Complexe, 1992.

[10] DJELIC, Marie-Laure, *Exporting the American Model. The Postwar Transformation of European Business*, Oxford, Oxford University Press, 1998; SCHRÖTER, Harm, ob. cit., p. 50; MCGLADE, Jacqueline, «The US Technical Assistance Program: From Revolutionary Vision to Production Drive», en BARJOT, Dominique (ed.), *Catching up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the Second World War*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002, pp. 78-79.

[11] CROUZET, François, «Conclusions» en BARJOT, Dominique, *Catching up*, p. 427.

[12] ZUNZ, Olivier, *Why the American Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, capítulo 4.

[13] Esta agencia terminó englobando a todos los aliados de Europa occidental cuando se disolvió en 1961, al pasar sus actividades a ser por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE).

[14] DJELIC, Marie-Laurie, p. 207; CROUZET, François, ob. cit, p. 432.

[15] DJELIC, Marie-Laurie, pp. 207-208.

[16] SCHRÖTER, Harm, *ob. cit.*, p. 51.

[17] BOEL, Bent, «The European Productivity Agency. A faithful prophet of the American model», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove (eds.), *The Americanisation of European Business: The Marshall Plan and the Transfer of US Management Models*, London, Routledge, 1998, p. 50; BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusculanum Press, 2003, p. 289.

[18] McGLADE, Jacqueline, «The US Technical», en BARJOT Dominique, *Catching up*, p. 79.

[19] GEMELLI, Giuliana (ed.), *The Ford Foundation and Europe (1950s-1970s). Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management*, Bruselas, European Interuniversity Press, 1998.

[20] BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusculanum Press, 2003, capítulo 7.

[21] SCHRÖTER, Harm, *ob. cit.*, p. 51.

[22] DJELIC, Marie-Laurie, *ob. cit.*

[23] ZEITLIN, Jonathan y HERRIGEL, Gary (eds.), *Americanization and its limits. Reworking US technology and management in post-war Europe and Japan*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

[24] BOEL, Bent, *The European Productivity.*

[25] SEGRETO, Luciano, «Sceptics and ungrateful friends vs. Dreaming social engineers: The Italian business community, the Italian government, the United States and the Comitato Nazionale per la Produttività», en GOURVISH, Terry y TIRATSOO, Nick (eds.), *Missionaries and Managers: American influences on European management education, 1945-1969*, Manchester, Manchester University Press, 1998, pp. 77-94; SEGRETO, Luciano, «The impact of the US Productivity Philosophy in Italy after the Second World War», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 135-147; GEMELLI,

Giuliana, *ob. cit.*; RANIERI, Ruggero, «The Wide Strip Mill in Western Europe: Transferring American Technology», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 251-264.

26 BOEL, Bent, *The European Productivity.*

27 MOEN, Eli, «The American Productivity Gospel in Norway: A Matter of Politics», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 99-112; SCHRÖTER, Harm, *ob. cit.*, pp. 52-53.

28 BARJOT, Dominique, «Catching up with America: The story of productivity missions in the French public works industry after the Second World War», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 359-383; TOUCHELAY, Beatrice, «L'Etat, l'INSEE, le CNPF et l'américanisation entre 1945 et 1961», en BARJOT, Dominique, y RÉVEILLARD, Christophe (eds.), *L'américanisation de l'Europe occidentale au XX siècle*, París, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002, pp. 227-251.

29 RANIERI, Ruggero, «Learning from America: The remodelling of Italy's public sector steel industry in the 1950s and 1960s», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove, ob. cit, pp. 208-227; RANIERI, Ruggero, «The Wide Strip Mill»; CAILLUET, Ludovic, «Selective adaptation of American management models: The long-term relationship of Péchiney with the United States», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove, *ob. cit.*, pp. 190-207; FELDENKIRCHEN, Wilfried, «Productivity Missions and the German Electrical Industry», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 285-300; LANTHIER, Pierre, «France and US Know-How: The Case of Electrical Engineering, 1945-60», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 301-313; LEROUX-CALAS, Muriel, «The Influence of the Productivity Missions on R&D in France: The Case of AFC-Péchiney», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 395-404; BARJOT, Dominique, «Catching up», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 359-383.

30 RAINERI, Ruggero, «The Wide Strip», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 251-264.

31 ZEITLING, Jonathan y HERRIGEL, Gary, *ob. cit.*

32 McGLADE, Jacqueline, ob. cit; MCGLADE, Jacqueline, «Americanization: Ideology or Process? The Case of the United States Technical Assistance and Productivity Programme», en ZEITLING, Jonathan y HERRIGEL, Gary, *ob. cit.*, pp. 53-75.

33 PORTERO, Florentino, *Franco aislado, la cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989. Sobre las relaciones económicas franquistas con las potencias del Eje durante el conflicto, CATALAN, Jordi, *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995; VIÑAS, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza, 2001.

34 VIÑAS, Ángel, «La primera ayuda económica norteamericana a España», en MINISTERIO DE COMERCIO, *Lecturas de economía española e internacional, Homenaje al 50 aniversario del cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado*, Madrid, Ministerio de Comercio, 1981, pp. 49-90.

35 Estudios recientes y exhaustivos al respecto son los de VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003; y POWELL, Charles, *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011.

36 GIL PELÁEZ, José, «Los EE.UU. en el movimiento español de la productividad», *Información Comercial Española*, 409 (1967), pp. 145-148; BUESA, Mikel y MOLERO, José, «Cambio técnico y procesos de trabajo: una aproximación al papel del Estado en la introducción de los métodos de la organización científica del trabajo en la economía española durante los años cincuenta», *Revista de Trabajo*, 67-68 (1982), pp. 249-268.

37 ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos y la modernización de la economía española. El régimen y los empresarios españoles ante la Ayuda Técnica: la Comisión Nacional de Productividad Industrial, 1945-1964*, Trabajo de investigación presentado en la Universidad Complutense de Madrid, 2001, p. 42.

38 Archivo General de la Administración (AGA), Actas de la CNPI, Cajas 9488-9490.

39 Su trayectoria puede consultarse en GUILLÉN, Mauro, *Guía bibliográfica sobre organización de la empresa española hasta 1975*, Documento de Trabajo 9502, Programa de Historia Económica, Madrid, Fundación Empresa Pública, 1995.

40 La consultoría, de crecimiento exponencial en los sesenta, era poco conocida una década antes. KIPPING, Matthias y PUIG, Núria, «Entre influencias internacionales y tradiciones nacionales: las consultoras de empresa en la España del siglo XX», *Cuadernos de Economía y Dirección de Empresas*, 17 (2003), pp. 45-66; KIPPING, Matthias y PUIG, Núria, «De la teoría a la práctica: las consultoras y la organización de empresas en perspectiva histórica», en ERRO, Carmen (ed.), *Historia empresarial. Pasado, presente y retos del futuro*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 101-131.

41 ÁLVARO MOYA, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 58-59 y 47-55; MIRANDA, José Antonio, «La Comisión Nacional de Productividad Industrial y la «Americanización» de la industria del calzado en España», *Revista de Historia Económica*, 22/3 (2004), pp. 642-646.

42 PUIG, Núria, «Educating Spanish Managers: the United States, Modernizing Networks, and Business Schools in Spain, 1950-1975», en AMDAM, Rolv Peter; KVALSHAUGEN, R. y LARSEN, E. (eds.), *Inside the Business Schools: The Content of European Management Education*, Oslo, Abstrakt Press, 2003, pp. 58-86.

43 Información recopilada a partir del Boletín y la Revista *Productividad* (1952-1964). Relación exhaustiva en ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 58-59.

44 *Productividad*, 45 (febrero), 1957.

45 ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 78-81. ←

46 DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural y científica en clave política: *Crear un clima de opinión favorable para las bases U.S.A. en España*», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, Mª. Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 211-214.

47 FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA, Gabriel, «España-USA, 1953-1964», *Economía Financiera*, 6 (1964).

48 KUISEL, Richard, *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*, Berkerley and Los Angeles, University of California Press, 1996, p. 80; MOEN, Eli, *ob. cit.*, p. 101.

49 DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural»; DELGADO, Lorenzo, *Viento de Poniente: el Programa Fulbright en España*, Madrid, LID, 2009.

50 CLAVERA, Joan *et al.*, *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, Madrid, Cuadernos para el

Diálogo, 1978; FANJUL, Enrique, «El papel de la ayuda americana en la economía española, 1951-1957», en *Información Comercial Española*, 577 (1981), pp. 159-165; GARCÍA DELGADO, José Luis, «Crecimiento industrial y cambio en la política española en el decenio de 1950. Guía para un análisis», *Hacienda Pública Española*, 100 (1986), pp. 287-296. Fernando Guirao minimiza este hecho, pues, a su juicio, la clave estuvo en los intercambios comerciales con Europa, que habrían constituido la puerta de acceso a los motores de crecimiento de las economías más desarrolladas. GUIRAO, Fernando, *Spain and the Reconstruction of Western Europe, 1945-57. Challenge and Response*, Oxford, Macmillan in Association with St. Antony's College, 1998.

[51] CALVO, Óscar, «*Neither a Carrot* nor a Stick: American Foreign Aid and Economic Policymaking in Spain During the 1950s», *Diplomatic History*, 30/3 (2006), pp. 409-438.

[52] *National Archives and Records Administration* (NARA), *Records of the US Foreign Assistance Agencies, Entry* 387, Caja 31. Juan Muñoz *et al.* también mencionan las tensiones al respecto que se fueron generando entre el capital financiero nacional en los años cincuenta y que desembocarían en el Plan de Estabilización. MUÑOZ, Juan, ROLDÁN, Santiago, y SERRANO, Ángel, *La internacionalización del capital en España, 1959-1977*, Madrid, Edicusa, 1978, pp. 21-26.

[53] FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA, Gabriel, *ob. cit.*; VIÑAS, Ángel, *En las garras*; VIÑAS, Ángel, «La primera ayuda económica norteamericana a España», en MINISTERIO DE COMERCIO, *Lecturas de economía española e internacional, Homenaje al 50 aniversario del cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado*, Madrid, Ministerio de Comercio, 1981, pp. 49-90; GÓMEZ MENDOZA, Antonio (ed.), *De mitos y milagros. El Instituto Nacional de Autarquía (1941-1963)*, Barcelona, Fundación Duques de Soria y Edicions Universitat de Barcelona, 2000, capítulos 1 y 7.

[54] FERNÁNDEZ PRIETO, Lorenzo, *El apagón tecnológico del franquismo*, Barcelona, Tirant lo Blanch, 2007, pp. 323-324 y 334-344.

[55] CALVO, Óscar, «¡Bienvenido, Míster Marshall! La Ayuda Económica americana y la economía española en la década de 1950». *Revista de Historia Económica*, 19, n.º extraordinario (2001).

[56] PUIG, Núria, *ob. cit.*

[57] PUIG, Núria, y ÁLVARO, Adoración, «La Guerra Fría y los empresarios españoles: La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España, 1950-1975», *Revista de Historia Económica*, 22/2 (2004), p. 409.

[58] GARCÍA RUIZ, José Luis, «*Estados Unidos y la transformación general de las empresas españolas*», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 131-153.

[59] MORENO LÁZARO, Javier, «La dulce transformación. La fabricación española de galletas en la segunda mitad del siglo XX», *Revista de Historia Industrial*, 19-20 (2001), p. 211; FERNÁNDEZ PÉREZ, Paloma, *Un siglo y medio de trefilería en España. Historia de Moreda (1879-2004) y Rivière (1854-2004)*, Barcelona, MRT Moreda-Rivière Trefilerías SA, 2004; MIRANDA, José Antonio, *ob. cit.*

[60] VIRÓS I PUJOLÀ, Lluís, *La difusió de noves tècniques d'organització del treball en la indústria dels anys 60. El cas del districte industrial de Manresa*, trabajo de investigación de Máster del doctorado interuniversitario en historia e instituciones económicas (UB/UAB), Bellaterra, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.

[61] GIL, José, ob. cit; BUESA, Mikel y MOLERO, José, *ob. cit.*; 982; GUILLÉN, Mauro, *Models of Management. Work, Authority and Organization in a Comparative Perspective*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994, capítulo 4.

[62] ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, *ob. cit.*, capítulo 6.

[63] PUIG, Núria, y TORRES, Eugenio, *Banco Urquijo*, Madrid, Banco Urquijo, 2008, pp. 139-140.

[64] ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, capítulo 3.

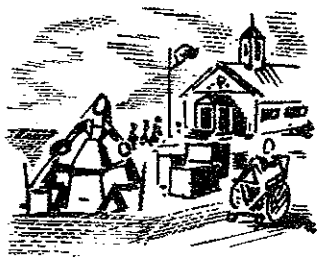
[65] LEÓN AGUINAGA, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1950*, Madrid, CSIC, 2010, p. 141.

[66] WILSON, John Donal, *The Chase: The Chase Manhattan Bank, NA, 1945-1985*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, p. 35.

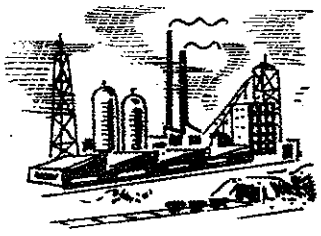
[67] Así se desprende de la correspondencia depositada en el Archivo Suanzes (AS). Véanse AS R594, R599, R603, R664, R732, R752, R764, R765, R796, R840, R3044, R3047 y R3100. También, la carta enviada por Garrigues al IEME sobre los honorarios del Chase en la asistencia al crédito concedido por la ECA. Archivo Histórico del Banco de España (AHBE), Fondo del Departamento Extranjero/IEME, Secretaría, Caja 35, Expediente 1.

[68] ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, capítulo 3; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración, ob. cit; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración, «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españolas, 1950-1975», *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 8-29; DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural».

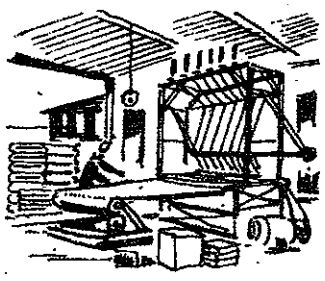
Esquema de Cooperación



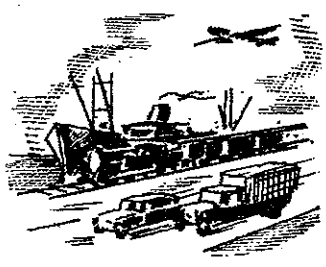
Programa de Cáritas.—Cada año, más de cuatro millones de españoles de las clases más modestas reciben ayuda con arreglo al programa de Cáritas. Las donaciones de productos agrícolas con cargo a los Títulos II y III de la Ley Pública 480 han alcanzado ahora un total de 136 millones de dólares. Se han suministrado más de 135 millones de kgs. de leche en polvo, 56 millones de kgs. de queso, 10 millones de kgs. de mantequilla y 15 millones de kgs. de judías. Con arreglo a este programa los Estados Unidos hacen donación de productos agrícolas que se distribuyen en España a familias necesitadas por las organizaciones *American National Catholic Welfare Conference* y Cáritas española.



Industria del acero.—Se puede decir que, en muchos aspectos, las modernas comunidades están construídas con acero. Los edificios, las fábricas, la maquinaria y el material de transportes no pueden ser hechos sin acero. Con arreglo a los programas de cooperación se han construído nuevos altos hornos y laminadoras. Más de 80 millones de dólares de fondos de cooperación económica han sido dedicados a equipo esencial de la industria del acero. Para aumentar la producción de acero ha sido también necesario importar chatarra y coque, y los fondos de cooperación económica han facilitado 60 millones de dólares para financiar las importaciones de estas dos materias primas esenciales.



Industria textil.—Casi la mitad del algodón que ha sido utilizado por la industria textil española en los últimos años, aproximadamente 1.300.000 balas, por un valor de 215 millones de dólares, ha sido suministrado con arreglo a los programas de cooperación. Estos programas han facilitado tipos de algodón que España no produce y han ayudado a cubrir las diferencias entre la producción algodonera española y el consumo. Este año se está suministrando nuevo equipo industrial textil para ayudar a modernizar esta importante industria. Con arreglo a los programas de cooperación técnica, varios consultores asesorarán a la industria española sobre técnicas modernas.



Transportes.—Unos 24 millones de dólares y unos 2.313 millones de pesetas, procedentes de los fondos de cooperación se han dedicado a la mejora de carreteras y caminos españoles. Nuevas locomotoras y vagones de pasajeros y mercancías han sido suministrados a la RENFE, habiéndose construído igualmente los oportunos talleres para la reparación y mantenimiento de este material... Nuevos firmes y modernos puentes han contribuído a la mejora de la red de carreteras.

También la Aviación Civil ha sido objeto de atención: 400 millones de pesetas de los fondos citados se han empleado en mejoras de aeropuertos y sistemas de control.

WALKING ON EGGS. LA DIPLOMACIA PÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA PROTESTA ESTUDIANTIL EN ESPAÑA, 1963-1969[1]

Óscar J. Martín García
CSIC

Introducción

Las páginas siguientes analizan la diplomacia pública desplegada por el gobierno Johnson con el fin de proyectar una imagen positiva de los Estados Unidos entre los estudiantes universitarios españoles. Entendemos por *public diplomacy* el conjunto de actividades –campañas de relaciones públicas, iniciativas culturales, intercambios educativos, formación del capital humano, información radiofónica, etc.– promovidas por un determinado actor estatal para comunicarse y conseguir el apoyo de la opinión pública de otros países. Por tanto, el presente trabajo se encuentra entre aquéllos que estudian el despliegue del *poder blando* por parte de los Estados –mediante la difusión internacional de su cultura, su organización sociopolítica e instituciones o los fundamentos de su acción exterior– para conseguir una influencia política internacional cimentada sobre la empatía ideológica y la atracción cultural más que en el poderío económico o militar.[2]

La diplomacia norteamericana comenzó a prestar atención a los estudiantes en España cuando las algaradas universitarias producidas en 1956 desencadenaron el primer estado de excepción bajo la dictadura. En los años siguientes, el papel estudiantil en los levantamientos contra los regímenes autoritarios de Corea del Sur y Turquía incrementó el interés estadounidense por los jóvenes españoles. La emergencia entre éstos, según constataron fuentes diplomáticas en 1959, de signos de disidencia frente al franquismo, mezclados con un incipiente antiamericanismo, representó uno de los factores que alentaron la reflexión en Washington sobre la postura norteamericana ante el futuro político de España. El resultado fue la aprobación por parte del *National Security Council* (NSC) en octubre de 1960 de la revisión de política española de la administración republicana de Dwight D. Eisenhower (1953-61).[3] Las orientaciones de esta directiva pivotaron sobre dos coordenadas que marcaron la línea de actuación seguida durante el resto de la década por los gobiernos demócratas de John F. Kennedy (1961-63) y de Lyndon B. Johnson (1963-69). Por una parte, se decidió mantener unas buenas relaciones con el régimen franquista que asegurasen la estabilidad política del país y el acceso fluido a las bases militares en España. Por otra, se dispuso preparar con cautela el terreno para un eventual cambio político hacia un gobierno más representativo y favorable a las prioridades estratégicas de los Estados Unidos.[4]

La combinación de ambos objetivos supuso una tarea muy complicada para el servicio exterior norteamericano. A juicio del embajador Angier B. Duke, dicha maniobra diplomática era tan difícil como *andar entre huevos sin romperlos* porque requería mantener «contactos con la oposición pero sin molestar al gobierno en el poder». El ejecutivo americano pretendió solventar este dilema mediante una actuación con «pies de plomo» que consiguiese un «delicado

equilibrio» entre el mantenimiento de los privilegios militares y la preparación de una futura transición moderada, pacífica y coincidente con sus intereses. Desde Washington se encomendó a la sección en España del *United States Information Service* (USIS) un papel de primer orden en esta peliaguda estrategia. La labor de dicho organismo fue la de dirigir la política informativa y cultural de los Estados Unidos para, sin colisionar con el Régimen, influir sobre los opositores no comunistas de la dictadura.[5]

El USIS planificó sus actividades a través de *country plans* anuales encargados de adaptar las directrices propagandísticas de Washington a las metas específicas de la superpotencia en España. El *Country Plan* de 1961 incluyó a los estudiantes entre los *target groups* de la diplomacia pública americana por considerar «esencial que los jóvenes y líderes de los próximos cinco o diez años mirasen hacia Estados Unidos como una guía de conducta».[6] La habitual inclusión durante el resto de la década de los estudiantes entre los blancos prioritarios de la actividad cultural estadounidense obedeció a varias razones relacionadas con la evolución demográfica y política de la España del momento. El movimiento universitario eclosionó en un contexto de despegue económico que propició el avance en la institucionalización del franquismo. Pero las contradicciones e insuficiencias fruto del desordenado desarrollismo encontraron una de sus principales manifestaciones en la masificación de la enseñanza superior.[7] La expansión cuantitativa y la diversificación social del cuerpo escolar, unida a las carencias estructurales y a la ausencia de libertades, alimentaron un enconado conflicto en los *campus* del país. Desde aproximadamente 1962, hasta el estado de excepción de 1969, los recintos universitarios experimentaron continuos desórdenes que consiguieron derribar al Sindicato Español Universitario (SEU), crear sindicatos democráticos y contribuir «sustantivamente al desgaste y deterioro del Régimen».[8]

El crecimiento de los disturbios universitarios fue paralelo al avance de un Partido Comunista de España (PCE) que, mediada la década de los sesenta, se había convertido en la fuerza de oposición más disciplinada, numerosa y respetada en los ambientes estudiantiles del país. A ojos de la legación estadounidense tan preocupante como la presencia de los comunistas en las facultades fue el aumento del antiamericanismo en las aulas. Conforme ascendió la agitación en las universidades se incrementaron los ataques, por parte de grupos estudiantiles cada vez más influidos por los movimientos anticoloniales y las teorías tercermundistas, contra el gobierno americano a causa de su apoyo a Franco, su intervención en América Latina (Cuba, República Dominicana, etc.) y la guerra de Vietnam.[9] La espiral de protestas y manifestaciones antiamericanas en los *campus* españoles preocupó a la Embajada pues esa erosión de la imagen de Estados Unidos en el colectivo estudiantil podía enajenarle las simpatías de «los líderes del mañana». Por todos estos motivos, parece relevante analizar las iniciativas promovidas por los representantes de aquel país en el terreno de las ideas y de las palabras con la finalidad de modular las ansias de cambio de aquellos grupos sociales, como los estudiantes, entre los que podían «presentarse dificultades significativas que perturbaran una transición pacífica durante el posfranquismo».[10]

La conveniencia de reaccionar ante la situación española se enmarcó, a su vez, en un contexto más amplio de pérdida de capital simbólico por parte del país americano. En 1962 varios estudios elaborados por la *United States Information Agency* (USIA), la agencia encargada de conducir la propaganda estadounidense en el exterior, revelaron el desplome de la imagen exterior americana durante el primer año de Kennedy en el Despacho Oval. Una tendencia desfavorable que se hizo más pronunciada bajo la presidencia de Johnson. La causa fue el serio quebranto del prestigio americano ocasionado por la guerra de Vietnam y los disturbios raciales en los Estados Unidos. Esta creciente impopularidad del *amigo americano* estuvo jaleada por la ascendencia política de

una nueva «generación rebelde», auténtica caja de resonancia de las tensiones en el convulso escenario global y del enfriamiento en las relaciones trasatlánticas.[11] Al calor de la bonanza económica, la expansión de la sociedad de consumo, el desarrollo de los medios de comunicación y la extensión de los sistemas educativos y sanitarios, emergió en los años sesenta un intenso ciclo trasnacional de revueltas estudiantiles que llegó a amenazar, según el propio Departamento de Estado, la presencia militar americana en diversos territorios, los intereses comerciales estadounidenses, el orden interno de algunos países aliados de la superpotencia y el sistema económico de libre empresa.[12]

El Youth Program en España y la apuesta por la Exchange Diplomacy

Para responder a tales desafíos, la administración Kennedy activó diferentes canales culturales e informativos, de intercambio de personas y de irradiación propagandística, con el propósito de ganar las mentes y los corazones de los jóvenes hostiles a América. Ya desde la segunda mitad de los cincuenta, con Eisenhower en el gobierno, los universitarios habían ocupado un lugar preferente en la programación de la USIA. Pero el principal paso para contrarrestar la desafección estudiantil se produjo en 1962 con la creación del *Inter-Agency Committee on Youth Affairs*. Este grupo de trabajo puso en funcionamiento –en colaboración con la USIA, la CIA y otros departamentos y agencias gubernamentales– el programa *Emphasis on Youth*, encargado de transmitir a los jóvenes del mundo un mayor conocimiento de las instituciones y de los valores americanos con el fin de conseguir su apoyo y comprensión.

El Departamento de Estado confirió a esta operación un nivel prioritario y pidió el máximo celo en su aplicación. Desde Washington se enviaron en 1963 instrucciones a más de un centenar de embajadas para que estableciesen secciones dedicadas a mejorar la imagen americana entre los jóvenes. Ese mismo año la Embajada en Madrid constituyó su propio *Youth Committee*, que tuvo como presidente al *Deputy Counselor* de la Misión, y como secretario ejecutivo al *Students Affairs Officer*. Este grupo estuvo formado por once oficiales en Madrid y un *youth officer* destacado en cada consulado. En su composición se encontraron representadas todas las secciones de la Embajada, el servicio de agregadurías, las fuerzas armadas desplegadas en España y el USIS a través del *Cultural Affairs Officer*. El *Youth Committee* puso en marcha en 1964, ya bajo mandato de Johnson, un *Youth Program* consagrado a «identificar a los Estados Unidos con las aspiraciones constructivas del importante sector juvenil», al tiempo que a convencer a los «jóvenes líderes de hoy y potenciales líderes de mañana» que los objetivos de su política exterior resultaban «compatibles con las aspiraciones del pueblo español».[13]

Durante los años siguientes la maquinaria de la persuasión estadounidense trató de incidir sobre aquellas percepciones y actitudes de los estudiantes españoles susceptibles de interferir en las preferencias americanas en favor de una España estable, anticomunista e integrada en las estructuras defensivas y económicas del mundo occidental. Para conquistar el respaldo universitario el USIS intentó hacer ver a los líderes estudiantiles:

1. Que el acceso norteamericano a las bases militares era de vital importancia para la defensa del «mundo libre» y la seguridad de España,
2. Que los Estados Unidos representaban la principal potencia mundial, un líder fuerte y responsable, estandarte de la paz y del progreso humano,
3. Que una Comunidad Atlántica fuerte y cohesionada era el mejor dique de contención contra el comunismo.
4. Que cualquier expectativa de un futuro esperanzador para España debería combinar un mayor pluralismo social y polí-

tico con la economía de libre mercado, como demostraba el progreso alcanzado por América en todos los órdenes de la vida.

El *Youth Program* en España concentró su trabajo en cuatro ámbitos: la promoción de intercambios educativos dirigidos a líderes estudiantiles, la organización de conferencias en colegios mayores y universidades, la programación de actividades culturales que incluyesen exposiciones, proyecciones, actuaciones musicales, representaciones teatrales, etcétera, y, finalmente, el impulso de la enseñanza del inglés y de los *American Studies* en las universidades españolas.[14] En adición, otras operaciones regulares del USIS en España, como la distribución de libros o las emisiones radiofónicas, también recibieron «una orientación hacia la juventud» para acercar la imagen del país americano a las ambiciones de libertad de los estudiantes españoles.[15]

En la práctica la aplicación del *Youth Program* en España se vio lastrada por una serie de factores estratégicos que implicaron dificultades económicas y políticas. Por una parte, los años sesenta contemplaron una considerable disminución en la intensidad propagandística de los EE UU en Europa occidental y, consecuentemente, en España. La irrupción de movimientos revolucionarios y anticolonialistas en Asia, Latinoamérica y África hizo que el foco de la Guerra Fría se desplazase de Europa a otras partes geográficas. El máximo exponente de este cambio fue Vietnam. Pero antes, desde finales de los años cincuenta, los recortes efectuados por el Congreso sobre las dotaciones de la USIA provocaron la reducción de los programas propagandísticos en el viejo continente y la progresiva concentración de los menguantes recursos en el frente ideológico del Tercer Mundo. Esta tendencia no tardó en dejarse sentir en España, donde en 1962 el USIS previno de que el cierre de bibliotecas y la disminución de personal iba a suponer «que no fuesen aprovechadas muchas oportunidades excelentes» para avanzar en el trabajo informativo.[16]

Por otra parte, uno de los principales cometidos del *Youth Program* consistió en identificar, contactar y cultivar a «aquellos estudiantes brillantes con una orientación básicamente democrática y con excepcionales cualidades de liderazgo». Empero, esa política de relaciones públicas tropezó con un obstáculo mayor: la prelación de mantener la operatividad de las bases militares norteamericanas en España y, en consecuencia, la necesidad de entenderse con la dictadura y no incomodar a sus dirigentes. De igual forma, los requerimientos de la Guerra Fría obturaron los cauces de intermediación entre los representantes americanos y los grupos izquierdistas, precisamente en un periodo en el que creció con rapidez el «apoyo a los líderes comunistas entre el cuerpo estudiantil». Ambas limitaciones impusieron un estrecho margen de maniobra a los oficiales estadounidenses, quienes sólo pudieron acercarse de forma cautelosa y vacilante a grupos minoritarios de estudiantes aperturistas, liberales, democristianos y socialdemócratas. Además, sucesos como el accidente de Palomares en 1966 hicieron que sectores escolares moderados expresasen su «desconfianza sobre la buena fe» de la política de defensa de los Estados Unidos, o incluso rechazasen «dialogar con estudiantes, profesores y representantes de cualquier organización americana» cuando en 1967 se destapó la política de infiltración de la CIA en el movimiento estudiantil europeo.[17]

Durante los años cincuenta el ejecutivo norteamericano había apostado por el frente informativo como mecanismo preferente de sus campañas propagandísticas en Europa. En la década siguiente se puso el acento en la acción cultural. Entonces se dio prioridad a los intercambios educativos como vía para favorecer la comunicación internacional y al entendimiento mutuo entre sociedades. La apuesta americana por los intercambios tuvo que ver con las nuevas condiciones políticas, sociales y culturales de los aliados europeos, que hicieron innecesaria, e incluso contraproducente, una actuación

psicológica tan directa como la desarrollada en el decenio anterior. En teoría, el impulso conferido a estos programas en los años sesenta aspiraba a fomentar el intercambio recíproco y neutral de conocimientos y experiencias entre ambos lados del Atlántico. En la práctica, la *Exchange Diplomacy* también tuvo una finalidad política, pues fue diseñada para crear a largo plazo entornos exteriores favorables a los intereses americanos, mediante el establecimiento y cultivo de redes de líderes en el extranjero. Los objetivos de la política exterior estadounidense imprimieron una mayor intensidad a la corriente de desplazamientos hacia Estados Unidos que desde este país hacia otros lugares, aunque esta tendencia también fue fruto de la mayor demanda formativa existente en ese sentido. Para llegar a los jóvenes se tomaron diversas iniciativas encaminadas a que estudiantes de universidades americanas en España actuasen como embajadores no oficiales del *American way of life*. A partir de 1963 el USIS seleccionó y asesoró a unos pocos estudiantes norteamericanos para participar en campamentos de verano del SEU basándose en su conocimiento del idioma y en su capacidad de argumentación y defensa de las políticas de gobierno estadounidense. El cometido de dichos estudiantes fue transmitir el mensaje americano a los universitarios españoles. Pero esta experiencia fue suspendida en 1966 debido al generalizado desprestigio de las actividades de un SEU agonizante entre el cuerpo estudiantil y a la falta de recursos del USIS en España.[18]

Mejores resultados se cosecharon en las visitas y estancias formativas de estudiantes extranjeros en Estados Unidos, financiadas por Washington para fortalecer los vínculos con los aliados políticos de América. En este sentido, los intercambios buscaron familiarizar a los jóvenes de las clases dirigentes con los valores americanos como parte de su educación política. La «alta prioridad» conferida en el caso español a las figuras emergentes del Opus Dei fue un buen ejemplo de la apuesta por aquellas opciones de bajo riesgo político, localizadas en los círculos de influencia pro-americanos.[19]

La ilustración positiva de la vida al otro lado del Atlántico contó con el concurso de estudiantes, profesores, decanos y periodistas españoles que habían llevado a cabo estancias en aquel país financiadas por el Departamento de Estado. Además de escribir algún artículo en la prensa, ofrecieron charlas para públicos universitarios acerca de sus gratificantes vivencias *made in USA*. Este tipo de colaboraciones también permitió a la Embajada establecer lazos con directores de colegios mayores, dirigentes del SEU, estudiantes democristianos, grupos europeístas, círculos orteguianos en torno a la *Revista de Occidente* y profesores e intelectuales liberales y anticomunistas, como Julián Marías, José Luis Sampedro, José Ortega Spottorno, Xavier Zubiri, Pedro Laín Entralgo o José Luis López-Aranguren, etcétera.[20] Dichos contactos posibilitaron que los argumentos estadounidenses fuesen expuestos en foros universitarios y cívicos como el Seminario Americanista de la Universidad de Madrid, el Instituto de Estudios de Asuntos Europeos o la Asociación Española de Cooperación Europea.

A pesar de los recortes que sufrieron a partir de 1966, los ciclos de conferencias representaron una de las pocas actividades del *Youth Program* en España que disfrutaron de cierta continuidad. Sin embargo, su clara vinculación con el frente informativo del gobierno de los Estados Unidos los puso en el punto de mira de los estudiantes más críticos con la política exterior de Washington. Cuando se produjeron las filtraciones sobre las operaciones de la CIA en el mundo cultural e intelectual europeo y se revelaron sus conexiones con algunas iniciativas del movimiento juvenil internacional, las conferencias y otras actividades similares del USIS tropezaron con «resistencias y pérdida de efectividad» entre los estudiantes. En ocasiones, las intervenciones de los representantes americanos fueron recibidas con silbidos, pataleos e imprecaciones. Para contrarrestar tales manifestaciones de rechazo, el USIS trató de camuflar la etiqueta oficial de algunos de sus productos informativos con el ánimo

de soslayar la desconfianza que la impronta de Washington despertó en ciertos sectores universitarios e intelectuales.[21]

Fue práctica habitual de la Embajada introducir contenidos de forma reservada en canales informativos españoles para aumentar la credibilidad y capacidad persuasiva del mensaje americano. Aquélla dispuso de «excelentes contactos» con editores y periodistas españoles, algunos de ellos antiguos *leader grantees* o participantes en visitas a los EE UU sufragadas por el gobierno americano. Circunstancia que facilitó la difusión del punto de vista estadounidense de manera velada en rotativos como *La Vanguardia, Nuevo Diario, Madrid,* etcétera. Aun así, en 1965 la Embajada se quejó a las autoridades españolas porque el tratamiento dado por los periódicos del país a la guerra de Vietnam en nada ayudaba a contener el antiamericanismo en las universidades. Cuando el *Public Affairs Officer* trasladó al ministro de Información español «su consternación por el tono» de la prensa en este asunto, unas cuantas gestiones bastaron para que la crítica directa fuese rápidamente sustituida por el silencio cómplice.[22]

Esas actuaciones tuvieron un efecto limitado, ya que los estudiantes más críticos con la dictadura no eran asiduos lectores de una prensa ahormada por la censura franquista. El férreo control gubernamental sobre la información deslegitimó a ojos de una cantidad creciente de estudiantes las noticias de la prensa tolerada. Por esta razón, para que sus contenidos alcanzasen al menos a estudiantes pro-americanos, el USIS prestó materiales informativos a revistas estudiantiles del entorno del Opus Dei, como *Gaceta Universitaria* o *Diagonal*, cuya dirección trasladó a los diplomáticos americanos su voluntad de identificar la «publicación y su posición con los Estados Unidos y recibir algún tipo de apoyo americano, bien económico o moral». En otros casos de publicaciones muy críticas con la superpotencia, como *Cisne* (perteneciente al SEU vallisoletano), el *Student Affairs Officer* mantuvo conversaciones con los editores para «procurar facilitarles una imagen» del país americano «más justa y objetiva». Pero estos esfuerzos posiblemente sólo fueron efectivos ante una minoría de estudiantes, dado el crecimiento durante este periodo de una militancia estudiantil altamente refractaria con los organismos oficiales o sus correas de transmisión como el Opus Dei.[23]

En el transcurso de los años sesenta el servicio exterior estadounidense detectó un aumento en la audiencia de la propaganda comunista a través de las ondas. Este hecho abrió desde 1962 un debate en el USIS sobre la posibilidad de reanudar las emisiones en castellano a España de la *Voice of America* (VOA), canceladas en 1955. En opinión de algunos diplomáticos estadounidenses, la transmisión de contenidos atractivos para los estudiantes posiblemente colisionaría con la censura e irritaría al Régimen. Además, la identificación de la VOA como portavoz de la postura oficial de Washington levantaría el recelo de los numerosos estudiantes de izquierdas. Finalmente, se decidió no restablecer esas emisiones e impulsar la colaboración ya existente desde los años cuarenta con *Unión Radio* y con *Radio Nacional de España*. Si bien desde mediados de los años sesenta algunos materiales de la VOA sobre la política exterior americana fueron introducidos en el *Diario Hablado* de esta segunda cadena.[24]

En esta línea de utilizar intermediarios locales para llegar al público español, a partir de 1964 unas 70 emisoras retransmitieron programas radiofónicos de factura estadounidense dirigidos a estudiantes universitarios, intelectuales y profesionales. El objetivo de tales iniciativas fue el de promocionar entre estos grupos una mayor «receptividad a las ideas americanas y un conocimiento más amplio de los Estados Unidos». Cabe destacar –entre otros– programas como *Perfiles de América*, *Usted que estuvo allí* o *Charlas al Viento*. Este último pretendió estimular el interés de los «jóvenes y los profesores por sus homólogos americanos mediante discusiones amigables y la comparación de instituciones, costumbres, economía y cultura en general».[25]

Aunque a mediados de la década hubiese aumentado el volumen de oyentes de las emisoras clandestinas, la Embajada consideró que el mantenimiento de Franco en el poder garantizaba la orientación anticomunista de España. Por esta razón, y por la debilidad de la oposición, la diplomacia estadounidense apenas se había molestado en contraatacar la propaganda comunista durante la década de los cincuenta.[26] No obstante, en 1965 la propia Misión reconoció que «numerosos sectores de las universidades españolas» se sentían «atraídos por la filosofía marxista». Una mala noticia porque los diplomáticos estadounidenses concibieron la ideología comunista como el arma más peligrosa del arsenal soviético, el «virus» que amenazaba con subvertir las sociedades occidentales desde dentro. En esta tesitura, el USIS buscó fomentar la acción doctrinal para evitar el contagio entre los estudiantes españoles de esta infección procedente ya no sólo de Europa oriental sino también de Cuba, China y otros rincones del planeta.[27]

Los libros y las publicaciones periódicas con contenidos positivos acerca de la democracia liberal o la economía de mercado encarnaron la punta de lanza del combate contra el marxismo. Durante el tramo final de la década de los cincuenta, el *Informational Media Guarantee Program* facilitó un repunte en el número de libros comercializados en el mercado editorial español tras el visto bueno del gobierno estadounidense. Entonces tuvo lugar un notable aumento de los fondos bibliográficos estadounidenses disponibles en las universidades españolas.[28] En la década siguiente la reducción de las partidas presupuestarias afectó considerablemente a dicho programa. Si en 1960 la actuación del USIS facilitó la traducción de 42 obras, en los años sucesivos la cifra descendió drásticamente hasta suspenderse la actividad en 1965. En contrapartida, se pudo contar con una cantidad importante de libros procedentes del programa de traducción de América Latina. Sólo en 1965 el USIS en España recibió una media mensual de un millar de ejemplares procedentes del programa latinoamericano, que posteriormente se repartieron entre bibliotecas universitarias, colegios mayores, instalaciones de la Organización Sindical, bibliotecas de la Juventud Obrera Católica y de la Hermandad Obreras de Acción Católica, etcétera.[29]

Las publicaciones periódicas propias representaron otra herramienta ideológica en manos del USIS para divulgar el credo americano. Sin embargo, entre 1963 y 1969 apenas se realizaron avances en este campo. Durante dicho periodo la legación en Madrid insistió una y otra vez en la creación de una revista dirigida específicamente a los estudiantes universitarios. Pero la falta de medios descartó tal empresa. Una de las soluciones contempladas para rellenar este vacío fue la de perfilar ciertos contenidos de *Atlántico* con el fin de suscitar un mayor interés estudiantil por esta revista de alta cultura. La propuesta no cuajó, pues la revista desapareció en 1964 debido a los severos recortes presupuestarios y a su fracaso para calar entre las audiencias deseadas. Un año después apareció *Cátedra y Aula*, un proyecto fallido sin apenas trascendencia, editado durante poco más de un año. Entonces las únicas publicaciones americanas que abarcaron el espectro universitario fueron *IEN Seven Days*, editada por el centro binacional de Barcelona y el *Boletín Cultural Hispano-Norteamericano,* que comenzó a publicar su centro homólogo de Madrid en 1967. El insuficiente número de revistas propias dirigidas a un colectivo tan importante como los estudiantes aumentó el interés del USIS por hacer llegar *Problemas del Comunismo* (la versión española de *Problems of Communism* creada en 1952) a los «líderes estudiantiles que la respetan como una publicación académica seria». Aun así, hubo que esperar a los últimos meses de la presidencia de Johnson para asistir a la publicación de *Facetas* (equivalente de *Dialogue* para el mundo hispanohablante), la revista juvenil de producción estadounidense que disfrutó de una mayor difusión en las universidades españolas. A

la postre, la debilidad del frente de publicaciones estudiantiles propias fue claro exponente de la declinante intensidad del esfuerzo propagandístico norteamericano en la España de los años sesenta.[30]

También fue paralizado por los reajustes económicos uno de los principales proyectos juveniles de la Embajada desde 1963: la creación en el *campus* madrileño de una residencia estudiantil que, además de alojar estudiantes, promoviese actividades educativas y culturales que orientasen a los escolares «hacia objetivos democráticos y moderados con una disposición favorable hacia los Estados Unidos».[31] Pero esta ambiciosa aspiración quedó definitivamente archivada en 1966 por su elevado coste. En su lugar, el USIS organizó diversas Semanas o Ciclos Americanos en ciudades como Pamplona, Oviedo, Salamanca, Valladolid o Santiago. Estas jornadas estuvieron destinadas a acercar la vanguardia y madurez de la creación cultural americana a los estudiantes de provincias. De esta forma, la diplomacia pública estadounidense intentó refutar los prejuicios de algunos sectores estudiantiles que, a menudo influidos por la propaganda comunista, menospreciaron a la cultura americana por su carencia de valores espirituales.

Para reducir el antiamericanismo cultural dichas Semanas incluyeron varias actividades: conferencias, conciertos, cine, teatro o *radio shows*, como el protagonizado en mayo de 1964 por un grupo de música *folk* de la *New York University* en los estudios de RNE en Oviedo. Ciertamente, uno de los objetivos principales de estas iniciativas fue el de generar una publicidad favorable en los medios locales. Por eso, el USIS celebró que en marzo de 1964 la Semana de Teatro Americano en la Universidad de Valladolid hubiese sido «afectuosamente recibida» por la prensa pucelana. Incluso se hizo eco favorable del evento una revista universitaria que hasta entonces sólo se había preocupado por los Estados Unidos cuando tenía algo «extremadamente crítico que decir».[32]

El mayor peso de los jóvenes dentro de la programación cultural para España alentó la creación de centros binacionales en Valencia (Centro de Estudios Norteamericanos-CEN, 1958), Barcelona (Instituto de Estudios Norteamericanos, IEN 1959) y Madrid (Instituto Hispano-Norteamericano de Cultura-IHNC, 1961). Su principal actividad hasta entonces había consistido en la enseñanza del inglés y en la promoción de diversas manifestaciones de la cultura estadounidense. En lo sucesivo, su programación cultural se hizo eco del mayor protagonismo que adquirieron los jóvenes para la diplomacia pública norteamericana. Conforme avanzó la década y crecieron los desórdenes en los *campus*, los institutos binacionales procuraron llenar el vacío artístico y cultural provocado por el cierre de facultades y por la continua presencia policial en las universidades. Los tres centros estadounidenses existentes en España acogieron eventos con una ascendente demanda entre el público juvenil, como exposiciones de arte, recitales poéticos, certámenes de música *folk* y de *jazz* y cine-clubs. En 1964 el CEN de Valencia y el IEN de Barcelona crearon sus propios grupos de teatro *amateur* y organizaron ciclos teatrales universitarios, como el que en la primavera del año siguiente contó con la actuación de las compañías de varias facultades del *campus* barcelonés.[33]

El ascenso del descontento universitario incitó a ampliar el radio de acción de los intercambios hasta incluir a líderes estudiantiles con potencial político para el futuro. La incorporación de los universitarios a estos programas se vio potenciada tras el ingreso español en el Programa Fulbright en 1958.[34] Entre el año siguiente y 1965 unos 290 estudiantes españoles pasaron por centros americanos bajo los auspicios de este programa. Al finalizar la dictadura, la cifra de los beneficiarios españoles que ampliaron su formación en el país americano subió de los 1.000, a los que habría que agregar una cantidad algo inferior de estudiantes y profesores norteamericanos que se desplazaron a España.

Simultáneamente se emplearon otros mecanismos para estimular la corriente de intercambio estudiantil. Entre los cursos de 1963-64 y 1966-67 la Embajada propuso al Departamento de Estado que cubriese las estancias breves de unos 160 universitarios bajo el *Foreign Student Program*. El intercambio estudiantil también fue promocionado a través de otras iniciativas como el *Educational Travel Program*, enfocado a jóvenes graduados para que realizasen estudios especializados en EEUU, o el *International Visitors Program* –continuación del *Foreign Leaders Program*–, que en 1967 promovió el viaje a los EE UU de una quincena de líderes estudiantiles de Madrid y Valencia, entre los que se encontraba algún dirigente del Sindicato Democrático de Estudiantes en la capital del Turia.[35]

Durante este periodo la Embajada introdujo una mayor apertura en los criterios de selección de los elegidos para disfrutar de la experiencia *made in USA*. Se pensó que un mayor contacto con la realidad norteamericana de líderes estudiantiles no comunistas evitaría que su rechazo al Régimen se tradujese en un futuro fortalecimiento de proyectos izquierdistas. A través de los intercambios, los responsables americanos buscaron cauces de interlocución discreta con aquellos jóvenes más brillantes, activos en los asuntos universitarios e interesados en encontrar soluciones para «una transición pacífica y estable a un eventual gobierno posterior a Franco». Junto al interés estrictamente formativo de las estancias, también se procuró que sirvieran para convencer a aquellos estudiantes de las «ventajas de los cambios evolutivos sobre los cambios traídos a través de la violencia». Washington pretendió que tras su retorno, movidos por sus vivencias al otro lado del Atlántico, actuasen como intermediarios locales del mensaje americano y como portavoces que difundiesen lo aprendido entre sus profesores, compañeros de clase y amigos.[36]

No siempre la visita a los EE UU hizo desaparecer los recelos y prejuicios de los participantes menos atraídos por el ideal americano. Aún así, la Embajada valoró favorablemente estos programas. A su juicio, incluso los estudiantes críticos adoptaron «una visión mucho más equilibrada y razonable» de la forma de vida estadounidense después de su estancia en tierras americanas. Por esta razón, la legación en Madrid consideró que los intercambios encarnaban «una de las actividades más efectivas y exitosas que tenemos en apoyo del *Youth Program*». Sin embargo, dichos intercambios no alcanzaron la incidencia deseada, debido en buena medida a los recortes financieros que sólo entre 1966 y 1967 detrajeron en torno al 40 por 100 del presupuesto para estas materias. Aunque se contase con el suplemento de otras iniciativas, como el *American Field Service* o el *Elías Ahuja Scholarship*, la Misión lamentó esa merma de recursos al entender que supondrían un fuerte lastre para su capacidad de atracción de las futuras elites. Más aún por producirse en un «periodo crucial» de «creciente actividad contra el gobierno entre los estudiantes universitarios y los intelectuales disidentes».[37]

Los instrumentos de la acción informativa e ideológica

El *Youth Committee* en España tuvo la misión de establecer «un diálogo continuo» entre la Embajada y los líderes del porvenir. Una tarea complicada porque dos elementos clave en la comunicación gubernamental con públicos extranjeros, como suelen ser la actuación exterior y las políticas internas de un país, se convirtieron en el transcurso de los años sesenta en fuente de constante desgaste de la reputación americana entre los jóvenes españoles. Por un lado, un número cada vez mayor de estudiantes contrarios a Franco tendió a «equiparar Vietnam con cualquier lucha anticolonial y con su propia situación en España». Por otro, según una encuesta realizada por la USIA en 1965, la mayoría de los escolares españoles encontró en los problemas raciales en Estados Unidos una evidencia clara de la «hipocresía blanca y del

fracaso de la democracia» en el seno mismo del «mundo libre».[38]

Para amortiguar estas tendencias, el *Youth Program* adoptó diversas iniciativas informativas dedicadas a exponer las «políticas de los Estados Unidos de una forma más clara para que puedan ser entendidas mejor» por los jóvenes españoles. Entre las que gozaron de mayor predicamento estuvieron las conferencias en las que participaron el embajador y otros miembros del cuerpo diplomático entre 1964 y 1969 en colegios mayores de Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla, Granada, Valencia, Murcia, Salamanca, Santiago, Pamplona y Oviedo. El establecimiento del *Youth Program* hizo que la treintena de actividades de este tipo desarrolladas durante el curso 1961-62 ascendiesen a 40 en 1965. En estos coloquios, los representantes americanos trataron de reconciliar las posturas contradictorias de su gobierno en Vietnam y combatir la propaganda comunista sobre la violencia racial en los Estados Unidos. Asimismo, en su papel de portavoces del ideal americano, se esforzaron por presentar las facetas de la experiencia estadounidense más relevantes para los escolares españoles en ámbitos como la economía, el mundo del trabajo, la cultura, la ciencia, la música, los procesos electorales o la vida universitaria (cuadro 1). Según un informe de la Embajada en 1964, esta clase de charlas aspiraron a exhibir «lo mejor de la cultura contemporánea» norteamericana.[39]

A través de la propaganda cultural, los centros binacionales pretendieron proyectar hacia los jóvenes una visión de los Estados Unidos conectada con el mundo de la cultura y del arte para diluir el desagradable rostro americano proyectado por la relación con Franco y la guerra de Vietnam. Pese a ello, dichos centros también se vieron afectados por el desgaste de su «imagen liberal» a causa de la ola internacional de protestas estudiantiles contra la política de Washington. Al igual que otras instalaciones relacionadas con la irradiación cultural americana en diversas partes del mundo, los centros binacionales de Madrid, Valencia y Barcelona

Ciclo de conferencias en dos colegios mayores de Madrid (diciembre 1964-enero 1965)

COLEGIO MAYOR BUEN CONSEJO: «LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA»
Las elecciones recientes en los Estados Unidos.
Algunos aspectos de la economía americana en la actualidad.
¿Quién es el americano, este hombre nuevo?
Las relaciones exteriores de los Estados Unidos.
COLEGIO MAYOR EL VISO: «LOS ESTADOS UNIDOS HOY»
«Los Estados Unidos ¿Una civilización o simplemente una colección de pueblos?
¿Coexisten la cultura y la ciencia en los Estados Unidos?
Aspectos de la economía americana.
Relaciones exteriores de los Estados Unidos.
Proyección del film «John F. Kennedy: Years of Lightning, Days of Drums»

sufrieron en ocasiones el ataque de algunos grupos estudiantiles.[41]

Las operaciones culturales de los centros binacionales, al igual que las Semanas Americanas, vieron mermada su capacidad de impacto por la negativa del gobierno americano a estimular con dólares el interés de los agentes culturales privados por España. En los años sesenta, este país generalmente permaneció fuera del circuito europeo de las figuras del arte y de la cultura norteamericana. Tal ausencia dejó un espacio para la acción de otros actores que, sin formar parte del servicio exterior, pusieron su grano de arena en la conquista de la opinión juvenil en España. Nos referimos a los estudiantes de programas de universidades americanas y a los becarios Fulbright que colaboraron con el USIS en la organización y desarrollo de diversos eventos culturales (charlas, conciertos, teatro, etcétera). En su caso, el compromiso con la Guerra Fría cultural fue el de *diplomáticos de base* dispuestos a derribar barreras culturales a través de la interacción y del «diálogo continuo» con sus semejantes españoles, con los que compartieron actividades, gustos y aficiones.[42] Por ejemplo, en el IEN de Barcelona estudiantes de ambos países colaboraron en el seno de un comité elegido democráticamente y encargado de concebir y organizar de forma autónoma la actividad cultural juvenil del centro.

Consideraciones finales

En agosto de 1968, cuando la etapa de Johnson en la Casa Blanca apuntaba a su fin, la Embajada en Madrid remitió a Washington un informe sobre la política estadounidense en España, donde se señalaba que tras la muerte de Franco –una hipótesis cada vez más cercana– el ejército posiblemente desempeñaría un papel estabilizador y favorable a los intereses americanos. Sin embargo, dicho memorándum no descartaba que la situación sociopolítica y económica del país condujese a una «transición precipitada» y orientada «hacia la izquierda», que se tradujese en una «posición pública y oficial más crítica con las bases militares extranjeras». Para sortear los peligros de un futuro político de estas características en España, la Embajada había activado unos años antes diversos programas informativos y culturales con el fin de evitar que colectivos como los estudiantes dificultasen un posfranquismo sin sobresaltos.[43]

Sin embargo, la primacía conferida a la colaboración militar con el franquismo y la falta de recursos, redujo la capacidad del USIS para ganar política e ideológicamente a una buena parte de los universitarios españoles. Éstos fueron objetivo de «máxima prioridad» en los *country plan* de aquel periodo, pero existieron sensibles diferencias entre lo programado y lo realmente llevado a cabo. La extenuante desviación de recursos hacia las operaciones en Vietnam asestó un «terrible golpe» a la acción juvenil del USIS en España. El dinero destinado a conquistar las mentes y los corazones de los estudiantes españoles fue insuficiente para contrarrestar la desafección producida por la pragmática armonía con el régimen franquista.[44]

La intervención americana en Vietnam no sólo pasó una factura muy elevada a la reputación exterior de los Estados Unidos. Las exigencias bélicas requirieron un sobreesfuerzo económico que extenuó el frente propagandístico en el «mundo libre». Las consecuencias en términos de imagen fueron muy negativas en un periodo de intensas revueltas estudiantiles en Occidente contra el «imperialismo yanqui». En España, la Embajada reconoció en 1968 que los estudiantes seguían manifestando una evidente «insatisfacción con la presencia de bases de los EE UU y con nuestro papel en la guerra de Vietnam». Aunque en los últimos años el puesto en Madrid había «aumentado sus programas con los jóvenes españoles», su inconsistente aplicación no había conseguido evitar que ambas cuestiones se convirtiesen en una fuente inagotable de «sentimiento antiamericano», y que alimentasen una «extendida oposición de los estudiantes» contra la política exterior norteamericana.[45]

Ese rechazo creció en las universidades durante estos años porque un número importante de estudiantes identificaron a los Estados Unidos como «partidarios del *statu quo*» que representaba el «régimen reaccionario de Franco». Ciertamente, la mayoría de los universitarios españoles juzgaron al país americano más por algunos de sus comportamientos que por sus mensajes. Percibidos estos últimos como el mero revestimiento cosmético de intereses estratégicos, no lograron maquillar unas políticas americanas consideradas por los estudiantes como ilegítimas y carentes de autoridad moral por encarnar un «sostén y pilar principal para el régimen de Franco». Las artes de la diplomacia pública no lograron contrarrestar los efectos adversos de su frente armado con la dictadura. El grueso de la opinión universitaria no le concedió credibilidad ante la evidencia de la colaboración americana con un aliado demasiado comprometedor políticamente. Entre 1963 y 1969 esa asimilación de Estados Unidos con el régimen franquista hizo fortuna en una parte sustancial de la comunidad estudiantil española.[46]

La Embajada reconoció que cualquier acercamiento a amplios sectores estudiantiles sería baldío, ya que la identificación con la dictadura persistiría por tanto tiempo como los Estados Unidos «necesitaran las instalaciones militares en España». Por este motivo, los estudiantes dejaron de ser objetivo prioritario de la diplomacia pública estadounidense. A partir de 1970, la administración Nixon, en el poder desde enero de 1969, decidió no dedicar más «esfuerzos para cultivar a los estudiantes universitarios». En su lugar, el USIS trató de reforzar la comunidad de apoyo y afinidad política con los Estados Unidos entre los jóvenes profesionales de la alta burguesía financiera e industrial, del Opus Dei, de la ACNP o del Movimiento.[47]

En un contexto de condiciones internacionales adversas, el nuevo gobierno republicano estimó más conveniente el fortalecimiento de la hegemonía estadounidense entre los aliados leales que la estrategia de persuasión hacia los detractores de América. Así, el fracasado programa juvenil dejó paso a los esfuerzos por ganar cierta influencia estructural a través de la cooperación en materia educativa con gobernantes amigos. En el caso español, si antes se había buscado la interlocución directa con los líderes estudiantiles, ahora ese objetivo quedaba subsumido en otro más genérico, el apoyo al desarrollo educativo y científico mediante el respaldo a la reforma educativa puesta en práctica con la Ley General de Educación de 1970.[48] La diplomacia pública norteamericana, una vez más, volvía a recurrir a interlocutores locales para que transmitieran el mensaje de compromiso con la evolución de la sociedad española que, por otros conductos, eran incapaces de hacer pasar con la dosis de credibilidad necesaria.

NOTAS

1 Este artículo ha sido elaborado en el marco del Seminario de Estudios del Franquismo y de la Transición (SEFT) de la UCLM y de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (MICINN, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá).

2 Este artículo sólo estudia las iniciativas oficiales, aunque la diplomacia pública a menudo cuenta con el concurso de agrupaciones civiles y agentes privados. CULL, Nicholas, *The Cold War and the United States Information Agency*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 486-504. Para la definición de poder blando aquí aplicada, NYE, Joseph, *La paradoja del poder americano*, Barcelona, Taurus, 2003. Una introducción al tema en NIÑO, Antonio, «Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional», Ayer, 75, 2009, pp. 28-30. En el mismo número ver también MONTERO, José A., «Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)».

3 *Inspection Report USIS-Spain*, 29-V-1959, National Archives and Record Administration (NARA), Record Group of the US Information Agency (RG306), Inspection Reports and Related Records, 1954-62, Box 8 y *Operations Plan for Spain*, 6-XI-1959, NARA, Record Group of the Department of State (RG59), Bureau of European Affairs (BEA), Country Director for Spain and Portugal, Spain 1956-66, Box 5. LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC, 2010, p. 430.

4 DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What?» La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del postfranquismo», en MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel (eds.), *Claves in-*

ternacionales en la transición española, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 102-106 y PARDO, Rosa, «Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L. B. Johnson: 1964-1968», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 22, 2004, pp. 138-139. También TERMIS, Fernando, *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, Biblioteca Nuevas, 2005, pp. 176-180.

5 *Memorandum*, 14-4-1961 y *Frank Ortiz a William Walker*, 21-IV-1965, NARA, RG. 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal 1956-1966, Box 5 y 2.

6 *USIS Country Plan for Spain-FY 1961*, 25-VI-1960, NARA, RG306, Office of Research. Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4.

7 RODRÍGUEZ, Sergio, «Los estudiantes y el cambio sociocultural de los 60», en SÁNCHEZ, Glicerio (coord.), *Eppure si mueve. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 176. Sobre las transformaciones en el mundo juvenil durante los años sesenta, GONZÁLEZ, Damián, MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel, «*Envenenando a nuestra juventud*. Cambio de actitudes y bases de la militancia juvenil durante el segundo franquismo», *Historia Actual Online*, 20 (2009). pp. 19-33.

8 HERNÁNDEZ, Elena, RUIZ, M. Ángel y BALDÓ, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 23. GONZÁLEZ, Eduardo, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza, 2009, pp. 260-262.

9 Sobre la hegemonía comunista en la oposición estudiantil entre 1964 y 1968 ver HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, «Estudiantes en la universidad española (1956-1975): Cambio generacional y movilización antifranquista» en GONZÁLEZ, Damián (coord.), *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008. El antiamericanismo de los sesenta no fue un fenómeno nuevo en la España franquista, como se describe en FERNÁNDEZ, Daniel, «El antiamericanismo en la España del primer franquismo: el Ejército, la Iglesia y la Falange frente a Estados Unidos», *Ayer*, 62 (2006), pp. 257-282.

10 *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493; *Country Plan for Spain*, 3-XII-1964, NARA, RG59, Bureau of Educational and Cultural Affairs (BECA), 1955-66, Box 31; *Inspection Report USIS Spain*, 29-V-1959, NARA, RG306, Inspection Reports and Related Records, 1954-62, Spain, Box 8.

11 HAEFELE, Mark, «John F. Kennedy, USIA and World Public Opinion», *Diplomatic History*, 25 (2001), pp. 64-65; CULL, Nicholas, *The Cold War and the United States Information Agency*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, p. 285; MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, 1958-1974*, Oxford, OUP, 1998, p. 36. Las diferencias en el seno del «mundo libre» en SCHWARTZ, Thomas, *Lyndon Johnson and Europe: In the Shadow of Vietnam*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, pp. 9-10.

12 Los cambios socioeconómicos de la «edad de oro» de los sesenta en HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 260 y 300, y JUDT, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, William Heinemann, 2005, pp. 390-400. Las consecuencias de las revueltas estudiantiles sobre la política exterior americana en KLIMKE, Martin, *The other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 192-193.

13 *The White House. Memorandum for the Secretary of State*, 1963, NARA, RG59, CFP, Box 3254 y *Some General Observations on United States Policy Towards Spain*, 25-VI-1965. NARA, RG.59, BEA. Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2.

14 Ver RODRÍGUEZ, Francisco J., *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, Universitat de Valencia, 2010.

15 *Country Plan for Spain*, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31; *Country Plan for Spain*, 30-IX-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29; *Emphasis on Youth. Embassy's Youth Program*, 30-VI-1964, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.

16 Sobre los recortes mencionados FREY, Marc, «Tools of Empire: Persuasion and the United State's Modernizing Mission in Southeast Asia», *Diplomatic History*, 27 (2003), pp. 543-548 y HIXSON, Walter, *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War*, Nueva York, Sant Martin's Press, 1997, pp. 215-228. Sobre España: *Country Assessment Report, USIS Spain 1961*, 15-II-1962. NARA, RG306, Office of Research, Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4.

17 *Discussions with Christian Democrat Leaders in Barcelona*, 6-VII-1966 y *Student Reaction to B52 Crash*, 5-III-1966, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Political and Defence, Box 2663; *From American Embassy to Secretary of State*, 21-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence. Box 2489. Sobre la revelación del apoyo encubierto de la CIA a asociaciones estudiantiles, KOTEK, Jöel, «Youth Organizations as a Battle field in the Cold War», en SCOTT-SMITH, Giles y KRABBENDAM, Hans (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Londres, Frank Cass Publishers, 2003, pp. 168-169.

18 *Country Plan for Spain*, 4-I-1963, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31 y *Emphasis on Youth: Pilot University Student Hostel Project*, 14-X-1963, NARA, RG59, CFP, Box 3248.

19 SCOTT-SMITH, Giles, *Networks of Empire. The US State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-70*, Bruselas, Peter Lang, 2008, p. 418; LIMA, Antonio de, «The role of International educational exchanges in public diplomacy», *Place Branding and Public Diplomacy*, 3/III (2007), p. 240.

34 Ver DELGADO, Lorenzo, *Viento de poniente. El programa Fulbright en España*, Madrid, Madrid, Comisión Fulbright-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009, pp. 60-68.

35 *Education and Cultural Exchanges: Country Program Plans and Priorities for FY 66 and 67*, 24-VI-1965 y *Educational and Cultural Exchange: Submission of FY 1964 Proposed Educational Exchange Program*, 12-IV-1962, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 9.

36 *Country Plan for Spain*, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31; *Justification for the Present Educational and Cultural Exchange Program in Spain*, 23-X-1965, NARA, RG, 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2.

También DELGADO, Lorenzo, «¿El «amigo americano»? España y Estados Unidos durante el franquismo», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 21 (2003), p. 264.

37 *Embassy Madrid to Department of State*, 30-IX-1966, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.

38 *Vietnam Talk*, 23-VI-1966, NARA, RG.59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 9 y *Spain's University Students: Their Views on Domestic and International Issues*, Mayo 1965, NARA, RG306, Office of Reasearch, Reports, 1964-74, Box 25. El efecto de los problemas raciales sobre la imagen de Estados Unidos en DUDZIAK, Mary, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton, PUP, 2000.

39 *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29.

40 Elaboración propia a partir de *Emphasis on Youth*, 23-III-1964, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 402.

20 Varios de estos intelectuales participaron habitualmente en las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura, el frente intelectual financiado por la CIA para contrarrestar el desafío comunista en la Guerra Fría cultural. Ver SCOTT-SMITH, Gilles, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and post-war American hegemony*, Manchester, Routledge, 2007. Para el caso español: GLONDYS, Olga, «Causas y circunstancias del establecimiento del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura», *X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santander, Septiembre 2010. Ver también SANTISTEBAN, Fabiola de, «El desembarco de la Fundación Ford en España», *Ayer*, 75 (2009), p. 160.

21 *From American Embassy to Secretary of State*, 21-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2489 y *Emphasis on Youth. Student Discussion Group Initiated*, 4-V-1964, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 402.

22 *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29.

23 *Opus Dei's views of the university crisis as expressed by the editors of Diagonal*, 22-XII-1965, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 372 y *Theatre Week at the University of Valladolid*, 31-III-1965, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 372.

24 Sobre la propaganda radiofónica de los Estados Unidos en España en los años cuarenta y cincuenta ver LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España, 1945-1960», *Ayer*, 75 (2009), pp. 149-152.

25 *USIA: Country Program for Spain*, 14-III-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-1966, Box 31.

26 DELGADO, Lorenzo, «La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos en España», *Ayer*, 75 (2009), p. 122.

27 Unrest in the University of Barcelona. A Professor's Views», 17-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Culture and Information, Box 355 y *USIA: Country Plan for Spain*, 1-IV-1963, NARA, RG 59, BECA, 1955-1966, Box 31. Sobre la cruzada ideológica contra el comunismo OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War. Eisenhower's Secret propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006, pp. 287-304.

28 LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España», cit., pp. 142-143.

29 *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, *Records Concerning Exhibits in Foreign Countries*, 1955-67, Box 29.

30 *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2489.

31 *Programming of PL 480 Funds for Madrid Student Center*, 26-XI-1965, NARA, RG. 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 9.

32 *Theatre Week at the University of Valladolid*, 31-III-1965 e *Incident at Salamanca During Cultural Program*, 5-III-1968, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 372 y 328.

33 *Country Plan for Spain*, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box31; *Evaluation of Binational Centers*, 28-III-1963, NARA, RG306, Office of Research, Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4. Acerca de la creación de los centro binacionales ver LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España», cit, pp. 152-156. Sobre la importancia de los cine-clubs en el programa juvenil del USIS ver LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales*, cit., p. 430.

41 *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2493.

42 Sobre el People-to-People Program ver OSGOOD, Kenneth, *ob. cit.*, pp. 214-216 y 234-252.

43 *US Policy Assessment*, 9-V-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2493.

44 *Substantive Comment on Post Performance and Reporting*, NARA, RG59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2 y *Embassy Madrid to Department of State*, 30-IX-1966, NARA. RG59, CFP, 1964-1966, *Culture and Information*, Box 402.

45 *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2489.

46 *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2493 y *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, *Political and Defence*, Box 2489. Identificación negativa que fue generalizable a amplios sectores de la sociedad española durante los últimos años del franquismo y la transición democrática. PARDO, Rosa, «La política norteamericana», *Ayer*, 49 (2003), pp. 41-43; NIÑO, Antonio, «50 años de relaciones entre España y Estados Unidos», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), p. 14 y ALONSO, Carlos, *Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos*, Real Instituto Elcano, Documento de Trabajo, 22 (2003), p. 6.

47 *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493 e *Impact of Youth and the US National Interest; Mission Youth Program*, 1-IV-1970, NARA, RG59, Political and Defence, 1970-1973, Box 2597.

48 DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What?», cit., pp. 118-125.

VEHÍCULO DE LA MEJOR AMISTAD: EL JAZZ COMO PROPAGANDA ESTADOUNIDENSE EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS CINCUENTA[1]

Iván Iglesias
U. Valladolid

Advirtiendo de los problemas que comportan las frecuentes y naturalizadas consideraciones negativas de la propaganda, Randal Marlin ha definido ésta como «un intento sistemático y organizado de influir mediante la comunicación en el pensamiento o comportamiento de una audiencia amplia en formas que dificultan o sortean la habilidad del receptor para apreciar la naturaleza de su influencia».[2] La definición de Marlin tiene como virtudes su neutralidad y su énfasis tanto en la sistematicidad como en el carácter velado de la propaganda. No obstante, me interesa entender ésta, más que como una acción, como un proceso informativo y persuasivo que ha de estudiarse teniendo en cuenta múltiples aspectos como los emisores, los contenidos, los medios de difusión, las técnicas utilizadas, los receptores y los efectos, cada uno de ellos en relación con sus condiciones particulares y cambiantes.

Desde su difusión internacional en los años veinte y treinta, el *jazz* se había erigido en un reconocido símbolo cultural estadounidense y en un emblema de modernidad, igualdad racial, hedonismo y democracia. Con la radicalización de la Guerra Fría, las autoridades norteamericanas se dieron cuenta de que podía ser un efectivo embajador de la cultura y del modo de vida de su país. La utilización de la música «clásica» experimental como propaganda por parte del bloque occidental de la Guerra Fría es un tema estudiado desde hace años por musicólogos e historiadores,[3] pero la investigación de las relaciones entre el *jazz* y la política exterior norteamericana de esa época es mucho más modesta y reciente. En 1970 apareció un breve estudio de Frank Kofsky sobre el tema, encuadrado dentro de su reivindicación de la «música negra».[4] Más preocupado por la dimensión social del *jazz* que por sus connotaciones políticas, el artículo sólo mencionaba escuetamente la función de la música afro-norteamericana como instrumento de la diplomacia estadounidense en la Guerra Fría, lo cual explica que este aspecto pasase bastante desapercibido en un período en el que muchos norteamericanos aún veían con buenos ojos cualquier estrategia con tal de evitar el avance soviético. De modo que el tema ha permanecido inexplorado hasta muy recientemente, y aún hoy existen numerosos vacíos historiográficos al respecto, sobre todo en lo que se refiere a Europa. Los trabajos de Lisa E. Davenport, Penny M. Von Eschen y Graham Carr han documentado que los Estados Unidos intentaron mejorar su imagen internacional patrocinando el *jazz* norteamericano en África, el Próximo y Medio Oriente, Latinoamérica y la Unión Soviética desde 1956.[5] Pero el único estudio que trata extensivamente el *jazz* como diplomacia cultural en Europa se limita a Alemania durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial.[6]

Diplomacia cultural a ritmo de jazz

A finales de la década de los cuarenta, la dictadura de Franco, pese a su abierta propaganda norteamericanista y su notable cambio de ac-

titud hacia la música de *jazz* desde la Segunda Guerra Mundial, contaba con pocas posibilidades de incentivar unilateralmente los intercambios culturales con los Estados Unidos.[7] Fue la radicalización de la Guerra Fría, a causa del primer ensayo atómico soviético en septiembre de 1949, la victoria militar de los comunistas en China un mes más tarde, y el comienzo de la Guerra de Corea en julio de 1950, lo que hizo que el Estado norteamericano se interesase por reformular las relaciones con el régimen de Franco. Ese cambio estratégico en la política hacia la dictadura fue acompañado de una reactivación del despliegue propagandístico en España. En agosto de 1950, el presidente Harry S. Truman anunció la *Campaign of Truth*, la primera gran ofensiva informativa y cultural de los Estados Unidos dirigida abiertamente a contrarrestar la propaganda comunista.[8] Al mismo tiempo, Naciones Unidas anuló la condena internacional de la dictadura, en una decisión que motivó fuertes protestas entre los músicos contrarios al régimen: el exiliado violonchelista Pau Casals, por ejemplo, mostró su reprobación al año siguiente, rechazando la invitación de la ONU a tocar en su festival musical, negativa que fue convenientemente silenciada por la prensa franquista.[9]

A principios de 1951, Stanton Griffis tomó posesión del puesto de embajador de los Estados Unidos en España, vacante desde hacía cinco años, iniciando al poco tiempo el proceso negociador destinado a la instalación de bases militares norteamericanas en el país a cambio de reconocimiento político y ayuda militar, económica y técnica. La nueva dinámica bilateral generó la necesidad de «crear un clima de opinión favorable» en España, y la propaganda cultural fue uno de los instrumentos puestos al servicio de tal objetivo.[10]

Los principales organismos estatales que participaron en la vertiente musical de esta campaña durante los años cincuenta fueron el Departamento de Estado, la *United States Information Agency* (USIA), el *Operations Coordinating Board* (OCB) y el *United States Information Service* (USIS). Además, la Administración Eisenhower se apoyó frecuentemente en la financiación de algunas organizaciones privadas como la *American National Theater Academy* (ANTA). En el caso español también tuvieron un especial protagonismo la embajada de los Estados Unidos en Madrid, el consulado general de los Estados Unidos en Barcelona, las distintas *Casas Americanas* gestionadas por el USIS y los Centros Binacionales de Valencia y Barcelona.[11]

Aunque el gobierno estadounidense subrayó la necesidad de difundir en el exterior «creaciones distintivamente norteamericanas», en un principio descartó mayoritariamente la cultura popular. El objetivo era presentar una visión «sofisticada» de su arte, «demostrando a las audiencias internacionales que los gustos norteamericanos eran más refinados de lo que Hollywood y Elvis Presley sugerían».[12] La *Casa Americana* de Sevilla fue inaugurada en febrero de 1951; un mes después ofreció una serie de audiciones de acceso gratuito con invitación, cedidas por el programa de radio *The Voice of America* (VOA), entre las que se encontraban las obras más representativas de Bach, Beethoven y Handel.[13] Ahora bien, el *jazz*, que entonces se encontraba en los Estados Unidos sobre la fina línea que separa lo «popular» de lo «culto», tuvo una presencia nada desdeñable en las grabaciones que la Embajada de los Estados Unidos facilitó a *Radio Madrid* desde la Segunda Guerra Mundial, colaboración que continuó vigente en los años cincuenta.[14] Este género musical encontró un espacio privilegiado en dicha emisora desde 1944, con la «Hora Americana», y, sobre todo, desde 1946 con el programa «Casino Fin de Semana», que supuso un punto y aparte en la recepción del *jazz* en España.[15]

En cuanto a las actuaciones en directo, los Estados Unidos privilegiaron inicialmente el ballet, la ópera o la música sinfónica como parte de su propaganda. El *New York City Ballet* inició su gira de 1952 por Europa, financiada por el Depar-

tamento de Estado,[16] con un ciclo de 21 representaciones en el teatro barcelonés del Liceo entre el 15 de abril y el 8 de mayo. Al estreno asistieron «las primeras autoridades de la Ciudad Condal y alto personal diplomático de los Estados Unidos».[17] El 2 de febrero de 1955 llegó a Barcelona la *Everyman Opera Company*, integrada exclusivamente por afronorteamericanos, para ofrecer una serie de representaciones de la ópera *Porgy and Bess*, de George Gershwin, también en el Liceo. Su gira, que desde diciembre del año anterior había recorrido Venecia, París, Atenas, El Cairo y Tel-Aviv, fue patrocinada conjuntamente por la USIA y la ANTA. Los reporteros fueron puntualmente informados de que el Estado norteamericano se había hecho cargo del transporte «para contribuir a la comprensión entre los pueblos».[18]

En el terreno sinfónico y coral, varias orquestas, coros y directores de primer nivel fueron enviadas a España por el Departamento de Estado. La *Philadelphia Orchestra*, dirigida por Eugene Ormandy y con el barítono afronorteamericano William Warfield como solista, dio varios conciertos en Madrid y Barcelona entre el 29 de mayo y el 1 de junio de 1955 como parte de una gira europea bajo los auspicios de la ANTA.[19] La *Robert Shaw Chorale and Orchestra* actuó en el teatro Carlos III de Madrid los días 22 y 23 de abril de 1956 y en el Palacio de la Música de Barcelona cinco días después, financiada por el Departamento de Estado norteamericano, con obras de Bach, Mozart, Schubert, Brahms, Debussy, Barber, Copland, Ives y Gershwin, así como algunas composiciones polifónicas del siglo XVI.[20] Leopold Stokowski, considerado entonces el director «más célebre del mundo»,[21] se puso al frente de la Orquesta Sinfónica de Madrid el 9 de mayo de 1956, en el teatro Monumental. Y la *Cleveland Orchestra*, bajo la batuta de George Szell, ofreció tres conciertos en Madrid los días 13, 14 y 15 de mayo de 1957, patrocinados por la ANTA y la Embajada de Estados Unidos en España;[22] el interés por su impacto general fue tal, que uno de ellos se trasladó a las 11 de la mañana para que no coincidiese con una importante corrida de toros que se celebró más tarde aquel mismo día.[23]

La tabla 1 muestra una relación de aquellos conciertos que tuvieron lugar en España durante los años cincuenta, patrocinados por el Estado norteamericano a través de alguna de sus instituciones, tomando como fuentes los archivos estadounidenses y españoles. Sólo recoge aquellas actividades cuya celebración consta detalladamente en la prensa española, para evitar que puedan ser tenidos en cuenta conciertos que, aunque planteados por la USIA o anunciados por la prensa norteamericana, es probable que no se llevaran a cabo.

A pesar de esta clara orientación inicial hacia la música sinfónica, la ópera y el ballet, la común opinión entre los historiadores y musicólogos estadounidenses de que no hubo actuaciones de *jazz* patrocinadas oficialmente hasta la primavera de 1956, con la gira del trompetista Dizzy Gillespie, es discutible. El *jazz* estuvo presente en buena parte de los citados conciertos subvencionados que se celebraron en España, pero sólo si integramos la visión de los destinatarios de aquella diplomacia cultural. Lo ocurrido en España es un buen ejemplo de la distancia, en este caso conceptual, que a menudo separa a los emisores de la propaganda de sus receptores.

En la España de los años cincuenta, el concepto *jazz* englobó multitud de géneros y estilos musicales diversos de procedencia o influencia norteamericana, desde el *hot* de Louis Armstrong, al *swing* de Benny Goodman, del jazz sinfónico de Paul Whiteman y Jack Hylton al *bebop* de Charlie Parker y Dizzy Gillespie, incluyendo también el *blues* y bailes como el *fox-trot* o el *boogie-woogie*. A pesar de que mucha de esta música era interpretada por blancos, persistía en los medios de comunicación, la crítica musical y la vanguardia artística la identificación del *jazz* con la cultura negra norteamericana.[24] Pero, al contrario de lo que ocurría ya entonces en los Estados Unidos, la transformación del *jazz* en una música considerada de elevada distinción

social y alto valor artístico por la mayoría de sus aficionados no tendría lugar en España hasta una década después.

Esta laxitud y versatilidad conceptual tuvo sus consecuencias en la recepción del *jazz* en la España del momento. El *New York City Ballet* representó el 2 de mayo *El clarinete mágico*, un ballet basado fundamentalmente en el *Concierto para clarinete y orquesta de cuerda con arpa y piano* que Aaron Copland había compuesto para Benny Goodman en 1948. Si bien hoy en día puede parecernos una opinión sorprendente, la crítica calificó el concierto como una obra claramente «jazzbandística» (al igual que el propio Copland, dicho sea de paso).[25] Mucho más evidente todavía había sido la vinculación de George Gershwin con el *jazz* en la España de los años treinta y cuarenta, y ni *Porgy and Bess*, interpretado tanto por la *Everyman Opera Company* como por la *Robert Shaw Chorale* y los *Fisk Jubilee Singers*, ni célebres obras suyas como *Rhapsody in Blue* o *An American in Paris*, dirigidas por Lee Everett y tocadas por Philippa Shuyler o Mario Braggiotti, fueron una excepción.

En ello tuvo mucho que ver que el *jazz* se identificara entonces en España con la música negra norteamericana y que los mandatarios estadounidenses tomaran conciencia en los años cincuenta de que las cuestiones raciales eran un aspecto crítico a tener en cuenta en su política exterior.[26] La Unión Soviética utilizó repetidamente la segregación racial estadounidense como argumento propagandístico, así que la Administración Eisenhower se esforzó desde 1955 en proyectar al exterior una imagen de progreso hacia la igualdad racial, a través de varias giras de músicos afronorteamericanos. El éxito en España de la *Everyman Opera Company*, que llenó el Liceo en todas sus representaciones, y de cantantes como William Warfield o la contralto Marian Anderson, que entre el 31 de mayo y el 5 de junio dio un recital en Madrid, otro en Barcelona y dos más en Sevilla, parecieron darle la razón. A finales de junio, la propia USIA interpretó que las giras de artistas negros por Europa estaban convenciendo a las audiencias extranjeras del «gran progreso logrado por la raza bajo el sistema democrático americano».[27] A su vez, los músicos afronorteamericanos utilizaron las giras financiadas por el Departamento de Estado como una plataforma desde la que proyectar su cultura al exterior, visitar otros países y promover la dignidad de la población negra.[28] La frecuente asociación entre música negra y *jazz* hizo que, desde muy pronto, el segundo fuese concebido como símbolo estadounidense en la Guerra Fría. En 1959, *Porgy and Bess* todavía era para la prensa española un emblema de excelencia artística distintivamente norteamericano y el perfecto ejemplo de diplomacia cultural, porque, como declaró José María Massip, corresponsal del diario *ABC* en Washington: «Las gentes piensan que si los americanos pueden encontrar admirable al cuerpo de baile del teatro Bolshoi y los rusos a los negros de *Porgy and Bess*, no hay ninguna razón para que sus países tengan que pulverizarse con bombas atómicas».[29]

Ciertamente, la USIA no patrocinó las giras de destacados músicos de *jazz* por Europa hasta finales de los años cincuenta, y siempre dio prioridad a Asia y África sobre el Viejo Continente. En ese sentido, las visitas de muchos de los principales *jazzmen* y *bluesmen* norteamericanos a Barcelona desde 1950 han de atribuirse fundamentalmente a los esfuerzos y gestiones del *Hot Club de Barcelona* y del *Club 49* de Granollers, aunque facilitados por la mejora de las relaciones entre España y Estados Unidos. En la lista de actuaciones se encuentran muchos músicos que, hasta entonces, no habían tocado en España, pese a sus frecuentes giras europeas. La inauguraron el pianista Willie «The Lion» Smith, el 7 de febrero de 1950, el clarinetista Mezz Mezzrow, el 17 y el 18 de diciembre de 1951, y el trompetista Bill Coleman, el 19 de noviembre de 1952. La primera gran visita jazzística fue la del trompetista y figura del *bebop* Dizzy Gillespie, el 10 de febrero de 1953. Aquel mismo año tocaron en Barcelona el guitarrista y cantante

de *blues* «Big Bill» Broonzy, en mayo, y el cantante Jimmy Davis, en noviembre. No hubo más actuaciones ilustres durante meses, pero el año 1955 marcó una época en la Ciudad Condal con los conciertos del polifacético vibrafonista y líder de orquesta Lionel Hampton, el 19 de enero, el clarinetista y saxofonista Sidney Bechet, el 26 de mayo, y el esperado e idolatrado trompetista y cantante Louis Armstrong, el 23 de diciembre. Al año siguiente, Hampton regresó para tocar el 12 de marzo y el 13 y 14 de julio, la banda de Sammy Price actuó el 4 de mayo, y la famosa orquesta de Count Basie, ganadora en Estados Unidos del premio de la crítica y del público a la mejor banda de *jazz* en los años 1954, 1955 y 1956, ofreció cuatro conciertos entre el 2 y el 3 de octubre.

Sin embargo, la idea de que los conciertos de *jazz* no formaron parte de la propaganda cultural norteamericana hasta finales de marzo de 1956 ha de ser matizada incluso cuando analizamos sólo al emisor. Antes de la gira de Gillespie, varias instituciones norteamericanas habían financiado conciertos de *jazz* en España. Para celebrar la confraternidad de ambos países, el ejército de los Estados Unidos envió a Barcelona en junio de 1953 el portaaviones «Coral Sea», perteneciente a la VI Flota de la marina. Su banda ofreció una audición gratuita en el Ateneo de Sant Boi de Llobregat, Barcelona, con la interpretación de «varias marchas militares y música americana de jazz».[30] Tres meses después, coincidiendo con la inminente firma de los acuerdos militares, atracó en Barcelona otro buque de la marina norteamericana, el «Franklin D. Roosevelt». El Consulado General de Estados Unidos patrocinó el 12 de septiembre de 1953 un concierto con los músicos de *jazz* del portaaviones en el Club de Ritmo de Granollers.[31] El 22 de marzo de 1955, la *Casa Americana* de Madrid financió y organizó la actuación en el Palacio de la Música de una «Orquesta Nacional de Jazz Sinfónico», dirigida por el pianista Antonio Moya y compuesta por más de sesenta músicos. El programa estuvo compuesto por obras de George Gershwin, «la figura cumbre» del jazz sinfónico según la crítica.[32] Entre enero y febrero de 1956 se repitió varios días otro «Festival Gershwin», esta vez con el patrocinio directo de la ANTA, con el director Lee Everett, la pianista Philippa Schuyler, la soprano Anne Brown y la Orquesta Filarmónica.[33]

El éxito de estos conciertos de *jazz*, que llenaron los clubes y teatros, fue inesperado y abrumador, sobre todo si se compara su audiencia con la de otros recitales patrocinados por las instituciones norteamericanas en España: el concierto de la soprano Patricia Connor en el Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, en noviembre de 1952, no había logrado congregar a suficiente público y, además, los fehacientes problemas logísticos habían motivado una severa crítica de Antonio Fernández-Cid a la organización.[34] Escasos espectadores se dieron cita también en los siguientes recitales de la *Casa Americana*, como los de la *mezzosoprano* Leslie Frick, el tenor Edgardo Gierbolini, el pianista Norman Klekamp, el matrimonio Rabinoff, el barítono Gregory Simms, el pianista Daniel Abrams, el violinista Stanley Weiner y su pianista acompañante Edwin Biltcliffe, los pianistas Robert Mueller y Edward Mattos, y la soprano Helen Phillips.[35]

La aceptación del *jazz* en España animó, sin duda, a las autoridades norteamericanas a efectuar un esfuerzo económico aún mayor con el patrocinio de una de sus figuras internacionales más destacadas y polifacéticas, Lionel Hampton. Este vibrafonista, pianista, percusionista y líder de orquesta de Louisville, Kentucky, ha sido generalmente olvidado por los estudios sobre la relación del *jazz* con la propaganda norteamericana en la Guerra Fría. Sin embargo, puede considerarse a Hampton uno de los músicos más influyentes en la decisión del Departamento de Estado de patrocinar las giras de músicos de *jazz* como instrumento diplomático. Ya en una entrevista de enero de 1954, concedida al prestigioso crítico Nat Hentoff para la revista de *jazz* más importante del mundo, *Down Beat*,

Hampton tomó posición amistosa pero firmemente contra un conocido juicio del líder de orquesta Stan Kenton sobre las dificultades de la audiencia europea para asimilar la música negra.[36] Hampton, recién llegado de la que se calificó como la gira europea más exitosa de un *jazzman* norteamericano, señaló que en todos los lugares en los que había tocado el público de los conciertos era cada vez más numeroso, y que aquellos empresarios que «contrataban a las orquestas sinfónicas», al ver lo que sucedía, comenzaron a contratar a su banda. Tocó delante de doce mil personas en Estocolmo y en Berlín. La gente, continuaba Hampton, les decía: «Nos gusta vuestra música porque nos dais *jazz*. El *jazz* es la única forma artística verdadera que América puede presentar al mundo. Nosotros proporcionamos las sinfonías y los clásicos a la música, pero el *jazz* tenéis que darlo vosotros». Al año siguiente, *Down Beat* publicó que la gira europea de Hampton estaba siendo todavía más exitosa que la anterior. Había comenzado el 30 de octubre de 1955 con varios músicos nuevos, por el grave accidente de autobús de Hampton y toda su banda en New Mexico un mes antes,[37] y se extendió hasta diciembre. Después de algunos conciertos en Estados Unidos, Hampton volvió a Europa a principios de enero. En el curso de este periplo, tocó dos conciertos en Barcelona, la tarde y la noche del 19 de enero de 1956, en un Windsor Palace «a rebosar» y ante un auditorio entregado.[38]

Fue precisamente a finales de 1955 cuando apareció en el *New York Times* el artículo de Félix Belair Jr., corresponsal del periódico en Estocolmo, que ha sido citado por Von Eschen y Davenport como inicio de la presión mediática para que el gobierno de Estados Unidos patrocinase las giras de los músicos de *jazz* como propaganda. El periodista describía el triunfo de estos conciertos en Europa y señalaba que:

> El arma secreta de América es una *blue note* en modo menor. En este momento su embajador más efectivo es Louis (Satchmo) Armstrong [...] Esto no es una quimera de una recóndita *jam session*. Es la meditada conclusión de unos cuantos americanos sensatos desde Moscú a Madrid. [...] Lo que muchos europeos no pueden entender es por qué el gobierno de Estados Unidos, con todo el dinero que se gasta en la llamada propaganda para promover la democracia, no usa más para financiar los viajes continentales de las orquestas de *jazz* y de los mejores exponentes de esta música. [...] El *jazz* americano se ha vuelto ahora un lenguaje universal. No conoce fronteras nacionales, pero todo el mundo sabe de dónde viene y dónde buscar más. [...] No hay una gran diferencia entre las mejores orquestas sinfónicas de los Estados Unidos y las de Europa, (...) pero nadie toca *jazz* como un americano.[39]

El día de Año Nuevo de 1956, el mismo periódico destacó el éxito de la reciente gira de Louis Armstrong por Europa. Había transcurrido una semana desde la actuación del trompetista en Barcelona, y el diario neoyorquino se preguntaba: «¿Puede el *jazz hot* ganar la 'Guerra Fría' para Occidente?». La respuesta estaba clara: «Incluso aquéllos que admiran a Guy Lombardo dirían 'sí' a eso después de oír al hombre que [...] ha cautivado audiencias desde Noruega a España: Louis (Satchmo) Armstrong».[40] Cuando se publicó este artículo, el Departamento de Estado acababa de aprobar el patrocinio de varias giras de músicos de *jazz*, que comenzarían en la primavera de 1956. La prensa musical norteamericana declaró entusiasmada que «el sueño utópico de que el gobierno de los Estados Unidos pudiera algún día patrocinar oficialmente el *jazz* se ha vuelto una realidad».[41] El retraso no era del todo cierto: meses antes, el Departamento de Estado y la ANTA habían seleccionado a *The Sauter-Finegan Band* para hacer una gira por Europa, Asia y Suramérica como parte de un programa de intercambio desde el 1 de septiembre. Una olvidada gira en la que esta orquesta de *jazz*, compuesta únicamente por músicos blancos, había interpretado el *Concerto for Jazz Band and Symphony Orchestra* de Rolf Liebermann con conjuntos sinfónicos locales.[42]

En todo caso, la decisión del gobierno incluía en su propaganda por vez primera a las orques-

tas de *jazz* compuestas por afronorteamericanos, lo que también servía como medio de contrarrestar la imagen racista de Estados Unidos en general y de la administración Eisenhower en particular.[43] El comité que decidía los patrocinios optó preferentemente por músicos varones, rechazando a algunas mujeres, como Mary Lou Williams, que entonces eran ampliamente admiradas y conocidas en el mundo del *jazz*. Los resultados de las giras de los *jazzmen* se convirtieron en un asunto que preocupaba enormemente a los estadounidenses, tal y como se encargó de dejar claro la revista *Musical America* en un editorial de 1956.[44] Dicho artículo emplazaba al Estado norteamericano a centrar sus esfuerzos en la música popular, con el fin de promover cambios en la opinión pública internacional «desde abajo».

El efecto Hampton

La visita de Lionel Hampton a Madrid, patrocinada por la *Casa Americana* de la Embajada de Estados Unidos, tuvo lugar en este contexto artístico y político. El 10 de marzo de 1956 se publicó en el periódico *Arriba* una entrevista concedida por John Davis Lodge en la que el embajador norteamericano aseguraba que «las relaciones entre España y Estados Unidos son extremadamente cordiales», y «haré todo cuanto esté a mi alcance para asentar las excelentes relaciones que ya existen entre nuestros dos países».[45] Como si se tratara de una prueba inmediata de la buena voluntad norteamericana, los conciertos oficialmente financiados de Hampton se celebraron en Madrid el 14 y el 15 de marzo, dos semanas antes de que la banda de Gillespie inaugurara las giras de músicos de *jazz* patrocinadas por el Departamento de Estado.[46]

Hampton había tocado el día 12 de marzo en «la aristocrática sala» del Windsor Palace de Barcelona, ofreciendo «un estallido de 'jazz' frenético, delirante e infatigable».[47] En Madrid, ni la nieve y las temperaturas bajo cero, ni algunos eventos cuya relevancia podía hacer que muchos, por una mera cuestión económica, tuviesen que elegir (el concierto de la célebre soprano Elisabeth Schwarkopf, dos días antes, en el Teatro de la Comedia, y el clásico partido Real Madrid-Barcelona, en el estadio Santiago Bernabéu, tres días después), hicieron que la afluencia de público se resintiera. Antonio Fernández-Cid escribió:

> El espectáculo es alucinante, al borde, a veces, de lo demencial, lindando con lo histérico y lo epiléptico, [..., pero extraordinario, lleno de fuerza, de atractivo, de seducción rítmica, de riqueza instrumental, de color y personalidad. [...] El palomar del Carlos III, en el que se apretaban juveniles filas de admiradores, parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro, que de él podían aterrizar en el patio de butacas los exaltados que, los brazos unidos en el aire, con gestos de boxeadores en triunfo, festejaban así el de su ídolo.[48]

El éxito fue tan apoteósico que «a petición clamorosa», Hampton volvió a España en julio de aquel año para dar dos conciertos en Barcelona (días 13 y 14) y seis en Madrid (25, 26 y 27, dos sesiones por día). Parece que esta vez se trató de una iniciativa principalmente económica: algunos empresarios se vieron atraídos por la fascinación que el ya proclamado en España «Rey del *Jazz*» producía en el público. De hecho, el escenario de los primeros conciertos fue la Monumental, la conocida plaza de toros barcelonesa, con el fin de obtener una recaudación considerable, y se llevó a cabo una intensiva aunque poco cuidada campaña de publicidad. Algún que otro espectador debió sentirse decepcionado cuando vio que Hampton tocaba el xilófono y la batería, porque el anuncio del principal periódico de la Ciudad Condal había señalado erróneamente: «Menudo fuelle tiene Hampton cuando se pone a soplar. Arranca de la trompeta [¡!] unos 'staccatos' que arde el pelo».[49] Este apoyo fundamentalmente empresarial no implicó, sin embargo, una disminución del valor político de la gira. El concierto de Barcelona fue presentado por el embajador Lodge, que agradeció

a los músicos su contribución a la fraternidad hispano-norteamericana.

En Madrid, Hampton grabó un extravagante disco titulado *Jazz Flamenco*, distribuido con éxito en Estados Unidos y en España por la discográfica RCA-Victor.[50] El director de la división internacional de la RCA, Meade Brunet, declarado anticomunista, había constituido un año antes en Nueva York, junto a otros políticos y empresarios como el diplomático norteamericano Angier Biddle Duke y el influyente político y presidente de la división internacional de Coca-Cola, James A. Farley, la Junta de Comercio Hispano-Norteamericana, destinada a fomentar los intercambios mercantiles y financieros entre España y los Estados Unidos.[51] Cuando la revista *Down Beat*, verdadero juez legitimador del jazz de su época, reseñó el álbum en sus páginas, el crítico señaló que «la importancia diplomática de la gira y del disco de Hampton excede indudablemente el valor de la música misma».[52]

A este respecto, cabe señalar la creciente relevancia de las grabaciones sonoras en la difusión del *jazz* en España. El nuevo marco diplomático y económico de los Pactos de Madrid facilitó la definitiva instalación en España de las discográficas norteamericanas más importantes. Por un lado, antes de 1953 había sido prácticamente imposible la importación de equipos de grabación, debido a las regulaciones arancelarias autárquicas, y este problema sólo se solventaría paulatinamente. Por otro, las restricciones regulares de energía eléctrica en la España de principios de los años cincuenta (Madrid, por ejemplo, contaba con racionamiento tres días a la semana) habían disuadido a muchos sellos de instalarse en el país. A principios de 1953, la única gran discográfica internacional que operaba en el mercado español era el sello británico EMI, por medio de su subsidiaria Compañía del Gramófono-Odeón. No debe despistar, como sucede a menudo, la presencia del sello Columbia, una discográfica independiente de Barcelona que no tenía nada que ver con la Columbia norteamericana (CBS).

Los acuerdos de 1953 implicaron cambios materiales, pero éstos fueron considerablemente lentos; sin embargo, hay que tener en cuenta también que, más allá de esas transformaciones progresivas, establecieron un clima de confianza y una mejora de expectativas de las empresas sobre el crecimiento económico español mucho más inmediatos.[53] Pocos días después de la firma, la compañía RCA-Victor rubricó un contrato con los responsables del Régimen para instalarse en Madrid (con el nombre «RCA»). Su objetivo era que su planta estuviera funcionando a principios de 1954. Por delante tenía una tarea compleja y, como se revelaría más tarde, sumamente decisiva para la música en España: distribuir el nuevo disco de vinilo de 7 pulgadas y 45 rpm (el «single» o «sencillo», comercializado por RCA desde 1949, que luego se convertiría en soporte predilecto del *rock'n'roll*), así como los aparatos capaces de reproducirlo, y a continuación las principales grabaciones de sus estrellas, desde las bandas de *swing* de Benny Goodman y Glenn Miller a los *crooners* como Perry Como y Eddie Fischer.[54] La iniciativa de RCA resultó contagiosa: dos semanas después, la rama norteamericana de la discográfica británica Decca llegó a un acuerdo con Unión Musical Española para utilizar los estudios de la empresa española en Madrid.[55]

El éxito de Hampton en directo y en disco convenció a la USIA de la importancia diplomática de la música popular norteamericana en España. Pocos meses después, John T. Reid, Agregado Cultural de la Embajada de los Estados Unidos, informaba a Antonio Villacieros, Director General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, de «la próxima visita a España de la *U.S. Army Field Band*, la cual tiene proyectado dar una serie de conciertos por varios puntos de España». Reiteraba que todos los gastos corrían a cargo del Departamento de Estado norteamericano

y detallaba las diferentes fechas y lugares de las actuaciones: San Sebastián, 28 de mayo; Sevilla, 2 de junio; Madrid, 4 de junio; Zaragoza, 6 de junio; y Barcelona, 7 de junio.[56] Llegado el momento, se mantuvieron las ciudades programadas y se le añadió Granada.[57] La banda, formada por más de un centenar de músicos, creó una enorme expectación, favorecida por la entrada gratuita (en algunos casos, con invitación).[58] En Madrid, los periódicos anunciaron el 30 de mayo los cinco despachos en los que se podían conseguir invitaciones para el concierto del 5 de junio en la plaza de toros de Las Ventas; dos días después, un comunicado de la Embajada de Estados Unidos a la prensa informó que las entradas se habían agotado.[59] El programa estuvo compuesto por marchas, bandas sonoras cinematográficas, fragmentos de operetas y *jazz*. Fue precedido por unas palabras del embajador Lodge con las que expresó «la alegría de poder ofrecer a todos los sectores del pueblo madrileño el mensaje musical de tan viva significación popular que representa la visita de la banda estadounidense», «vehículo de la mejor amistad», y de los himnos de España y Estados Unidos «escuchados por el público puesto en pie y acogidos con grandes aplausos».[60] Esta «calurosa y franca simpatía» hacia Norteamérica y su cultura evidenciaba un cambio sustancial en las adhesiones políticas públicas desde la Segunda Guerra Mundial. El 5 de octubre de 1940, el mismo coso de Las Ventas había asistido a una manifestación popular de exaltado fascismo y antinorteamericanismo con motivo del concierto de la Banda Militar Alemana, «en atención a los vivos vínculos de amistad entre la Alemania de Hitler y la España de Franco».[61] El acto de 1957, por el contrario, fue un claro precedente de las demostraciones populares de júbilo durante la visita del presidente Eisenhower, el 21 de diciembre de 1959, que refrendó simbólicamente el espaldarazo norteamericano a la dictadura española.

Varios acontecimientos y procesos jalonan el trienio 1959-1961 como período de profundos cambios en las relaciones hispano-norteamericanas y en la recepción del *jazz* en España. En primer lugar, en aquellos años quedaron terminadas y operativas las bases militares norteamericanas en suelo español proyectadas en los acuerdos de 1953. Por un lado, sus emisoras comenzaron a radiar programas diarios de *jazz* en frecuencia modulada; por otro, las bases sirvieron como escenario para la actuación de célebres orquestas, músicos y cantantes que, una vez en Madrid o en Sevilla, podían ser contratados por los clubes de *jazz* de varias ciudades por sumas que ya no incluían el viaje transatlántico. En segundo lugar, algunas de las discográficas norteamericanas (Vanguard, Reprise, Seeco, Capitol) que entonces controlaban parte del llamado «*jazz* moderno», el *bebop* y sus derivados, se establecieron en España o firmaron convenios de distribución con sellos españoles, y el catálogo seguiría en aumento en los años siguientes. Por último, este trienio marcó el abandono de la política económica autárquica y los primeros efectos del nuevo programa de reforma económica, el Plan de Estabilización, que sentó las bases para una economía de libre mercado y la difusión en España de una cultura del ocio. Por todo ello, los años sesenta deberían ser objeto de un análisis específico, que excede los límites de este artículo.[62]

Conclusión

España fue uno de los objetivos de la propaganda musical emprendida por los Estados Unidos para mejorar su imagen exterior y ganar adeptos en el mundo bipolar de la Guerra Fría, que utilizó el *jazz* como expresión representiva de la cultura norteamericana. De hecho, el *jazz* formó parte de los conciertos financiados por las instituciones norteamericanas en España desde 1953, mucho antes del inicio de las giras internacionales de *jazzmen* patrocinadas por el Departamento de Estado. Para constatar esto es necesario ir más allá de los informes

generados desde el gobierno y las agencias estadounidenses, y tener en cuenta tanto las actividades de las instituciones norteamericanas en España como la opinión de la prensa y de los oyentes españoles. Como en cualquier proceso informativo, en la propaganda median un conjunto de categorías, experiencias y condiciones materiales de acogida que a menudo adaptan o alteran su significado y alejan las iniciativas e intenciones originales de sus efectos.

Varios de los conciertos que el Departamento de Estado subvencionó en España desde 1953 como representación de la música «clásica» estadounidense fueron identificados como «jazz» por los medios y el público, lo que influyó decisivamente en su favorable recepción y en las decisiones posteriores de las instituciones norteamericanas. Por el contrario, la serie de giras oficiales iniciada en la primavera y el verano de 1956, que supuso un hito en la diplomacia cultural estadounidense, no tuvo una gran incidencia en la difusión del *jazz* en España en la segunda mitad de los años cincuenta. La importancia de aquellos viajes, que han sido considerados prácticamente un punto de partida en el *jazz* como propaganda exterior por musicólogas como Penny Von Eschen o Lisa Davenport y por historiadores como Kenneth Osgood, debería relativizarse a la hora de estudiar la presencia del *jazz* como diplomacia norteamericana en España y acaso en buena parte de la Europa occidental.

Giras musicales y conciertos de músicos estadounidenses celebrados en España en los años cincuenta que contaron con el patrocinio del Estado norteamericano. Fuentes: NARA RG 59, 84 Y 306, AMAE R., prensa española y norteamericana.

Solista o agrupación	Fechas
New York City Ballet	Abril-mayo de 1952
Patricia Connor (soprano)	Noviembre de 1952
Leslie Frick (mezzosoprano)	Marzo de 1953
Banda del portaaviones «Coral Sea» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Junio de 1953
Orquesta de jazz del portaaviones «Franklin Roosevelt» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Septiembre de 1953
Benjamin Grosbayne (director de orquesta)	Enero de 1955
Everyman Opera Inc. (Compañía de la ópera *Porgy and Bess*, de George Gershwin)	Febrero de 1955
Orquesta Nacional Sinfónica de Jazz	Marzo de 1955
Philadelphia Orchestra (director: Eugene Ormandy) Solista: William Warfield (cantante)	Mayo-junio de 1955
Edgardo Gierbolini (tenor)	Noviembre de 1955
Norman Klekamp (pianista)	Diciembre de 1955
Sylvia Rabinoff (violinista) y Benno Rabinoff (pianista)	Enero de 1956
Gregory Simms (barítono)	Enero de 1956

Orquesta Sinfónica de Jazz Lee Everett (director de orquesta) Philippa Schuyler (pianista), Anne Brown (cantante)	Enero-febrero de 1956
Daniel Abrams (pianista)	Febrero de 1956
Lionel Hampton (músico de jazz)	Marzo de 1956
Robert Shaw Chorale and Orchestra	Abril de 1956
Joseph Schuster (violonchelista) y Richard Tetley-Cardos (pianista)	Abril de 1956
Leopold Stokowski (director de orquesta)	Mayo de 1956
Robert Mueller (pianista)	Octubre de 1956
Fisk Jubilee Singers	Octubre de 1956
Helen Phillips (soprano)	Febrero de 1957
Stanley Weiner (violinista) y Edwin Biltcliffe (pianista)	Febrero de 1957
Edward Mattos (pianista)	Mayo de 1957
Cleveland Orchestra (director: George Szell)	Mayo de 1957
Mario Braggiotti (pianista)	Mayo-junio de 1957
U.S. Army Field Band	Mayo-junio de 1957
Edith Stearns (pianista)	Mayo de 1959
Banda de música del portaaviones «Essex» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Noviembre de 1959

NOTAS

[1] Este artículo se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá). Agradezco encarecidamente a Pablo León Aguinaga y a Lorenzo Delgado, editores del monográfico, su atenta lectura y sus valiosas sugerencias.

[2] MARLIN, Randal, *Propaganda and the Ethics of Persuasion*, Peterborough, Broadview, 2002, pp. 22 y 95.

[3] BEAL, Amy C., «Negotiating Cultural Allies: American Music in Darmstadt, 1946-1956», *Journal of the American Musicological Society*, 53 (2000), pp. 105-39; CARROLL, Mark, *Music and Ideology in Cold War Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; McCLARY, Susan, «Terminal Prestige: The Case of Avant-Garde Music Composition», *Cultural Critique*, 12 (1989), pp. 57-81.

[4] KOFSKY, Frank, «Black Music: Cold War 'Secret Weapon'», en *Black Nationalism and the Revolution in Music*, Nueva York, Pathfinder Press, 1970, pp. 109-121.

[5] CARR, Graham, «Diplomatic Notes: American Musicians and Cold War Politics in the Near and Middle East, 1954-1960», *Popular Music History* 1/1 (2004), pp. 37-63; DAVENPORT, Lisa E., *Jazz Diplomacy: Promoting America in the Cold War Era*, Jackson, University Press of Mississippi, 2009; VON ESCHEN, Penny M., *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War*, Cambridge, Massachusetts&Londres, Harvard University Press, 2004.

[6] POIGER, Uta G., *Jazz, Rock and Rebels: Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 2000.

[7] IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados: El *jazz* y la propaganda franquista de la Segunda Guerra Mundial a la Guerra Fría», en CABANA IGLESIA, Ana, LANERO TÁBOAS, Daniel y SANTIDRIÁN ARIAS, Víctor Manuel (eds.), *VII Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2010, pp. 529-540.

[8] DELGADO, Lorenzo, «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la Guerra Mundial a los Pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), p. 50.

[9] «Casals Rejects United Nations Invitation», *Musical America* (15-XII-1951), p. 29.

[10] DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural y científica en clave política: 'Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España'», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 207-243.

[11] LEÓN AGUINAGA, Pablo, «Los canales de la propaganda norteamericana en España, 1945-1960», *Ayer*, 75/3 (2009), pp. 133-158.

[12] OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, KS, University Press of Kansas, 2006, p. 225.

[13] «Conciertos de música grabada en la Casa Americana», *ABC (Sevilla)* (9-III-1951).

[14] LEÓN AGUINAGA, Pablo, *El cine norteamericano y la España franquista: relaciones internacionales, comercio y propaganda*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008, p. 186.

[15] IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados», *ob. cit.*, p. 531; «Casino Fin de Semana de Radio Madrid: Emisiones de *Jazz*», *Ritmo*, 215 (1948), p. 19.

[16] KODAT, Katherine Gunther, «Dancing Through the Cold War: The Case of *The Nutcracker*», *Mosaic*, 33/3 (2000), p. 7.

[17] MORAL, Miguel, «El 'New York City Ballet', en el Liceo de Barcelona», *Ateneo*, 10 (7-VI-1952), pp. 6-7.

[18] «El enorme bagaje de 'Porgy and Bess'», *La Vanguardia Española* (2-II-1955); ARCO, Manuel del, «Mano a mano: Gloria Davy», *La Vanguardia Española* (3-II-1955).

[19] «Philadelphia Ork to Tour Europe», *Down Beat* (6-IV-1955). En diciembre de 1959, en la convención anual de la *National Association of Concert Managers* celebrada en Nueva York, Walfield hizo memoria de aquellas giras y pidió a los artistas norteamericanos que no olvidaran su influencia como embajadores norteamericanos en los países que visitaran: «Concert Managers Discuss Cultural Exchange Program», *Musical America* (1-I-1960), p. 5.

[20] «Coral norteamericana, a Madrid y Barcelona», *La Vanguardia Española* (21-IV-1956).

[21] «Leopold Stokowski», *Arriba* (9-V-1956).

[22] «Cleveland Orchestra to Tour Europe», *Musical America* (1-XII-1956), p. 32; «The Cleveland Orchestra», *ABC (Madrid)* (5-V-1957). Más tarde, aquel mismo mes, actuó también en Barcelona.

[23] «Cleveland Tour Raises Prestige of Midwest», *Musical America*, agosto de 1957, p. 26.

[24] IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados», *ob. cit.*, pp. 535-540.

[25] FERNÁNDEZ ZANNI, Urbano, «Estreno de 'El clarinete mágico'», *La Vanguardia Española* (3-V-1952).

[26] Sobre este tema resultan imprescindibles: BORTELSMANN, Thomas, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, MA, & Londres, Harvard University Press, 2001; DUDZIAK, Mary L., *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

[27] «Status of the United States Programs for National Security as Part 6 of the USIA Program», 30-VI-1955, *FRUS*, 1955-1957, vol. IX, p. 533.

[28] VON ESCHEN, Penny Marie, *ob. cit.*, pp. 255-256.

[29] MASSIP, José María, «ABC en Washington: Pese al viaje de Kruschef, quedan en pie mil problemas», *ABC (Madrid)* (5-VIII-1959).

[30] «Concierto en San Baudilio de Llobregat», *La Vanguardia Española* (26-VI-1953).

[31] «Concierto de la Banda del Roosevelt en Granollers», *La Vanguardia Española* (12-IX-1953).

[32] FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «La Orquesta Nacional de Jazz Sinfónico», *ABC (Madrid)* (23-III-1955).

[33] FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «La Filarmónica y su 'Festival Gershwin' del Monumental», *ABC (Madrid)* (11-I-1956).

[34] FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Presentación de la cantante norteamericana Patricia Connor en el Ramiro de Maeztu», *ABC (Madrid)* (7-XI-1952).

[35] IGLESIAS, Antonio, «Madrid Season Revolves Around Weekly Concerts of Orquesta Nacional», *Musical America* (1-I-1954), p. 25; *Id.* «Stokowski Conducts in Madrid», *Musical America* (15-XI-1956), p. 29; *Id.* «Concerts and Recitals Performed in Madrid», *Musical America* (1-XI-1957), p. 24.

[36] HENTOFF, Nat, «Hamp Europe Impressions Differ From Stan Kenton's», *Down Beat* (27-I-1954), pp. 1 y 12. Las siguientes citas son de la misma entrevista.

[37] FEATHER, Leonard, «Crackup Was Close Shave, But Hamp's Still Leaping», *Down Beat* (22-II-1956), p. 13.

[38] LLAUDER, Manuel R. de, «Lionel Hampton y su orquesta alcanzaron un éxito desbordante en el Windsor Palace, bajo los auspicios del 'Hot Club' y 'Club 49'», *El Noticiero Universal* (20-I-1955).

[39] «America'a Secret Weapon is a blue note in a minor key. Right now its most effective ambassador is Louis (Satchmo) Armstrong. [...] This is not a pipedream of a backroom jam session. It is the studied conclusion of a handful of thoughful American from Moscow to Madrid. [...] What many Europeans cannot understand is why the United States Government, with all the money it spends for so-called propaganda to promote democracy, does not use more of it to subsidize the continental travels of jazz bands and the best exponents of the music. [...] American jazz has now become a universal language. It knows no national boundaries, but everybody knows where it comes from and where to look for more. [...] There is not a wide difference between the best symphony orchestras of the United States and Europe, [...] but nobody plays jazz like an American». BELAIR, Félix Jr., «United States Has Secret Sonic Weapon–Jazz», *New York Times* (6-XI-1955).

[40] «Europe Likes Jazz, Armstrong Reports», *New York Times* (1-I-1956).

[41] «U.S. Government to Send Jazz as Its Ambassador», *Down Beat* (28-XII-1955), p. 6.

[42] «S-F Foreign Tour, Culture Kick Set», *Down Beat* (1-VI-1955), p. 4.

[43] DAVENPORT, Lisa E., *Jazz Diplomacy*, *ob. cit.*; KOFSKY, Frank, «Black Music», *ob. cit.*

[44] «Reform from the Bottom», *Musical America* 76/9 (julio de 1956), p. 4.

[45] «Las relaciones entre España y Estados Unidos son extremadamente cordiales», *Arriba* (10-III-1956).

46 «Gillespie Tour for State Department», *Down Beat* (22-II-1956), p. 7; «Dizzy Names Touring Band», *Down Beat* (7-III-1956), p. 7.

47 LLAUDER, Manuel R. de, «Vibrante reaparición de Lionel Hampton y su Orquesta, ofrecida por el 'Hot Club' y 'Club 49'», *El Noticiero Universal* (13-III-1956). Véase también: «Apoteósico triunfo de Lionel Hampton y su jazz», *Arriba* (13-III-1956).

48 FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Presentación de Lionel Hampton y su Orquesta en el Carlos III», *ABC (Madrid)* (15-III-1956).

49 «Plaza de Toros Monumental: Lionel Hampton», *La Vanguardia Española* (12-VII-1956).

50 LIONEL HAMPTON AND HIS BAND, *Jazz Flamenco*. 1956. RCA Victor, LP 12» LPM 1422; LIONEL HAMPTON CON SU ORQUESTA Y SU QUINTETO «FLAMENCO FIVE», *Jazz Flamenco*. 1956. LP 33 1/3. RCA 3L12015.

51 «Intercambio comercial hispano-norteamericano», *ABC (Madrid)* (31-III-1955).

52 «Lionel Hampton: Jazz Flamenco», *Down Beat* (30-V-1957), p. 24.

53 CALVO, Óscar. «¡Bienvenido, Míster Marshall! La ayuda económica americana y la economía española en la década de 1950», *Revista de Historia Económica*, 19 (2001), pp. 253-275.

54 «Italy, Spain to Get Plain RCA Label», *Billboard* (3-X-1953).

55 HOROWITZ, Israel. «Decca Records in Spain: US Firms Active in Iberian Diskings», *Billboard* (17-X-1953).

56 *U.S. Army Field Band. Conciertos en España*, Documentación de la Casa Americana, Madrid, 20-III-1957, AMAE, R. 4775, p. 7.

57 «Una banda militar norteamericana en España», *Arriba* (30-V-1957).

58 «Concierto en Sevilla», *El Alcázar* (5-VI-1957).

59 «El concierto de la Banda Militar norteamericana», *Arriba* (1-VI-1957).

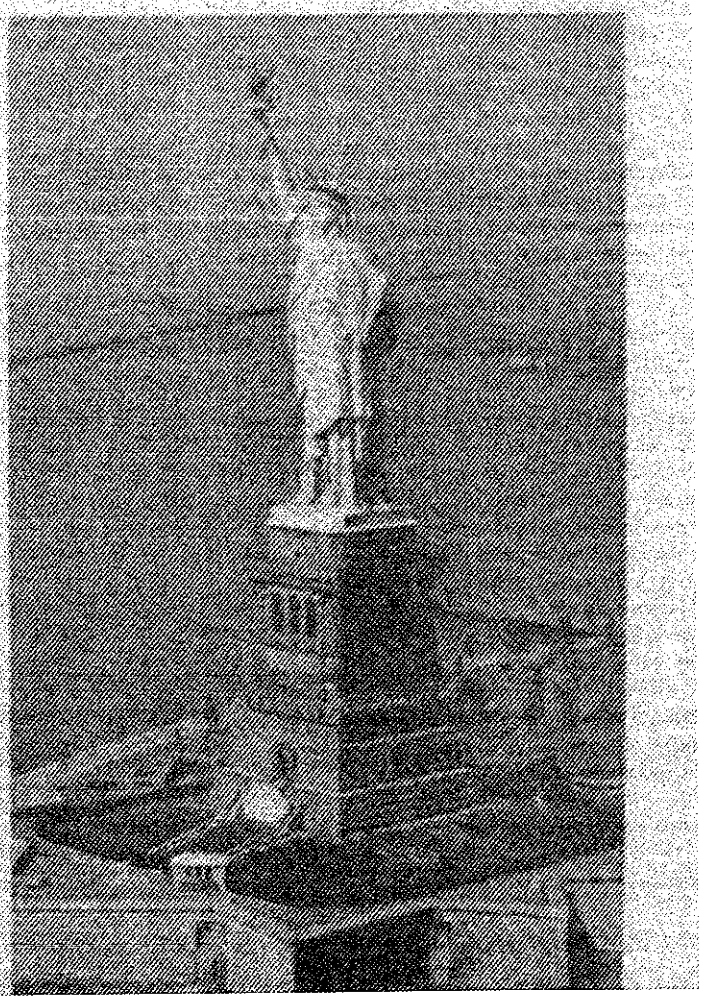
60 FRANCO, Enrique, «La Banda Militar de Columbia (Washington) actuó en la plaza de Las Ventas», *Arriba* (6-VI-1957); FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Actuación de la Banda del Ejército de EE UU en Madrid», *ABC (Madrid)* (6-VI-1957).

61 «Concierto de música militar alemana», *ABC (Madrid)* (3-X-1940). Para un estudio de las relaciones entre el discurso oficial sobre el jazz y la práctica musical en España durante la etapa «fascistizada» de la dictadura, véase: IGLESIAS, Iván. «(Re)Construyendo la identidad musical española: El jazz y el discurso cultural del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial», *Historia Actual*, 23 (2010), pp. 119-135.

62 Ese periodo, hasta 1968, aparece analizado en detalle en: IGLESIAS, Iván, *Improvisando la modernidad: El jazz y la España de Franco, de la Guerra Civil a la Guerra Fría (1936-1968)*, Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, 2010.

7 DIAS DAYS

instituto de estudios NORTEAMERICANOS



VIAJES A USA

Programas para estudiantes que desean visitar y conocer los Estados Unidos.

Información en este número del 7 Días.

¿«MISIONEROS DE LA AMERICANIDAD»? PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS AMERICAN STUDIES EN ESPAÑA, 1969-75

Francisco Javier Rodríguez Jiménez
George Washington University

Hasta hace poco, los americanos habían llegado a Europa como estudiantes. Algunos lo habían hecho como apasionados peregrinos al estilo de Henry James; otros, siguiendo las formas más irreverentes de Mark Twain. Pero en cualquiera de los casos, habían venido como inocentes a tierra extraña. Pero nosotros, ahora, no venimos a estudiar vuestra cultura, sino a daros a conocer la nuestra. Francis O. Matthiesen, Salzburg Seminar, 1947[1]

Los 'American Studies' son entendidos como un esfuerzo por construir un entendimiento y compresión sistemática de América y su civilización, como un todo homogéneo; con especial atención a los campos –geografía humana, historia, ciencia política, derecho, religión, inglés y literatura– que constituyen su cultural nacional.[2]

Introducción

La Guerra Fría no se limitó a la confrontación en los planos militar y económico, la disputa ideológico-cultural entre Washington y Moscú también fue intensa. Fueron muchos los que como el historiador y crítico literario estadounidense Francis O. Matthiesen, no querían ser por más tiempo *innocents abroad*, sino que pretendían reivindicar sus creaciones artísticas y sus productos culturales. Intelectuales, profesores universitarios, hombres de negocios y periodistas americanos viajaron al otro lado del Atlántico como «misioneros de la americanidad»,[3] como paladines del modelo estadounidense de valores, instituciones y creencias. Fueron, efectivamente, muchos, pero no tantos como algunas visiones maniqueas de aquel conflicto bipolar han querido ver.[4] Tampoco fueron todos disciplinados y sumisos peones de una engrasada maquinaria de propaganda cultural americana; ni todos los proyectos de enseñanza del inglés y de la cultura americana en el exterior fueron «maquinaciones perversas», «punta de lanza del Imperio», aunque así fuesen percibidos en ciertos contextos.[5] Hubo por el contrario lugar para el desencuentro, también para el choque de intereses públicos y privados.[6] Ni que decir tiene que en el campo soviético tenía lugar un «reclutamiento» similar. Moscú echaba mano a su vez de lo más granado de su *intelligentsia* para mostrar al resto del mundo la superioridad de las artes y las letras soviéticas con respecto a las estadounidenses.[7]

En Estados Unidos, por su parte, el *American Studies Movement* llevaba desde la década de los años veinte intentando dar cuerpo y consistencia a los *American Studies*, entendiéndose éstos como el estudio de la Literatura, la Historia, la Ciencia Política, el Derecho y la Economía estadounidenses, o cualquier otra materia capaz de transmitir algún aspecto de la «americanidad». Todo ello –como apunta la segunda cita de cabecera– con una visión de conjunto y un enfoque interdisciplinar. Tal esfuerzo por promocionar las Humanidades y las Ciencias Sociales

made in USA se vio pronto envuelto en un clima de nacionalismo cultural.[8] Uno de los objetivos de aquel movimiento era librar a aquellas materias del extendido prejuicio de que no eran más que subproductos o apéndices sin calidad de la cultura anglosajona.[9] Poco después, las iniciativas dirigidas a promover la enseñanza y difusión en el exterior de los *American Studies* se superpusieron, a su vez, con la campaña lanzada por Eisenhower para ganar las «mentes y los corazones» de los europeos.[10]

Pese a contar con el apoyo de su gobierno y de importantes iniciativas privadas,[11] el camino de los que como Francis Matthiesen quisieron reivindicar la calidad de las Humanidades y Ciencias Sociales estadounidenses no iba a resultar sencillo. En parte, porque los propios estadounidenses sufrían una especie de complejo de inferioridad respecto a sus parientes del Viejo Continente, supuestamente más cultivados.[12] En parte, porque no pocos intelectuales europeos llevaban tiempo vanagloriándose de la pretendida superioridad de la cultura europea con respecto a la «zafia» y de «segunda clase» cultura americana.[13]

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial hizo que el panorama comenzase a cambiar en el bloque europeo occidental, si bien a un ritmo más lento de lo que se esperaba por parte americana. Una serie de problemas –rigidez curricular, dependencia y escasez de los fondos estadounidenses o la persistencia del antiamericanismo cultural– ralentizaron la promoción de los *American Studies* en las aulas europeas.[14] Lentitud que no se puede atribuir a la falta de interés en promocionarlos por parte de la diplomacia cultural estadounidense. De hecho, en algún informe de los años sesenta incluso se consideró a los *American Studies* como la «piedra angular de la diplomacia cultural estadounidense en Europa Occidental».[15] La evolución de tales disciplinas estuvo, pues, mediatizada por lo ocurrido en el Viejo Continente después de 1945 y fue más o menos fructífera dependiendo de diversos factores y contextos. Como señalaba con cierto sarcasmo uno de los americanistas británicos más reputados, Harry Allen: «Hitler nos convirtió a todos en americanistas».[16] Tal tendencia, receptiva pero no entusiasta, fue perceptible entre los Pirineos y el Elba, donde los americanos fueron recibidos como libertadores del yugo nazi.

¿Cuál fue la situación en España, donde los antecedentes fascistas apenas disimulados del régimen de Franco crearon una situación de partida muy diferente? Hasta finales de la década de los años sesenta, la progresión de los *American Studies* en los planes de estudio españoles había sido bastante deficitaria. Tan sólo la enseñanza del inglés y materias como la Sociología o la Economía –tributarias en gran medida de las tendencias y métodos procedentes de los campus americanos– gozaban de buena salud.[17] Situación que se producía a pesar de la importancia concedida por los agentes diplomáticos estadounidenses a que los *American Studies*, en su conjunto, se consolidasen en los currículos españoles:

> En España, dada las trabas que impone el Régimen para que podamos contactar con la oposición e incluso con los estudiantes universitarios, la *United States Information Service* difunde sus objetivos [evolución paulatina hacia un sistema político más democrático] bajo la pantalla *«American Studies»*, cubriendo así nuestras actividades culturales y propagandísticas a todos los niveles.[18]

Los *Cultural Affair Officers* (CAO) estadounidenses destinados en la Península Ibérica se mostraron preocupados porque los Estudios Norteamericanos no acabasen de despegar, a pesar de los esfuerzos y energías empleadas... La avanzada edad del dictador y la necesidad de preparar el posfranquismo aconsejaban la intensificación de lazos de empatía y *mutual undestanding* con la sociedad española, en especial con su comunidad universitaria. A tal efecto, la promoción de la Literatura, la Historia o la Ciencia Política americanas encajaba con la dinámica de adoptar un perfil bajo y de largo

alcance que venía aplicando la diplomacia pública de aquel país en España, como la vía menos conflictiva para no renunciar a la colaboración del régimen de Franco, pero procurando a la vez marcar distancias con el mismo. Es lo que venía a calificarse como «actuar con flexibilidad evitando compromisos contraproducentes», lo que incluía tanto a la dictadura como a sus detractores. Los *American Studies* se adaptaban perfectamente a esa estrategia de persuasión para ir calando en la sociedad española, aprovechando los recursos del denominado «poder blando».[19]

Los intercambios educativos hispano-estadounidenses y el Programa Fulbright

A la altura de 1969, las relaciones políticas hispano-norteamericanas no pasaban por su mejor momento. Desde hacía unos años, el Ministerio de Asuntos Exteriores, con Fernando María Castiella a la cabeza, se había propuesto desarrollar una política de mayor firmeza frente al «amigo americano». La renovación de los «Acuerdos de las Bases» –después del cierre en falso de 1963– estaba dilatándose más de lo esperado.[20] Simultáneamente, José Luis Villar Palasí, ministro de Educación, junto con su mano derecha Ricardo Díaz Hochleitner, daban a conocer el denominado *Libro Blanco de la Educación*.[21] Un ambicioso proyecto de reforma educativa que pretendía, entre otros objetivos, la actualización de las estructuras académicas a los nuevos tiempos, así como la renovación de conocimientos entre el profesorado universitario.[22]

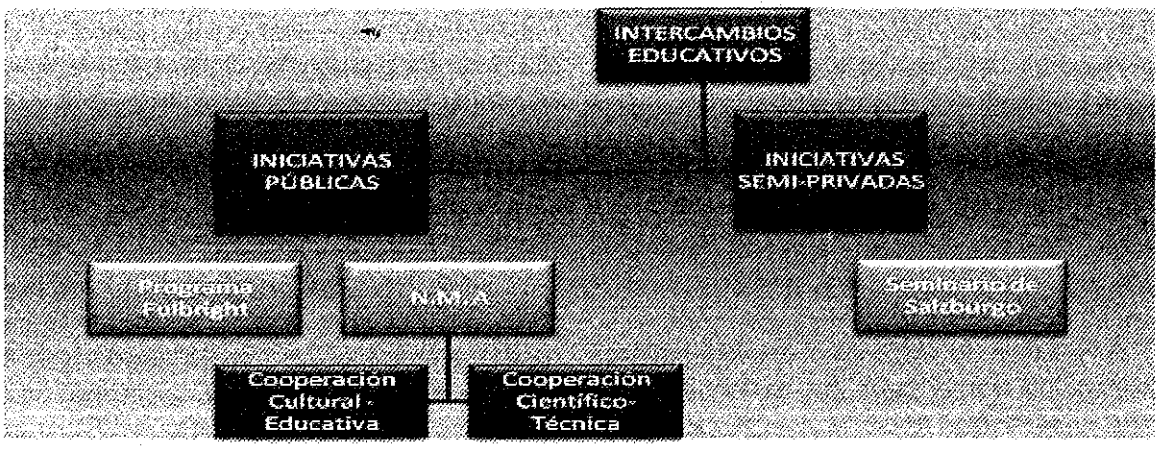
La colaboración de Estados Unidos se consideró clave para la formación de investigadores y profesores universitarios en el extranjero que contemplaba aquella reforma educativa. En el proyecto inicial del Ministerio se manejaban unas cifras muy elevadas de aportación exterior, en torno a 8 millones de dólares anuales, que serían sufragados en parte por el gobierno norteamericano, en parte por instituciones como el Banco Mundial o la *Ford Foundation*.[23] Un monto total que –comparado con los 55.000 dólares que, por ejemplo, recibió el Programa Fulbright en su primer año de funcionamiento, 1959-60, o los 400.000 con que se financió el curso 1963-64, máxima cantidad de la década–, se esperaba permitiese un importante salto adelante. Tal cooperación en materia educativa era entendida por parte española como un posible *quid pro quo* de la presencia militar estadounidense en el país. En pocas palabras: los diplomáticos españoles querían que los americanos sufragasen buena parte de la formación en el extranjero prevista en la reforma educativa ideada por Villar Palasí y Díaz Hochleitner, como contrapartida a los privilegios militares de que disfrutaban en España.[24]

La aportación final estadounidense fue bastante modesta, si se coteja con las sumas barajadas al principio. Los *Non Military Agreement* (NMA) –nombre que se dio a las partidas para cooperación educativa y científica del Acuerdo firmado entre España y Estados Unidos en agosto de 1970– serían financiados con cerca de 3 millones de dólares anuales durante un periodo total de cuatro años. Su puesta en marcha se demoró, no obstante, hasta el curso 1973-74. Por otro lado, conviene precisar que los NMA se dividieron en dos ramas: NMA-Científico-Técnico y NMA-Cultural-Educativo. El primero recibió la parte más cuantiosa, unos 2 millones de dólares anuales, contribuyendo a sufragar proyectos de uso civil de la energía atómica, piscifactorías, tecnología industrial, etc. El otro –Cultural-Educativo– fue financiado con 1.600.000 dólares en los cursos académicos 1973-74 y 1974-75, y con 2 millones durante los siguientes 1975-76 y 76-77; y permitió la financiación de proyectos en biología molecular, servicios técnicos de información, formación del personal de la administración pública, enseñanza del inglés, etc.

El NMA-Científico-Técnico fue gestionado directamente por varios ministerios españoles, mientras que la gestión del NMA-Cultural-Educativo corrió a cargo de la Comisión Fulbright-España (CFE), encargada a su vez del programa de becas con dicho nombre. No sorprende

pues que exista, todavía hoy en día, una cierta confusión entre los dos últimos.[25] El organigrama siguiente trata de poner algo de orden al respecto.

En cualquier caso, y para el tema que nos ocupa de los *American Studies*, el NMA-Cultural Educativo estuvo más orientado a facilitar la



Organigrama n.° 1: Intercambios educativos hispano-estadounidense en el tardofranquismo
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrigth España..Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)

formación de profesores españoles de Ciencias: Química, Medicina o Biología, que de Letras: Ciencia Política, Historia, Sociología, o Literatura norteamericanas. Excepción hecha de algún proyecto financiado a través del mismo que sí ayudó a la modernización y actualización de la Sociología o la Economía españolas. Fue el caso, por ejemplo, del *Lasuen Project* a través del cual comenzaron a venir profesores estadounidenses de dichas áreas a la Universidad Autónoma de Madrid.[26] A continuación veremos si los recursos dedicados al Programa Fulbright tuvieron esa misma orientación, favorable a las Ciencias.

En febrero de 1969, la CFE mostraba su entusiasmo por las propuestas de modernización educativas recogidas en el *Libro Blanco*. Se esperaba que la nueva legislación permitiese una más estrecha colaboración con el Ministerio de Educación, lo que junto a la renovación docente y pedagógica prevista –en buena medida siguiendo pautas estadounidenses– podría permitir que se desarrollasen, con más fortuna que hasta entonces, los *American Studies*. Hay que recordar que la rigidez curricular de los planes de estudio españoles, la escasez de medios, la falta de compromiso por parte de las autoridades, y la escasa consideración que se tenía de la *American High Culture* en el país, habían obstaculizado la consolidación de los Estudios Norteamericanos en España en la década de los sesenta que por entonces concluía. Ahora, puesto que se entendía que la enseñanza del inglés ya estaba en la senda adecuada hacia su consolidación, era necesario: «potenciar los recursos de *American Studies* disponibles en España a través de la concesión de becas a estudiantes e investigadores españoles para que completen su formación en Estados Unidos y asimismo facilitar la venida de docentes estadounidenses de dicha área de estudios».[27]

A diferencia de situaciones anteriores, en esta ocasión la CFE recogía de manera explícita el objetivo americano de fomentar los Estudios Norteamericanos en las aulas universitarias españolas. Hasta entonces, los *Annual Reports* hablaban de equilibrar el deseo español de contar con más *Ciencias* y *know-how* estadounidenses

y el de Washington de aprovechar aquel canal de intercambios educativos para animar el despegue definitivo de las Humanidades y Ciencias Sociales *made in USA*. Decimos hablaban, porque en la práctica, y salvo un momento inicial de aparente equilibrio, la Comisión Fulbright había aportado más dinero para los intercambios en los ámbitos de las Letras que en los de las Ciencias.[28]

Por esas mismas fechas, el Programa Fulbright en España sufría un severo recorte presupuestario. La aportación americana para el curso 1969-70 fue de tan sólo 70.000 dólares; cifra bastante reducida en comparación con los 200.000 del año precedente, y nada que ver con los 400.000 de 1963-64. Eso hizo que la corriente de intercambios transatlánticos se redujese a 34 becarios Fulbright españoles y 27 estadounidenses en el curso 1969-70, frente a los 73 y 97 respectivamente del curso 1963-64. Por su parte, el gobierno español no participó en la financiación de dicho programa hasta el curso 1968-69, cuando apenas aportó 75.000. La sequía de fondos puso en cuestión la propia continuidad del programa a finales de los sesenta. Sin embargo, el presupuesto se recuperó progresivamente en los años siguientes, hasta superar los 300.000 dólares para el curso 1974-75, con un porcentaje de más del cuarenta por ciento aportado por el gobierno español.

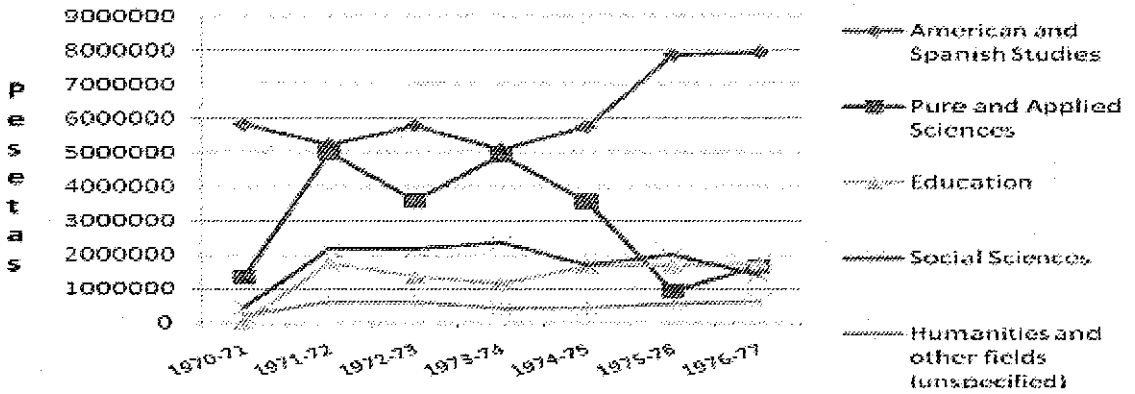
No deja de ser llamativo que durante el curso 1969-70 los americanos sólo invirtiesen 70.000 dólares, en claro retroceso con las cifras de años anteriores. Son varias las razones que explicarían tal desplome en las asignaciones del programa. De un lado, la elevada factura de la guerra de Vietnam ocasionó importantes reducciones presupuestarias en áreas no militares, siendo la diplomacia cultural una de las principales damnificadas.[29] Paradójicamente, y cuando más se necesitaba la promoción y difusión de los *American Studies* –en la medida en que esas formas *blandas* de atracción presentaban una imagen más amable, menos agresiva de Estados Unidos– se redujo el esfuerzo presupuestario al respecto en buena parte del globo.[30] En España, además, se estaba incrementando en aquellos años la audiencia del antiamericanismo, tanto entre los grupos de oposición al régimen franquista como entre los sectores que lo apoyaban. De otro lado, los sucesivos CAOs norteamericanos llevaban varios años intentando persuadir a sus homólogos españoles de la necesidad de que España asumiese parte de los gastos del Programa Fulbright, como hacían otros países del entorno europeo.[31] Hasta entonces, los españoles se habían negado a contribuir a la financiación de aquel programa, dando por sentado que la cooperación educativa y cultural era una de las contraprestaciones que los americanos tenían que asumir a cambio de la utilización de las bases militares.

Sea como fuere, interesa poner de relieve cuál fue el reparto presupuestario por áreas de investigación que presentó el Programa Fulbright. Asimismo, conviene analizar si existió un cierto equilibrio entre el deseo de Washington de dedicar más atención a la promoción de los *American Studies* y la voluntad de Madrid de usar el Programa, de manera preferente –como sucedió con los fondos del NMA–, para la introducción en España del *know-how* y las Ciencias Puras y Aplicadas estadounidenses. Para responder a estos interrogantes conviene precisar primero que las *Annual Proposals* de la Comisión Fulbright-España hacían referencia a los *American Studies* con distintas fórmulas: *Language and Literature*, otro más ambiguo como *Humanities and Other Fields*, o *American and Spanish Studies*. Ante tal variabilidad, hemos optado en las gráficas siguientes por usar la tercera. Ésta recoge el propósito de la diplomacia pública americana, constantemente repetido en toda una serie de informes, por dar a conocer sus Humanidades y Ciencias Sociales; e integra asimismo la pretensión de satisfacer las necesidades del Hispanismo norteamericano. Orientación esta última que respondía asimismo a la intención de los diplomáticos españoles de promover la cultura y la lengua española en Estados Unidos.

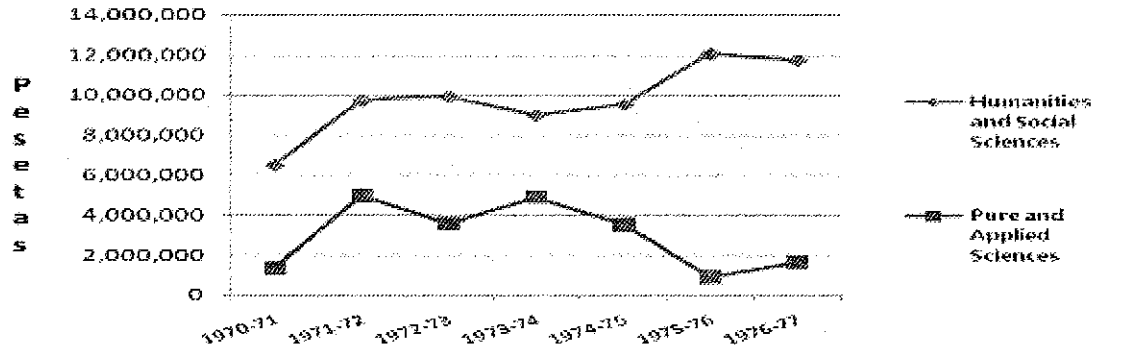
Las gráficas siguientes muestran el distanciamiento que se produce a partir del curso 1973-74 entre las cantidades invertidas en *American and Spanish Studies*, y las libradas para sufragar los intercambios en *Pure and Applied Sciences* a través del Programa Fulbright. Hasta entonces, ambos proyectos habían gozado de una financiación equivalente, si bien inclinada del lado de las Letras. En lo sucesivo, las cifras de lo invertido en uno y otro terreno se distancian de manera notable.

Ahora bien, si agrupamos lo invertido en cada uno de los proyectos por separado en dos grandes bloques temáticos, *Humanities and Social Sciences* versus *Pure and Applied Sciences*, la panorámica resultante es diferente. Se mantiene el gran distanciamiento a favor de las Letras desde el curso 1973-74, pero desaparece la proximidad existente anteriormente entre lo invertido en *American and Spanish Studies* y *Pure and Applied Sciences*.

Tal enfoque respondía, en realidad, a lo que venía siendo la tónica habitual de buena parte de los informes de los CAO encargados de



Cuadro n.º 1: Presupuestos de los distintos proyectos financiados por la CFE
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrigth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)



Cuadro n.º 2: Presupuestos por áreas globales de la Comisión Fulbright-España
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrigth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)

la difusión y proyección de los Estudios Norteamericanos en el exterior.[32] Pese a que no siempre hubo consenso, en términos generales primó la visión de que los *American Studies* debían responder a una visión holística, de conjunto de la cultura americana. Un área de estudio donde tuviesen cabida la Lengua, la Literatura o la Historia americana –Humanidades– pero también la Ciencia Política, la Economía o la Sociología –Ciencias Sociales– procedentes de los *campus* estadounidenses. En suma, el Programa Fulbright se volcó muy claramente en la promoción de las Humanidades y Ciencias Sociales estadounidenses en España a partir de 1973-74; coincidencia o no, el mismo año que entró en funcionamiento el NMA-Cultural-Educativo.[33]

El Seminario de Salzburgo en American Studies

Desde 1947, los americanistas europeos tenían una cita anual en el «corazón de Europa» durante tres o cuatro semanas.[34] Impulsado a título individual por varios profesores de Harvard como Francis O. Matthiesen y Clemens Heller, el Seminario atrajo pronto la atención de la diplomacia cultural estadounidense, que le prestó cobertura logística y financiera, al igual que lo hicieron varias instituciones privadas como las fundaciones Ford y Rockefeller.[35] En poco más de una década se convirtió en el foro de debate y promoción de los Estudios Norteamericanos más importante del Viejo Continente. Es más, cabría señalar que fue el único que realmente encarnó el propósito fundacional del *American Studies Movement*: la promoción de currículos interdisciplinares donde tuviesen cabida toda una serie de disciplinas relacionadas con la práctica de las Humanidades y las Ciencias Sociales en Estados Unidos.

Sin embargo, no existe por el momento ningún monográfico que examine en profundidad los pormenores de su puesta en funcionamiento, ni los posibles efectos de aquel Seminario en la proyección de la cultura estadounidense en Europa occidental. Tampoco contamos con un estudio sobre la evolución de los *American Studies* en las universidades europeas, pues sólo han aparecido algunas contribuciones de ámbito nacional.[36] En 1958, Sigmund Skard publicó una obra pionera sobre la materia, sin que estudios posteriores se hayan encargado de actualizar y completar sus planteamientos. La obra describe someramente los programas existentes en las distintos currículos europeas, pero ni cuestiona ni analiza el papel desempeñado por el gobierno de Estados Unidos.[37] Pese a tales lagunas, Richard Horwitz ha planteado la idea de que es posible trazar un mapa de la evolución de los *American Studies*.

> La presencia de los *American Studies* alrededor del planeta es irregular, pero resulta sistemáticamente más intensa atendiendo a las alianzas internacionales de Estados Unidos (...); así pues se pueden apreciar diferentes grados de desarrollo, de universidad a universidad, siguiendo la estela de las tropas de ocupación americanas desde el final de la Segunda Guerra Mundial.[38]

Una reflexión que parte, en realidad, de la idea de que la ofensiva por los «corazones y las mentes» de los europeos fue más intensa en aquellos lugares más próximos al «Telón de acero», y que fue perdiendo intensidad a medida que se alejaba del mismo. Planteamiento que habría que pasar, a su vez, por el tamiz de otras consideraciones geopolíticas como el tamaño e importancia estratégica del país, la vitalidad de los movimientos comunistas nacionales, etc.

Sea como fuere, veamos lo sucedido en España. Si el tren de las becas Fulbright llegó a tierras españolas con algo más de una década de retraso, para subir al que llevaba a Salzburgo hubo que esperar veinte años. No fue hasta 1967 cuando se produjo la primera participación oficial de españoles, una estudiante de Ciencias Políticas y otro de Arquitectura. Desde entonces y hasta el final del franquismo, 75 españoles viajaron hasta la ciudad austríaca con el apoyo logístico de la Comisión Fulbright-España. Sin embargo, las actas del Comité Organizador de aquel Seminario arrojan unas cifras más elevadas: un total de

140 ciudadanos españoles durante el intervalo 1947-77.[39]

Cuadro nº 3: Número y nacionalidad de estudiantes de varios países europeos participantes en el Seminario de Salzburgo, 1947-77

NACIONALIDAD	Nº DE ESTUDIANTES
RFA	1389
Italiana	1059
Británica	923
Francesa	675
Holandesa	664
Austríaca	455
Española	140

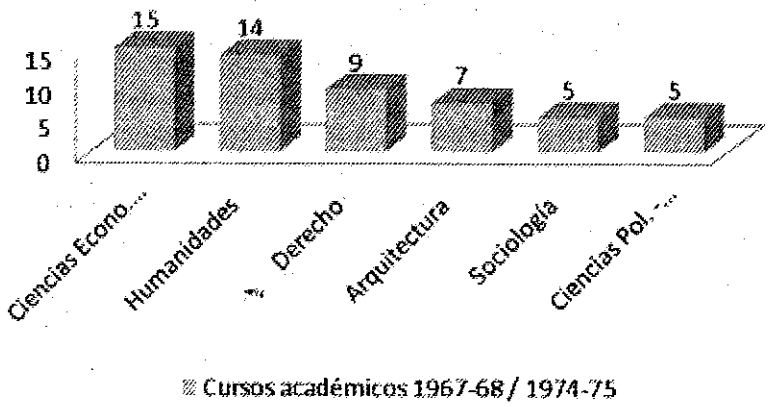
Fuente: «Salzburg Seminar in American Studies. Report 1976-77»[40] (Elaboración propia)

Entendemos que el diferencial se debe a los que cursaban estudios –por su cuenta o con otras ayudas públicas– en el extranjero, y no tramitaron su participación a través de la Comisión, sino mediante otras vías. En cualquier caso, e incluso dando por buena la cifra de 140, fueron pocos en comparación con los procedentes de la República Federal Alemana, Austria o Italia,[41] por lo que parece ser que se cumple el razonamiento planteado por Richard Horwitz, que comentábamos líneas atrás.

Sabemos pues que el número de españoles que embarcaron rumbo a la ciudad austriaca fue reducido. Ahora bien, ¿qué efecto tuvo la experiencia de Salzburgo en sus trayectorias vitales y profesionales? Según apuntaban los *Cultural Affair Officers*, «después de un mes inmersos en dicha atmósfera pro-estadounidense, los participantes vuelven a sus respectivos países y difunden sus renovadas visiones –más favorables– sobre Estados Unidos a través de periódicos, organizaciones sindicales, universidades, etc.»[42] Conviene, no obstante, tomar con cautela este tipo de valoraciones. A veces, los informes enviados a Washington por parte de los agentes norteamericanos en el exterior pecan de un cierto triunfalismo, en parte debido a la necesidad de justificar su labor.

El conocimiento sobre las trayectorias profesionales de los exbecarios españoles de Salzburgo está todavía en un estadio embrionario. Es pronto, pues, para aseveraciones categóricas. Sin embargo, se pueden adelantar algunas evidencias. La especialidad con un mayor número de becarios españoles fue la de Ciencias Económicas –incluimos a los que procedían de Económicas, pero también a los matriculados en Administración y Dirección de empresas– con un total de 15 en los ocho años tomados como referencia. La temática de los seminarios en los que participaron varió desde «Dinámicas de Gestión en Estados Unidos», «Dirección de empresas en Norteamérica» a otros más genéricos tales como «Desarrollo económico y social» o «Economía internacional». Le siguió el área de Humanidades –incluidos los procedentes de Literatura, Filología, Historia del Arte, etc.– con 14. Decíamos antes que si algo destacó del Seminario de Salzburgo fue su apuesta por la interdisciplinariedad, incluyendo todo lo relativo a Humanidades y Ciencias Sociales. No sorprende, por tanto, la presencia de mesas dedicadas al estudio de la Arquitectura estadounidense; si bien, centradas no tanto en sus aspectos técnicos cuanto en su faceta social, con paneles sobre «La ciudad y el entorno urbano» o «Planificación Urbana». Por su parte, los enrolados en Ciencias Políticas o Administración Pública entraron en contacto con especialistas en «El futuro de la Universidad» o «Políticas sectoriales», mientras que los de Sociología hicieron lo propio en torno a «El impacto social de las Nuevas Tecnologías» o «Arte y cambio social».

Con respecto a la inserción laboral posterior de estos becarios, destaca el elevado estatus socio-profesional alcanzado. Parte importante



Cuadro nº 4: Estudiantes españoles en el Seminario de Salzburgo por áreas académicas, 1967-75
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrigth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975.» (Elaboración propia)

de tal colectivo acabó integrando los cuerpos docentes de la universidad española en sus diferentes escalas. Otros ocuparon puestos como Directores Generales, Embajadores o magistrados del Tribunal Supremo.[43] La experiencia del Seminario de Salzburgo debió de tener alguna importancia para su desarrollo profesional. Permitió que un grupo de estudiantes o jóvenes profesores –modesto en dimensiones, pero con capacidad de impacto social– entrase en contacto con materias y métodos pedagógicos norteamericanos que marcaban tendencia en Europa Occidental. Un contacto que, siguiendo la lógica descrita anteriormente, los convertía en potenciales «misioneros de la Americanidad» a la vuelta a sus respectivos ambientes de trabajo.

Evolución de los programas de American Studies en la recta final del franquismo

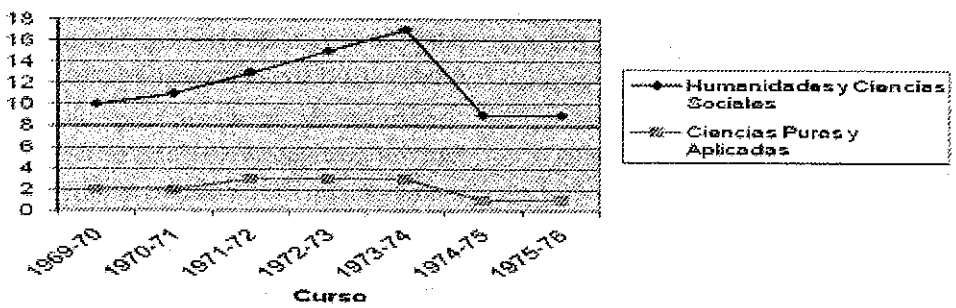
Los informes anuales de la Comisión Fulbright-España de los años setenta transmiten continuamente la idea de que la definitiva consolidación de los *American Studies* en los currículos universitarios estaba a punto de lograrse. Las esperanzas habían aumentado desde la firma del Acuerdo hispano-estadounidense de Amistad y Cooperación de 1970. Sin embargo, no acaban de producirse resultados duraderos. El procedimiento habitual era que los *American Lecturers* estadounidenses viniesen a las universidades españolas e impartiesen asignaturas sobre Literatura, Historia, Economía o Sociología estadounidense. El problema radicaba en que la mayoría de aquellas materias eran optativas y dejaban de impartirse si no había nuevos «misioneros» disponibles para tomar el testigo que dejaban los colegas americanos, ni profesores españoles que pudieran hacerse cargo de dicha docencia. Las autoridades educativas españolas habían declarado su compromiso de incluirlas en los planes de estudio en no pocas ocasiones, pero parece ser que de las palabras a los hechos medió una distancia considerable.[44]

Pese a ello, la diplomacia cultural de Washington no cejaba en su intento de promocionar y difundir las Humanidades y Ciencias Sociales americanas en el territorio peninsular. En septiembre de 1971, se señalaba que «en lo que al Programa Americano se refiere, necesitamos más becas para aumentar la contribución al desarrollo de los *American Studies*»[45]. Simultáneamente, se ponían de manifiesto las carencias de medios por las que estaban pasando algunos

proyectos de *Pure and Applied Sciences* que se ejecutaban en España gracias, en buena medida, a la presencia de profesores norteamericanos. Tanto es así que los profesores Emily Bell, especialista en Biología Celular, y Lorenzo Galindo en Patología, no pudieron prolongar sus estancias, pese a que las universidades españolas de acogida así lo deseaban. La demanda de estos profesores de Ciencias era elevada.

¿Por qué se pedían más profesores de Estudios Norteamericanos a través del Programa Fulbright al tiempo que no se podía sufragar el período previsto de los otros profesores, los de Ciencias? Como señalábamos en los cuadros 1 y 2, los presupuestos de la CFE tuvieron un sesgo claramente a favor de las Letras. Dentro de esa dinámica general, la específica de los *American Lecturers* que vinieron a las universidades españolas a través de la CFE, no sólo no desentonó, sino que fue incluso más marcada. La mayoría de los docentes *Fulbrighters* estadounidenses de Humanidades y Ciencias Sociales, representados en la gráfica siguiente, se encargaron, en realidad, de la enseñanza del inglés. En algún caso, a pesar de que eso no era lo previsto en un primer momento. Por ejemplo, profesores de Literatura estadounidense, a veces de Historia, que no impartieron sus respectivas especialidades, sino que fueron empleados para mejorar las habilidades de los españoles en la lengua de Shakespeare. Unos arreglos de última hora que, al menos en varias ocasiones, irritaron bastante a los instructores americanos.[46] La pronunciada curva de caída que se aprecia en 1974 coincide con la finalización de un proyecto para la renovación de los métodos docentes y pedagógicos en Magisterio que siguió pautas procedentes de la universidad estadounidense, y que había sido puesto en marcha en la Universidad de Santiago de Compostela durante el curso 1971-72. El mismo contó con 6 profesores americanos en el curso 1972-73 y 8 en el siguiente 1973-74. Salvo ese caso, el cuerpo fundamental de *American Lecturers* de Humanidades y Ciencias Sociales vinieron a enseñar Literatura estadounidense, y, en menor medida, Sociología y Economía.

En el otoño de 1972, la CFE anunciaba que el énfasis había cambiado de la enseñanza del inglés a los *American Studies*; y también se decía «estamos encantados de informar que la creación de una cátedra en ese campo de estudios es ahora probable en un futuro no muy distante».[47] Transcurrido un año, aquel deseo no acababa de materializarse. Pese a ello, en octubre de 1973, con un sentido de la previsión un tanto precipitado, se decía que: «la creación de cátedras de *American Studies*, que la Comisión ahora prevé como probable dentro de un año o dos, incrementará la demanda de personal cualificado de esos campos de especialidad».[48] Y decimos precipitado porque ni se produjo en 1974, ni en 1975. En octubre de este último año



Cuadro n.º 5: Distribución de los profesores Fulbrigthers americanos por curso y especialidad
Fuente: Archivo Comisión Fulbrigth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975. (Elaboración propia)

se volvía a recordar que: «la Comisión continúa trabajando estrechamente con las universidades españolas, el Ministerio de Educación y Ciencia y el de Asuntos Exteriores para posibilitar el establecimiento de un programa interdisciplinario de *American Studies*».[49]

¿Qué impidió la incorporación definitiva de los *American Studies* a los planes de estudio de la universidad franquista? Las actas de las reuniones de los docentes *Fulbrighters* visitantes desvelan algunas claves: la falta de medios; el que se tratase de materias optativas, cuya oferta dependía, en última instancia y en la mayoría de los casos, de la voluntad del Decano o del Jefe de Departamento; la gran distancia existente entre los métodos pedagógicos que intentaban implementar los «misioneros de la Americanidad» y los predominantes en la academia española de entonces. Asimismo, se deja constancia de que la consolidación de los *American Studies* topó, en alguna ocasión, con la resistencia de investigadores y docentes de los *British Studies*, quienes temían que el crecimiento de los Estudios Norteamericanos les restase cuotas de poder y alumnos en sus respectivos departamentos. «Esto dificulta nuestras posibilidades de incluir los *American Studies* en la lista de cursos obligatorios, especialmente porque es probable que los britanistas se resistan a ceder uno de sus cursos en beneficio de los que tienen como objeto central de estudio la cultura estadounidense».[5] Veamos algunos ejemplos de lo señalado con antelación. En marzo de 1974, uno de los profesores destinados en la Universidad Complutense, Ronald M. Taubitz, se quejaba de que «hay muy escasa participación de los alumnos en las discusiones de las clases» en sus clases de Literatura.[51] La barrera del idioma no ayudaba, pero lo que más chocaba a Ronald Taubitz era la pasividad y falta de iniciativa de sus alumnos. Su método de enseñanza, basado en los comentarios críticos y en las reflexiones de los propios alumnos, no cuadraba con el «memorismo» y las clases «magistrales» características de la tradición académica española. Pese a ser molesto, aquello no era lo que realmente dificultaba la consolidación de los *American Studies*. En opinión de Taubitz, lo realmente grave era que «el director del departamento muestra muy escaso interés por esta clase». Algo muy parecido les había sucedido a Dorieann McDermott, en la Universidad de Barcelona, y a Javier Coy, en la de Salamanca, cuando intentaron sumar esfuerzos para que los Estudios Norteamericanos despegasen definitivamente en ambas instituciones.[52] En el caso de Coy, con el agravante de que era español. Y decimos agravante porque los CAOs tenían puestas sus esperanzas en que fuesen, precisamente, «americanistas nativos» los que liderasen la promoción y difusión de estos estudios para así evitar críticas de imperialismo cultural.[53]

Ellen Smith, destinada en la Universidad de Valladolid en aquel mismo curso, señalaba que «a pesar de la severidad de la directora de departamento, tanto las relaciones con mis colegas como con los alumnos son muy cordiales». No todo era de color de rosas. Al parecer Smith había tenido serios problemas para mostrar la valía de su trabajo sobre Huckleberry Finn. Según cuenta, el interés de sus colegas españoles estaba no tanto en Mark Twain como en los poetas y literatos británicos. «Smith puntualizaba que el interés del departamento se centra en Gran Bretaña.[54] Recordemos que precisamente uno de los objetivos que impulsó el *American Studies Movement* fue el de liberar a la *American Culture* de la imagen desdeñosa que la veía como un remedo poco ilustre de la cultura británica. Por su parte, Andrew Gordon se lamentaba de que la escasez de medios para promocionar los *American Studies* era especialmente dañina en comparación con los materiales sobre otros países: «los recursos disponibles en la universidad son inadecuados, existe escasez de libros, y los disponibles ponen el acento en cuestiones británicas o germanas».[55] Así pues, difícilmente se podrían ensalzar las realizaciones artísticas y culturales de Estados Unidos si no se contaba con los medios adecuados; y los existentes tras-

mitían una visión que las dejaba en un segundo plano de importancia frente a las obras británicas o alemanas.

A modo de balance provisional

Hasta hace poco, los aspectos culturales-educativos e ideológicos de la conexión hispano-estadounidense durante el franquismo no habían recibido la misma atención académica que los militares, geopolíticos o económicos. Son bastante recientes los estudios que comienzan a abordar el flujo de intercambios educativos, culturales y científicos que se desarrollaron entre España y Estados Unidos.[56] Estamos ante un terreno donde la investigación aún debe avanzar de forma significativa antes de formular conclusiones suficientemente contrastadas. Sin embargo, se podría adelantar que los NMA favorecieron más el traspaso de conocimientos en las áreas científicas y técnicas desde los centros norteamericanos a los españoles. Por su parte, el Programa Fulbright puso el acento –salvo un breve período inicial de equilibrio– en la promoción de los *American Studies* en la universidad española, al tiempo que los becarios españoles que acudían al país americano mostraban un abanico más amplio de campos de interés –que cubrían desde la enseñanza de la lengua española, al aprendizaje en materia de economía, ingeniería, ciencias biológicas, etc.

Si las autoridades educativas españolas mostraron mayor receptividad hacia el *know how* y la Ciencia *made in USA*, los CAOs destinados en Madrid intentaron constantemente impulsar un conocimiento más amplio de la *American Culture* en su conjunto. ¿Por qué esa diferencia de criterio? Los agregados culturales apostaron por tales formas *blandas* de atracción, porque entendían que las Humanidades y las Ciencias Sociales ayudaban mejor que las Ciencias Puras o Aplicadas a tejer lazos de empatía y *mutual understanding*. Una preferencia que no fue fácil de implementar en España. En el Programa Fulbright parece que prevaleció en mayor medida el enfoque americano, en tanto que en los NMA fueron los interlocutores españoles quienes tuvieron un mayor predicamento en la asignación de recursos. También es cierto que los objetivos de ambos programas no eran exactamente los mismos ni estaban financiados por las mismas instancias, lo que modula obviamente la eventual valoración sobre sus resultados. Para conocer con mayor profundidad y detalle el esfuerzo norteamericano en este terreno, diferenciando el tratamiento otorgado a disciplinas de Letras y Ciencias, resulta necesario disponer de una información aún más precisa del desglose de las iniciativas públicas aquí expuestas, además de agregarles las que se acometieron por vías privadas –fundamentalmente a través de las fundaciones Ford, Rockefeller o Juan March. La financiación del Seminario de Salzburgo, por ejemplo, fue mixta.

Sin perder de vista que quedan piezas del puzzle por completar, sí cabe plantearse hasta qué punto los docentes *Fulbrighters* estadounidenses que vinieron a España lograron reivindicar la valía de los *American Studies*. Hay indicios que permitirían avanzar que la labor de aquellos «misioneros de la Americanidad» en las aulas universitarias españolas no fue del todo exitosa. No todos recibieron la misma acogida. Los paladines de la Literatura, la Historia o el Arte americano –*American Humanities*– toparon con bastantes dificultades: falta de continuidad en la oferta de sus asignaturas; planes de estudio que, en general, prestaban más atención a los productos culturales británicos –en particular, y europeos en general– que a los propiamente estadounidenses; o prejuicios sobre la supuesta bisoñez cultural de la nación americana.[57] Simultáneamente, los *American Lecturers* de las ramas de Administración y Dirección de Empresas, Economía o Sociología –*American Social Sciences*– gozaron de unas audiencias españolas más receptivas.[58] Algo similar sucedió con los docentes *Fulbrighters* de Ciencias Puras y Aplicadas. Pese a que estos últimos no transmitían exactamente «Americanidad», y en teoría no

eran tan buenos portadores de *mutual understanding*, fueron recibidos con gran entusiasmo, su demanda incluso superó a la oferta disponible. Tanto las *American Social Sciences* como las *Pure and Applied* eran materias donde el liderazgo americano era menos cuestionado.

La noción de que los españoles fueron agentes pasivos de un proceso imparable de «Americanización» –su supuesta inercia frente al «imperialismo cultural» de Washington– no se adecua, pues, con las evidencias que arroja la investigación en este ámbito. La capacidad de transmisión norteamericana y de asimilación española estuvo mediatizada por los intereses de ambas partes, como es lógico. Pero a la postre los receptores españoles de aquella influencia prestaron más atención a aquellas facetas de la *American Culture* que consideraban más convenientes, o que más les interesaban. Unas preferencias que, en general, no correspondieron con los criterios o deseos de los emisores americanos, fundamentalmente centrados en la promoción de los *American Studies* como conjunto de estudios interdisciplinares sobre la Americanidad. Un análisis por especialidades permitirá, sin duda, conocer de forma más rigurosa en qué medida los conocimientos y métodos procedentes de Estados Unidos fueron adoptados o adaptados al entorno universitario y científico español en las postrimerías del franquismo, y presumiblemente también en la etapa democrática siguiente. Asimismo, tal investigación arrojará luz sobre las repercusiones y limitaciones que tuvo dicho proceso.

NOTAS

* Este texto se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá).

1 Citado en SCHMIDT, Oliver, «No innocents abroad. The Salzburg impetus and American Studies in Europe», en WAGENLEITNER, Reinhold and TYLER, Elaine (eds.), *Here, there, and everywhere»: the foreign politics of American popular culture*, Hanover, University Press of New England, 2000, p. 64. La traducción y el subrayado de la cita son nuestros.

2 SKARD, Sigmund, *The American Myth and the European Mind: American Studies in Europe, 1776-1960*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1961, p. 7. La traducción y el subrayado de la cita son nuestros.

3 El término es la traducción que aquí hacemos de *Americanness*. El porqué de su aparición y las críticas que suscitó en MARX, Leo, «Thoughts on the Origin and Character of the American Studies Movement», *American Quarterly*, 31 (1979), pp. 398-401.

4 La obra de LASCH, Christopher, *La agonía de la izquierda norteamericana*, Barcelona, Grijalbo, 1970, se convirtió para muchos en libro de cabecera y muestra irrefutable de que todos los intelectuales estadounidenses estaban vendidos a los planes imperialistas de Washington. Una exageración en la que debieron beber autores como FARHANG, Mansour, *U.S. Imperialism: The Spanish-American War to the Iranian Revolution*, Boston, South End Press, 1981; DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *How to Read Donald Duck: Imperialist Ideology in the Disney Comic*, New York, International General, 1975; o VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *La penetración norteamericana en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.

5 Algún autor ha hablado de los estadounidenses encargados de estos asuntos como «propagandistas reticentes.» *vid.* GIENOW-HECHT, Jessica, *Transmission Impossible. American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999, p. 5. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que Washington no intentase utilizar la difusión cultural en el exterior en beneficio propio, para aunar esfuerzos y generar provocar empatías en torno a su modelo político y económico. Se hizo, pero según Frank NINKOVICH con una especie de «mala conciencia» de estar haciéndolo, *vid. U.S. Information Policy and Cultural Diplomacy*, Nueva York, Foreign Policy Association, 1996, pp. 5-7. Otros autores han señalado que Estados Unidos ha sido un «skeptical participant» de este tipo de estrategias de poder blando, vid. CULL, Nicholas, *American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989: The United States Information Agency and the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008. La percepción de tales estrategias en parte de la izquierda española en GUERRA GARRIDO, Raúl, «La dictadura cultural yanqui», *El Socialista*, n.º 154, mayo 1980, p. 34.

6 La propia experiencia vital de Francis O. Matthiesen es significativa. A pesar de ser uno de los impulsores del *Salzburg Seminar in American Studies* y de reivindicar con energía la *American Culture* cayó poco después en el entramado de sospechas y acusaciones del Macartismo. Para algunos, su «fe en América» no estaba a la altura de las circunstancias. Presiones que probablemente contribuyeron a precipitar su suicidio.

7 ZASLAVSKY, Victor, «L'antiamericanismo organizzato nell'Unione Sovietica staliniana», en CRAVERI, Piero y QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Manelli, Rubbettino Editore, 2004, pp. 85-106.

8 SPILLER, Robert, «Unity and Diversity in the Study of

American Culture: The American Studies Association Perspective», *American Quarterly*, n.° 25 (1973), p. 609.

[9] WISE, Gene, «Paradigm Dramas in American Studies: A Cultural and Institutional History of the Movement», *American Quarterly*, Vol. 31, n.°. 3 (1979), p. 304-

[10] El término de *hearts and minds* se popularizó durante la Guerra Fría. Fue usado por primera vez por el presidente Dwight D. Eisenhower en la campaña presidencial de 1952, con la idea de poner de manifiesto su compromiso total con el frente psicológico-cultural, en contraposición a la tibieza mostrada por parte de Harry Truman. *Vid.* OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University Press of Kansas, 2006, pp. 46 y ss.

[11] *Current contributions of american private agencies to the development of American Studies in foreign countries*, 13-IV-1955, National Archives and Records Administration (NARA), RG 59, BFS-Plans and Development, 1955-60, box 43.

[12] SKARD, Sigmund, *The American Myth..., op. cit.*, pp. 5 y 16; *The problem of American Culture. A propaganda inquiry into a stereotype*, 16-I-1952, NARA, RG 59, BFS- Plans and Development, 1955-60, box 43.

[13] Citas procedentes de MARKOVITS, Andrei, *Uncouth Nation: Why Europe Dislikes America*, Princeton, Princeton University Press, 2007; y CUNLIFFE, Marcus, «Problems and Tendencies in American Studies», en E. GARCÍA DÍEZ (ed.), *American Studies in Spain*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1988, p. 12.

[14] JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad: Progress and Difficulties in Selected Countries*, Washington D.C., U.S Government Printing Office, 1963.

[15] La cita procede de *University survey of American Studies*, 03-VII-1965, NARA RG 306, Subject Files, 1953-67, box 45. Algunos de los informes gubernamentales donde se señala explícitamente que la promoción de los *American Studies* en el extranjero era una de las piezas claves de la batalla cultural-ideológica con Moscú son: JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad...*, doc. cit; *Comment on American Studies Abroad-The Search for New Roads to International Understanding by Richard L. Springer*, 12-VII-1973, NARA, RG 306, USIA. Historical Collections, R&S, 1953-1998, Box 87, o *The United States Communicates with the World*, 25-VIII-1975, NARA RG 306, Post Publications, 1953-99, box 65.

[16] Para ejemplificar la escasa importancia que se concedía a los *American Studies* en el viejo continente antes de 1945, Allen señalaba, con cierto tono burlesco, que conocía personalmente a todos los interesados; asimismo que la primera cátedra de *American Studies* en Gran Bretaña no se creó hasta 1955, *vid.* ALLEN, Harry, «Foreword», *Journal of American Studies*, Vol. 14, No. 1, BAAS Jubilee Issue (Apr. 1980), pp. 5-7.

[17] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier, *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-69*, Valencia, PUV, 2010, p. 247.

[18] *Annual Assesment Report for Spain for 1965*, 27-XII-1965, NARA RG 306, Country Exhibits, 1955-67, box 29.

[19] La evolución de los objetivos de la diplomacia pública norteamericana en esa época puede seguirse en DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación de post-franquismo», en MARTÍN GARCÍA, Óscar J. y ORTIZ HERAS, Manuel (coords.), *Claves internacionales de la Transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 99-127. En cuanto al concepto de «poder blando» fue enunciado por el politólogo estadounidense Joseph NYE en «Soft Power», *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171, y retomado después en su obra *The Paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002 (ed. española en Barcelona, Taurus, 2002).

[20] PARDO, Rosa, «España y EE UU en el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia de Nixon», *Historia del Presente*, n.° 6 (2005), pp. 11-41; POWELL, Charles, «Henry Kissinger y España, de la dictadura a la democracia (1969-1977)», *Historia y Política*, n.° 17, enero-junio (2007), pp. 223-251.

[21] Díaz Hochleitner dirigió la redacción del *Libro Blanco*. Más detalles sobre su labor en el Ministerio de Educación en BIESCAS, José Antonio y TUNÓN de LARA, Manuel (ed.), *España bajo la dictadura franquista*, (1939-1975), Barcelona, Labor, 1983, pp. 411 y 508-09.

[22] La visión de Villar Palasí al respecto en *La educación es una permanente tarea inacabada*, Madrid, Ministerio de Educación, 1971. Villar Palasí tuvo ocasión de visitar con anterioridad Estados Unidos gracias a una *Leader Grant* que se le concedió en los años cincuenta, *vid.*, *Educational Exchange: PL-402 Leader Grants*, 22-VI-1955, NARA, RG 59, 511.52, box 2157.

[23] Por ejemplo el *I Seminario para profesores de Inglés* fue financiado, casi en su totalidad, por la Fundación Ford, vid. *Correspondencia general de la Comisión Fulbright-España*, 01-V-1969, Archivo General de la Administración (AGA), caja 54/10571.

[24] Los entresijos del proceso negociador, así como la explicación de cómo se pusieron en marcha algunos de los proyectos en DELGADO, Lorenzo, *«Viento de Poniente» El programa Fulbright en España, 1958-2008*, Madrid, CFE-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009, pp. 76 y ss. El contexto general en VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 243 y ss.

[25] El propio *Estudio sociológico sobre los exbecarios del Programa Fulbright en España*, habla, por ejemplo, de Josep Borrell o Santos Juliá como becarios Fulbright cuando en realidad fueron becarios del NMA-Cultural-Educativo.

[26] *Archivo Comisión Fulbright España (ACFE). Annual Report*, 01-X-1971, AGA, caja 54/10570.

[27] *ACFE. Annual Program Proposal*, 11-II-1969, AGA, caja 54/10519.

[28] RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier *¿Antídoto contra el antiamericanismo?..., op. cit.*, pp. 153-185.

[29] *A brief History of Department of State involvement in International Exchange*, (d. s. f.), Special Collections, University of Arkansas Libraries, Archivo del Bureau of Educational and Cultural Affairs, Historical Collection (BECA). Historical Collection, box 2.

[30] SPILLER, Robert, «The Fulbright Program in American Studies Abroad: Retrospect and Prospect», en WALKER, Robert (ed.), *American Studies abroad*, Londres, Greenwood Press, 1975, pp. 3-9.

[31] *ACFE. Annual Program Proposal*, 12-VI-1965, AGA, caja 54/10519.

[32] JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad...*, doc. cit., pp. 33-47 y *Comment on American Studies Abroad-The Search for New Roads...*, doc. cit., pp, 56-63.

[33] *Acta de la primera reunión del Programa de Cooperación Cultural entre España y los Estados Unidos*, 1973, (ACFE), caja n.° 32.

[34] Después de viajar por varios países europeos, y de impulsar el *Salzburg Seminar* en 1947 F. O. Matthiessen recogió sus sensaciones y experiencias en el libro *From the Heart of Europe*, NuevaYork, Oxford University Press, 1948.

[35] *Salzburg and Understanding* y *American Studies Project for Foreign Scholars*, 01-IX-1955, NARA, RG 59, BPA, Correspondence, Memorandums, 1954-55. box 1.

[36] VAUDAGNA, Maurizio, «American Studies in Italy: historical legacies, public contexts and scholarly trends», *Storia della Storiografia*, 51 (2007), pp.17-63; SCOTT-SMITH, Giles, «The Ties that Bind: Dutch-American Relations, US Public Diplomacy and the Promotion of American Studies since the Second World War», *The Hague Journal of Diplomacy*, n° 2 (2007), pp. 283-305.

[37] Conviene recordar, asimismo, que Skard fue un convencido atlantista que escapó de los agentes nazis que lo perseguían en Noruega, por lo que presenta una imagen un tanto interesada del asunto, *vid.* SKARD, Sigmund, *American studies in Europe: their history and present organization*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1958.

[38] HORWITZ, Richard (ed.), «The Politics of International American Studies», en el libro editado por dicho autor: *Exporting America: Essays on American Studies Abroad*, Nueva York, Garland Pub, 1993, p. 399.

[39] Según cifras de las Comisión Fulbright-España, fueron 16 los estudiantes españoles que participaron en el periodo 1976-1977. Lo que sumado a los 75 que lo hicieron hasta 1975, arroja un total de 81.

[40] *Salzburg Seminar in American Studies*, 31-X-1978, NARA, RG 288, National Endowment for Humanities. Office of the Chairman, 1965-79, box 1.

[41] STEPHAN, Alexander, «A special German case of cultural Americanisation», en el libro editado por ese mismo autor *The Americanisation of Europe: culture, diplomacy, and anti-Americanism after 1945*, Nueva York, Berghahn Books, 2006, pp.69-87; WAGNLEITNER, Reinhold, *Coca-Colonization and the Cold War: the Cultural Mission of the United States in Austria After the Second World War*, Chapel Hill & Londres, University of North Carolina Press, 1994; ELLWOOD, David, «Containing modernity, domesticating American in Italy», en *The Americanisation of Europe..., op. cit.*, pp. 252-276. España no ocupó durante el franquismo posición prioritaria dentro de los rankings, *Resource Area Groups* (RAG) que realizaba el Departamento de Estado, vid. *The United States Communicates with the World...*, doc. cit., pp. 241 y ss.

[42] *Salzburg and Understanding...*, doc. cit., p. 12.

[43] Entre los exbecarios en Salzburgo se cuentan, por ejemplo, José María Morenilla Rodríguez, magistrado del Tribunal Supremo; Antonio Blanch Xiró, director de la Universidad Pontificia de Comillas; Alfonso Carbajo Isla, consejero jefe de la Oficina Comercial de España en Japón; Miguel Benzo Perea, embajador de España, vid. *ACFE. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977*. Dichos informes en las cajas AGA, 54/10519; AGA, 54/10568; AGA, 54/10570.

[44] En las actas de la CFE se señala reiteradamente el «compromiso» de las autoridades educativas españolas para dar más cabida a los *American Studies*, vid. *ACFE ,Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975*.

[45] *ACFE. Annual Report*, 01-IX-1971, AGA, caja 54/10570.

[46] «Meeting of American Lecturers», en *ACFE .Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975*.

[47] *ACFE. Annual Report*, 15-X-1972, AGA, caja 54/10570.

[48] *ACFE. Annual Report*, 15-X-1973, AGA, caja 54/10570.

[49] *ACFE. Annual Program Planning*, 15-X-1975, AGA, caja 54/10570. Las cursivas de la cita son nuestras.

[50] *Conversation with Manuel Conejero*, 15-VI-1975, Library of the Congress, American Studies Association (ASA), Part I: Administrative File, 1946-2003, box I: 101.

[51] *Minutes of the Meeting of the American Lecturers*, 07-III-1974, ACFE, caja n.° 7. En este mismo sentido, resulta muy significativo el testimonio de ASQUINO, Mark, »Urbano, Natty Bumpo and Me», en AVAREZ, Esther, GARCÍA, Aurora y URDIALES, Martín (eds.), *En Clave Frontera. Homenaje al profesor Urbano Viñuela Angulo*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 2007, pp. 29-33, en el que cuenta su experiencia como profesor de Literatura Estadounidense en la U. de Oviedo en el convulso otoño de 1975.

[52] *ACFE. Annual Report*, 15-X-1974, AGA, caja 54/10570. Javier Coy, junto a Cándido Pérez Gállego, Antonio Garnica y alguno más, se convirtieron en los «americanistas nativos» que los *Cultural Affair Officers* querían apoyar. Javier Coy fue el que alcanzó más prestigio internacional, vid. *Library of the Congress. ASA*, Part I: Administrative File, 1946-2003, box I: 2 y *Actas de la Junta de Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca*, 26-VI-1974, Archivo Universidad de Salamanca.

[53] JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad...*, doc. cit., p. 55; SKARD, Sigmund, *American studies in Europe..., op. cit.*, p. 653.

[54] *Minutes of the Meeting of the American Lecturers...*, doc. cit.

[55] Las quejas por la falta de libros y material docente se repiten, en términos muy parecidos y de manera constante, ya desde 1957 y hasta 1975, vid. *Books for the use of U.S Professor-Lecturer Grantees*, 05-IX-1957, NARA. RG 59.511.52, box 2157 y *American grantee report*, 24-XII-1975, AGA, caja 54/10639.

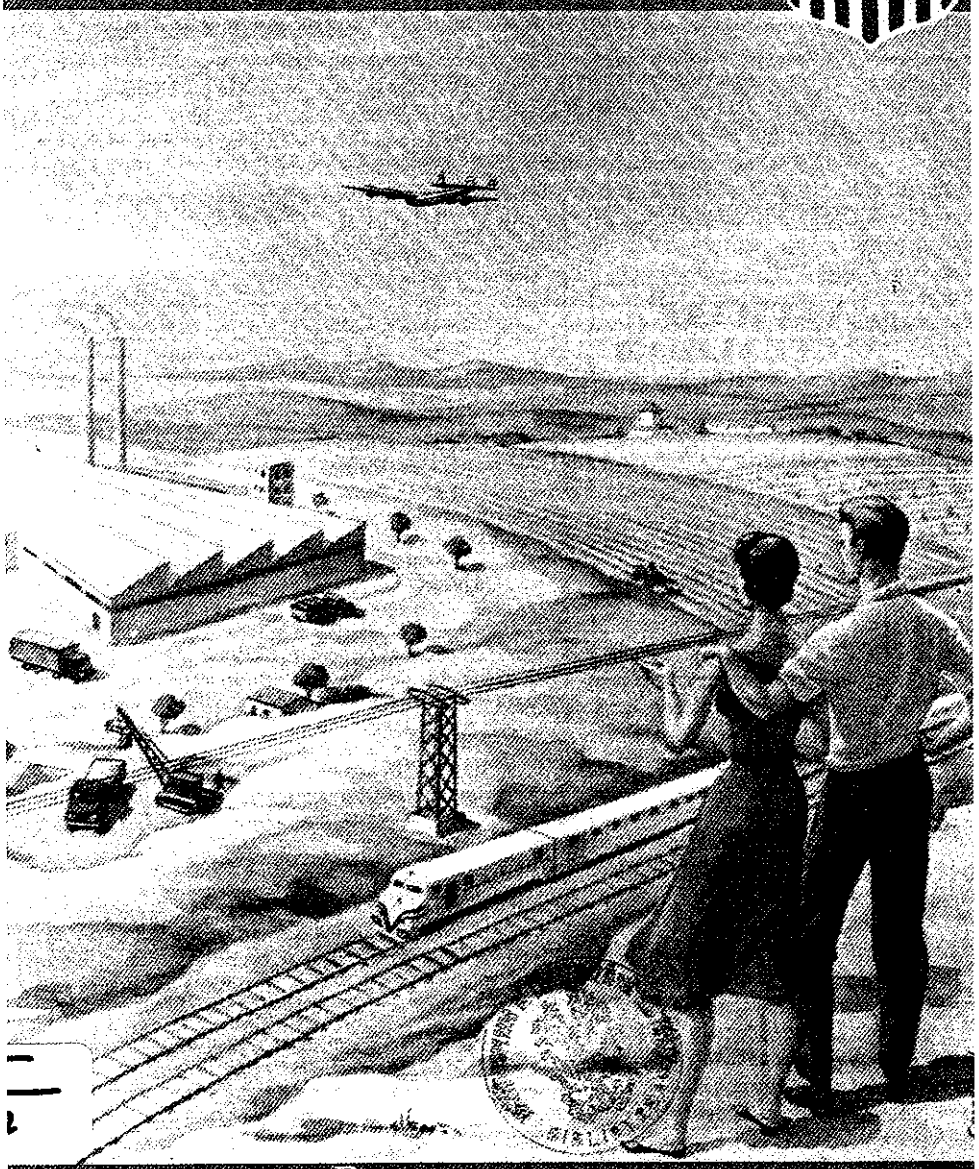
[56] DELGADO, Lorenzo, *«Viento de Poniente»..., op. cit.* y del mismo autor «Cooperación cultural y científica en clave política. Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca de Historia. CSIC, 2005. pp. 207-243.

[57] Hubo que esperar hasta la década de los noventa para que se crease la primera cátedra de *American Studies* en la universidad española. Y no se hizo, siguiendo las directrices de los *CAO*, como campo de estudios interdisciplinarios, sino que se limitó a la Literatura estadounidense. Se instauró en la Universidad de Valencia.

[58] PUIG, Nuria y ÁLVARO, Adoración, «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles, 1950-75: un estudio preliminar», *Historia del Presente*, n.° 1 (2002), pp. 8-29.

NOTICIAS DE ACTUALIDAD

15 de septiembre de 1958



1953 + CINCO AÑOS DE COOPERACION + 1958